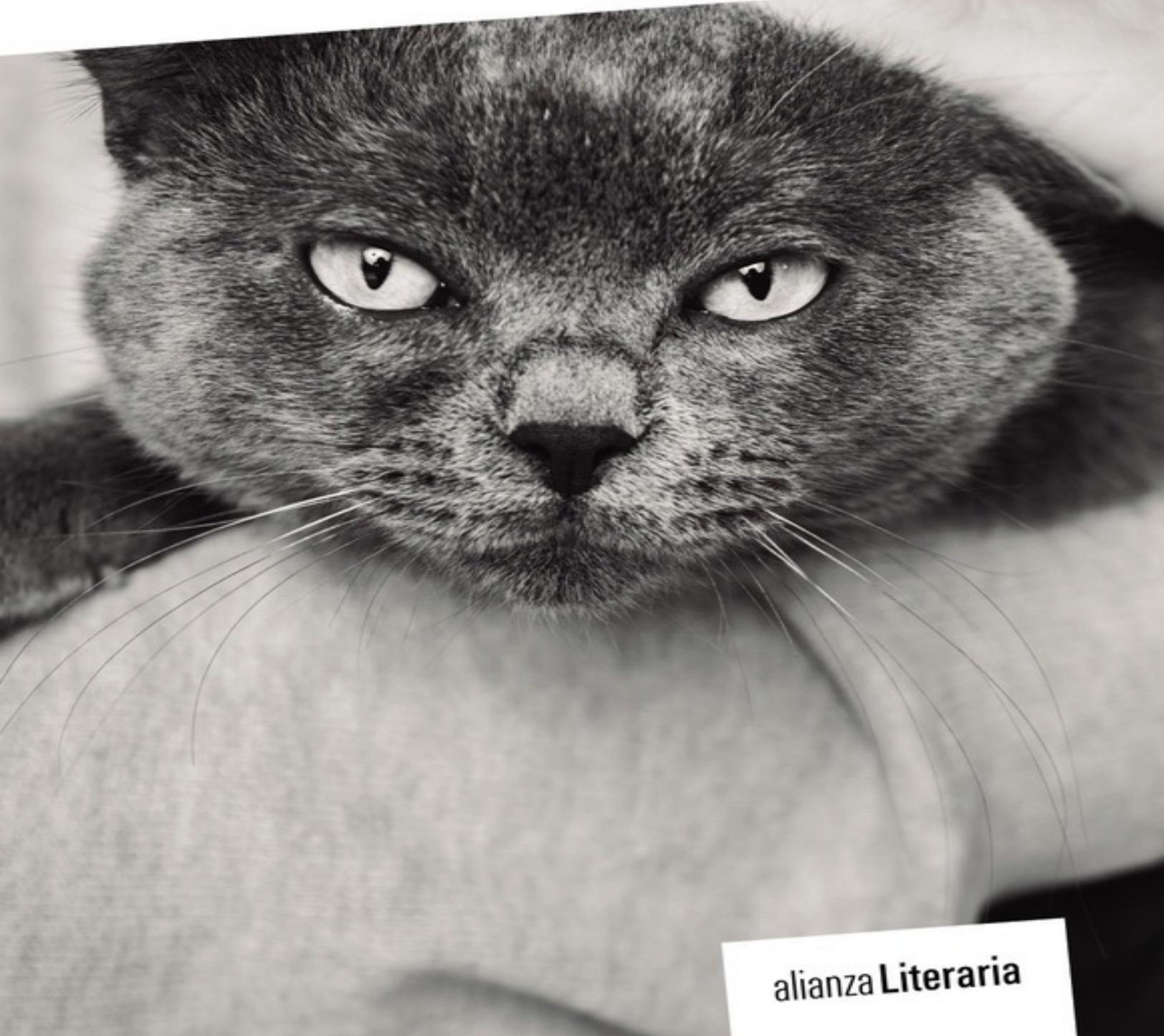


Al corrente

CHRISTOPHE VAN GERREWEY



alianza **Literaria**

Christophe van Gerrewey

Al corriente

Traducción de Julio Grande

Alianza editorial

Índice

[Al corriente](#)

[Créditos](#)

Ve ahora tambaleándote hasta aquella que no conozco.

HUGO CLAUS

Debería introducirte en esta primera frase como ese pañuelo que, lleno de pliegues, permanece oculto en un puño y, a continuación, un payaso saca transformado en un ramo de flores. Como se hace en una carta: la cualidad más importante expresada con un solo adjetivo (algunas veces precedido de un adverbio) y luego el nombre del destinatario, que no es necesariamente el nombre que todo el mundo conoce, sino que a menudo indica la relación que existe entre remitente y receptor. Semejante alusión no es posible por muchas razones. Ésta no es ninguna carta y, por eso, se me dispensa de la obligación de aludirte y resumirte; de resumirnos a los dos y lo que ocurrió entre nosotros. Éste es un tipo de texto en el que se aplican otras reglas.

*

Estoy en una casa que conoces muy bien, en la compañía excepcional de alguien con quien has convivido en plena intimidad, quizá no durante mucho tiempo, pero lo suficiente. ¿Hasta qué punto una persona puede llegar a conocer a un gato? ¿Cuánto tiempo, cuántos acontecimientos deben pasar antes de que te familiarices con un animal y, de esa familiaridad, qué es lo que te llevas dentro después de haberte despedido? Durante todo este mes viviré en esta casa, que no es la mía, sino la de unos amigos que se han ido cuatro semanas de vacaciones. Porque no pueden llevarse a Ratoncito con ellos, porque hay plantas en la casa que hay que regar, porque los peces no sobreviven en la pecera sin escamas de alimento artificial y agua fresca, porque el correo se acumularía y el buzón se llenaría, obligando de este modo al cartero a devolver las cartas al remitente, porque no me importa vivir durante un tiempo en otro lugar, aunque sea en las afueras de Gante, en la periferia de la ciudad en cuyo centro habito... por todas estas razones viviré aquí en agosto como también viví aquí el mes de agosto del año pasado con Ratoncito y contigo, en esta casa, en estas habitaciones. Seguro que todavía

conservas algunos recuerdos.

*

A través de la ventana del primer piso veo un edificio alargado de ladrillo que delimita el pequeño jardín trasero y detiene la hierba, los arbustos y el árbol solitario, controlando su expansión; que empieza y termina a derecha e izquierda fuera de mi campo de visión y que se halla coronado por una serie de techados inclinados y asimétricos que van sucediéndose como los dientes de la hoja de una sierra: una sierra gigantesca con la que sería posible separar un trozo de terreno del mundo. Detrás sobresalen altos abetos, cercanos entre sí, que forman casi un pequeño bosque y, a lo lejos, puedo divisar un edificio blanco de apartamentos que descuella justo sobre la hilera de árboles. Éstas son las lindes de Gante, justo antes de que empiecen las divisiones administrativas de los edificios y el espacio adopte otro nombre. «Es muy guay poder vivir aquí contigo y con Ratoncito, y es una casa fabulosa en la que podré trabajar de maravilla..., pero es una lástima que nos encontremos en los suburbios —como lo expresaste de una manera que no dejaba nunca de sorprenderme—, los suburbios, pese a que Gante en su conjunto es una ciudad sumamente suburbana que ni siquiera se merece el título de ciudad. En Gante no ocurre nada o, si acaso, una sola cosa al mismo tiempo. Si estás en Gante y te preguntas una tarde qué podrías hacer, siempre te encuentras con una única posibilidad, a no ser que tengas una suerte enorme y entonces se te ofrezcan dos posibilidades. No estoy hablando de la calidad de esa posibilidad o de esas dos posibilidades, aunque eso es algo que convierte a Gante en una ciudad *inhabitable* para mí, ya que ella presupone que a sus habitantes no les gusta nada elegir y entonces elige por ellos. De este modo, Gante es una ciudad con períodos, y en esos períodos está claro lo que ocurre, y se espera que a quien no le guste lo que se ofrece en ellos abandone la ciudad. En momentos puntuales aparecen los diferentes grupos de usuarios de la ciudad como insectos a una temperatura determinada (estudiantes, turistas, alcohólicos, amantes del ciclismo, activistas medioambientales, aficionados a la gastronomía, corredores de maratón y paseantes), siempre justo a tiempo para aguardar el disparo de salida de su acontecimiento. No hay lugar en esta ciudad para las cosas que se presentan sin disparo de salida y, por eso, Gante

me resulta inhóspita, y los suburbios de Gante son, naturalmente, mucho peor siempre y cuando eso pueda llegar a ser posible. Aquí no ocurre nunca nada, pero todos sus habitantes creen que viven en una ciudad. ¿Qué está haciendo aquí la gente en realidad? En los suburbios, y desde luego en los suburbios de Gante, la vida real carece de sentido. Lo curioso y lo *insoportable* es que las personas aquí no son conscientes de la situación, manteniéndose por el contrario atrapadas en una red de sociabilidad y camaradería. Está bien que podamos quedarnos un par de semanas, aunque no podría soportarlo mucho más tiempo.»

*

Nuestra estadía en esta casa el año pasado no duró mucho, en efecto. Tan sólo la primera vez que estuvimos juntos en un lugar fueron hilvanándose los días de manera que la estancia no se interrumpió antes de tiempo.

Nos habíamos conocido unos años antes en una fiesta de cumpleaños de amigos comunes, pero no se te ocurrió hasta bastante después que te gustaría pasar más tiempo conmigo, cuando convenciste a esos mismos amigos comunes para que nos llevaran con ellos de vacaciones, si bien por entonces no podía hablarse de ningún «nos». Fue ésa precisamente la razón por la que se organizó ese exitoso viaje años atrás: para insuflarle vida a ese «nos», para procurar que desde entonces pudiera hablarse en cada momento del día de un «nos», para que nosotros, de manera ficticia o no, pudiéramos charlar, deliberar, pedir aprobación, intercambiar opiniones y verificar deseos continuamente entre nosotros. Cuando me invitaron nuestros amigos comunes, me pregunté si tras su invitación no habría intenciones ocultas de tu parte, y, aunque con toda modestia veía como un sueño esa suposición, seguí manteniéndola, y tal vez fue la que procuró incluso que yo accediera a la invitación por curiosidad. En todo caso, me confirmaste más tarde que habías puesto en mí los cinco sentidos sin reserva y con una tenacidad tan admirable como inexplicable, y que tu plan de conquista, con una pequeña excepción aquí y allá, salió a pedir de boca, algo que considerabas uno de los mayores logros de tu vida, al menos en el momento en que, volviendo la vista atrás, me pusiste al corriente de ese plan.

Durante ese viaje permanecimos en un barco que se encontraba atracado

en una bahía ante la costa de Creta y era propiedad de la familia de nuestros amigos comunes. Poco después de que dejara el avión nuestro grupo, integrado por una pareja y dos conocidos que a la sazón debían convertirse en pareja, me vi en la tesitura de tener que afrontar el hecho de que mi equipaje no había viajado con nosotros en la bodega de carga. Me quedé esperando en la cinta transportadora. Las corazas negras de goma no se detenían, pero seguían vacías; no salía nada más y, sin embargo, tampoco yo me atrevía a dar por perdido definitivamente mi equipaje, hasta que te acercaste a mí sonriendo y me diste permiso para utilizar tu ropa durante un par de días.

El barco en el que nos alojábamos estuvo todo ese tiempo anclado; una sola vez nos hicimos a la mar durante medio día sin un destino preciso, sólo para poner un poco en marcha el motor de la embarcación. El resto del tiempo el barco se quedaba flotando y en relativo reposo, sin moverse, por tanto, más que un par de centímetros a derecha, izquierda, adelante o atrás, pero al mismo tiempo sin permanecer nunca inmóvil más de un par de segundos. Día y noche se nos zarandeaba suavemente, como si estuviéramos en el cochecito de un bebé que necesita que lo mezan para poder dormir.

Poco a poco fue quedando claro durante esas vacaciones que tus deseos también existían más allá de mi imaginación, y poco a poco les iba concediendo yo cada vez más posibilidades de realización. Una tarde, me encontraba completamente solo tendido en el agua sobre una colchoneta cuando primero oí, y a continuación también vi, cómo aparecías tras el barco impulsándote con los brazos hasta que tu colchoneta transparente, al igual que tu cuerpo, se detuvieron en paralelo con mi colchoneta y mi cuerpo. Me quedé mirándote y luego me concentré de nuevo en mi reflejo en el agua, que de vez en cuando tocaba con un pequeño golpecito de los dedos para provocar estremecimientos concéntricos, semejantes a los que el aire produce en el desierto al recalentarse por el calor del sol. Sin poder establecer contacto visual, tú también extendiste la mano por encima del canal que discurría entre nuestras colchonetas y, luego, me cogiste la mía. Durante algunos minutos, nuestras respectivas manos pasaron a encontrarse de manera alternativa, la tuya en la mía o la mía en la tuya, como si estuviéramos examinando conchas y moluscos e intentáramos limpiarlos de arena con el agua. Seguíamos sin mirarnos. Las colchonetas iban acercándose

cada vez más, mecidas por las olas, y el sol había comenzado su descenso cotidiano. Estaba claro lo que ocurriría entre nosotros, pero lo que todavía no estaba claro era cómo.

Entonces oímos que alguien nos llamaba desde el barco. Nuestros nombres sonaron brevemente el uno detrás del otro y, cuando la llamada se repitió, se colocó la conjunción «y» entre los dos. Nos miramos, primero en la superficie del agua y luego en la realidad. Mi equipaje había llegado al aeropuerto.

A diario, la escena sobre las dos camas de agua se repetía como un eco, cada vez en posiciones y circunstancias distintas, en la litera de la bodega del barco donde dormíamos, bajo un olivo que ya no tenía hoja alguna y apenas daba sombra, a la mesa del comedor, junto a una ventana redonda a ras del nivel del mar... hasta que por fin, durante un breve bache aéreo, nos besamos por primera vez, en el avión, poco después de que el morro de la aeronave hubiera perforado una oscura capa de nubes para comenzar el aterrizaje en Bélgica.

*

Hace un momento oí cómo metían algo por la ranura del buzón. Es demasiado temprano para el cartero, así que debe de ser el periódico. Mis amigos están abonados a *De Standaard* y, como no les he dicho que es un periódico que no soporto, no han solicitado la baja temporal durante las vacaciones. Aunque estoy seguro de que también esta edición de *De Standaard* me pondría de mal humor nada más verla, es muy grande la tentación de levantarse, bajar por las escaleras y mirar lo que aparece en la primera página, lo que a pesar de todo quizá ya se haya filtrado dentro del periódico en el ámbito de la cultura y el espíritu, ver si se le presta atención a temas o personas que todavía no han sido triturados de manera mecánica por los demás medios de comunicación hasta convertirlos en polvos con sabor a ceniza, lo que sale a la palestra hoy en día en el círculo vicioso de la crisis mundial y se nos presenta como noticias, y comprobar quién considera tan necesario publicar sus opiniones completamente superfluas y trasnochadas al respecto, opiniones que son incapaces de cambiar nada, porque se han envasado al vacío en el medio en que se encuentran. No..., acabo de

empezar, así que tengo que seguir aquí escribiendo.

Sin embargo, podría combinar ese descenso con otra taza de café. Estoy bebiendo el mismo café que el año pasado —puede tomarse casi literalmente—, ya que he encontrado uno de los paquetes que compramos entonces; es un paquete que se ha quedado aquí durante todo este tiempo abierto pero sin que nadie lo tocara. La pareja que vive aquí —es decir: mis amigos— no hace café, al menos no de la manera clásica con agua caliente y granos molidos. Utilizan cápsulas que introducen en una máquina cuyo mecanismo insufla a través de ellas agua templada con poca fuerza y cierta irresolución. Tú profesas una profunda aversión a la bebida resultante de ese proceso, y yo también. Una sola vez, la primera que nos despertamos aquí, intentamos beber de ese café encapsulado y fue algo que nos acarreó consecuencias desastrosas: estuvimos malos hasta el mediodía, se nos arruinó la mañana y nos vimos obligados a pasar las horas más bellas del día suspirando, deprimidos y con náuseas, acudiendo con frecuencia al baño, a veces incluso a la vez, porque daba la sensación de que nuestros estómagos estuvieran a punto de vaciarse bruscamente, pero sin que nos fuera concedida esa liberación.

Por eso decidimos entonces no volver a beber nunca más café encapsulado y compramos un lote de cuatro paquetes de café en el supermercado. Este último paquete de nuestro aprovisionamiento, aún medio lleno, se encuentra todavía aquí, en el armario; lo habían cerrado con una goma y esa goma estaba pasada, lo que hizo que se rompiera cuando tiré de ella para quitarla. He descubierto el café con sorpresa tras haberme despertado aquí por primera vez, en el oscuro dormitorio de mis amigos, detrás de la habitación donde estoy ahora; es un dormitorio pintado de negro, sin ventanas, que a través de una gran puerta doble da a una estancia que linda con la calle; en esa habitación sólo hay una cama de matrimonio grande, como bien pudiste apreciar; estaba claro —fue lo que sugeriste— para qué sirve esta habitación y qué debe ocurrir aquí.

Supongo que no se ha pasado ya la fecha de caducidad del café; por desgracia, me resultó imposible verificarlo, porque el sello donde se encuentra la fecha estaba justo en el lugar por donde se abrió el paquete. Aparte de este café, no dejamos huellas visibles, e incluso esta huella visible

del café será eliminada por mí dentro de pocos días.

*

Ayer de madrugada, muy temprano, partieron mis amigos con el coche. Su intención era conducir veinticuatro horas sin parar, atravesando Europa para después, ya de noche, tomar el barco con rumbo a una isla del mar Mediterráneo. Por un pelo no pudieron llevar su plan a buen fin, me lo comunicaron ayer por medio de un mensaje de texto: el barco acababa de zarpar cuando llegaron al puerto, hora y media más tarde de lo planeado debido a un atasco de tráfico. Apenas vieron cómo la silueta iluminada del trasbordador iba haciéndose más pequeña y después desaparecía en el horizonte.

Llegué ayer a eso del mediodía. Las llaves de la casa me las habían metido en el buzón muy de mañana, antes de su marcha. Ya cuando abrí la puerta de la calle percibí el olor, un olor que parecía ser completamente idéntico al olor del año pasado. Durante todo el año he estado viniendo de visita con regularidad y, por ejemplo, celebré aquí —o al menos hice acto de presencia— el fin de año, y nunca antes me había llamado la atención ese olor, como si fuera un olor que formara parte de la casa, de las habitaciones vacías, los muebles sin usar y de Ratoncito, como si fuera un olor que sólo se manifestara después de haberse marchado los moradores habituales y después de que me hubiera instalado yo aquí.

Difícilmente podría llegar a describir las características y los detalles de ese olor, si bien creí reconocer en él algo que asocié indisolublemente con los pesticidas y, más en concreto, con el tipo de líquido insecticida de cuyos frascos vaciamos el año pasado una buena cantidad por todos los rincones de esta casa. El olor es químico, acre, agresivo, es un olor que parece apuntar a una huida y que podrías asociar con el pánico, porque resulta claro que existe un peligro en el lugar donde se percibe ese olor.

Cuando entré ayer, Ratoncito vino a mi encuentro sin vacilaciones. Oí que sus maullidos se hacían cada vez más intensos y, para mi sorpresa, no se arredró ante mi presencia: él no podía haber sabido que era yo quien acababa de entrar en la casa, ¿no? ¿Se habría pensado que yo era uno de sus dos amos? ¿Se acordaría de mí todavía del año pasado o de las visitas que suelo

hacer a esta casa? ¿O será que simplemente se amolda, de manera automática e inconsciente, sintiéndose incluso a gusto con cualquiera que, por medio de un manojito de llaves, esté autorizado a acceder a esta casa? Al menos, parecía como si hubiera olvidado a mis amigos, que estaban de camino al mar Mediterráneo, sustituyéndolos sin problemas por mí. ¿O no? Yendo aún más lejos, ¿se habrá dado cuenta, en cambio, de que tú no estabas?

Después de haber desparramado los trastos por la casa y de haber guardado unos cuantos alimentos frescos en la nevera, oí de repente alarmantes sonidos guturales en el cuarto de estar. Tal vez, debido a la hora temprana en que se produjo la partida de mis amigos, había comido demasiado o demasiado pronto; tal vez estaba tenso por su ausencia, que habría notado; o tal vez lo había alarmado mi presencia y el regreso del olor a veneno, un olor que a él tampoco podía pasarle desapercibido. En cualquier caso, volvió a vomitar el desayuno completo, en dos sesiones, breve y casi profesionalmente, en el suelo de madera del cuarto de estar, cuyas tablas a veces están muy separadas, con hendiduras que pueden llegar a ser muy grandes —por antigüedad, desgaste o una mala técnica de colocación, no lo sé—, y después desapareció en el jardín.

*

Como ya dije —y como habrá quedado claro desde el principio, ya desde antes de que empezaras a leer—, ésta no es una carta que vaya a echar al buzón de correos y enviar a tu dirección, aunque la manera en que me dirijo a ti lo haga suponer en este momento, como puedo imaginarme. Es imposible seguir enviándote cartas, y mucho menos este tipo de cartas, en las que hay cosas que pueden ser fácilmente cuestionadas, que no tienen la misma utilidad inmediata para ambos y cuyo mensaje es de muy dudosa importancia para cualquiera. La razón principal para que esto no sea una carta radica, sin embargo, en que yo para ti ya no puedo ser ningún remitente por más tiempo ni tú para mí una destinataria. Por otro lado, no hay nadie a quien me gustaría dirigirle la palabra más que a ti. No estoy seguro de a qué se debe ese deseo..., quizá no sea más que un hábito que no puedo quitarme de encima, como una adicción, incluso aunque no experimente de ninguna de las maneras placer alguno con la droga. Además, no dispongo de ningún mensaje

claro, de ninguna opinión, de ningún plan, revelación o expectativa, de ninguna noticia... ni siquiera de ninguna noticia de esas de las que se entera todo el mundo a través de fuentes más modernas, como la noticia que aparece tan extensa y espectacularmente en el periódico que acaba de entrar. Todo se sabe, todas mis palabras son sólo como arrugas en un gurrño de papel: una hoja que nadie puede alisar, pero que todo el mundo puede leer. En otras palabras, creo haber encontrado una solución para nuestro problema, que se reduce a que ya no existe ningún «nuestro»; confío en que resulte.

En la vivienda de aquí al lado —ésta no es, como bien sabes, una vivienda independiente, sino un amplio chalé adosado— alguien intenta tocar el piano, sin parar, empezando una y otra vez diferentes melodías que acaban en intentos, jirones de música que nunca se mantienen más de dos minutos. La elección musical es de una diversidad peculiar y admirable: he reconocido algo de Beethoven, después algo de Philip Glass, de la banda sonora de *Las horas* y, a continuación, la melodía de *My heart will go on*, creo que es una canción de una cantante famosa, dudo entre Mariah Carey y Céline Dion, y me parece que la canción se utilizó también para la película *Titanic* —no como la música que, desde un punto de vista histórico, tocara la orquesta en el barco, sino como banda sonora—; podría buscarlo en internet, pero les he prohibido a mis amigos que me dieran la contraseña de su red inalámbrica porque he decidido negarme a mí mismo el acceso a internet aquí.

Así pues, alguien intenta crear música en casa de los vecinos, no para un público, aunque el pianista o la pianista debe de ser consciente de que existe la posibilidad de que alguien capte los sonidos, incluso aunque los vecinos estén de vacaciones.

*

No es tan sencillo quedarse aquí, y es incluso muy fastidioso. El año pasado era distinto porque entonces decidimos dejar nuestros apartamentos y, por decirlo de algún modo, instalarnos en la casa a pesar de las reservas que te suscita esta ciudad. Este año, con tu ausencia, no hay nada que me ate a este lugar y parece absurdo que me establezca aquí temporalmente. Mi apartamento se encuentra cerca, no está lo bastante lejos como para no tener que estar pensando continuamente: no hace falta que me lleve esto o aquello;

si lo necesito, puedo ir a buscarlo, ¿no? En efecto, es probable que haya personas ricas o pertenecientes a la nobleza que vivan en una casa cuyas dimensiones contengan lisa y llanamente la distancia entre mi apartamento y esta casa, que, cuando se desplacen entre dos estancias de su vivienda, sigan permaneciendo todavía durante todo ese tiempo bajo un solo techo o, digamos, el mismo dominio, semejante al que recorro yo cuando me desplazo entre mi apartamento y esta vivienda. La escasa distancia —se trata de no más de dos calles largas— es por una parte práctica, claro, pero por otro lado también es fastidiosa en extremo, precisamente porque siempre seguirá existiendo la posibilidad de ir andando de un lugar al otro para ir a recoger algo, para cambiar de aires o para controlar algo. Antes de que se inventara el mando a distancia, se cambiaba mucho menos de canal en la televisión de lo que se cambia ahora. Si no tuviera el cuidado suficiente y no procediera de manera razonable, acabaría pasándome todo el día yendo y viniendo de un lado para otro, de mi apartamento a la vivienda de mis amigos, para comprobar si ha llegado el correo, para controlar si Ratoncito no ha vuelto a vomitar otra vez, para coger un bolígrafo que se me amolde mejor a la mano que el bolígrafo con el que estoy escribiendo ahora, para sentarme en el jardín trasero cuando asome el sol —algo de lo que no puedo disfrutar en circunstancias normales—, para comprobar en casa si he recibido nuevos correos electrónicos, para ver las noticias de las siete con el fin de enterarme de cómo anda la crisis mundial y poder ponerme al corriente de los nuevos medios que la prensa mundial ha encontrado para mantener esa crisis y así desviar la atención de su propia vacuidad, para coger de la otra nevera una botella de leche y no tener así que comprar una nueva o para volver a comprobar una vez más, por si las moscas, si se ha desenchufado el aparatito que calienta pastillas azules y disemina un olor acre que, según se afirma, es inofensivo para las personas y mantiene los mosquitos a distancia, de manera que no pueda calentarse exponencialmente, llegando después a inflamarse, hasta el punto de que pudiera acabar por incendiar la casa de la que debo cuidar, reduciéndose así a cenizas junto con una decena de casas adyacentes y también junto con Ratoncito.

*

Dos años atrás, durante el verano, tampoco hubo ese tipo de problemas cuando nos invitaron dos de tus amigos que vivían en una casa en La Haya que iba a quedarse vacía durante dos semanas por las vacaciones. No era necesaria nuestra presencia, porque no había animales domésticos que pudieran morir de hambre, los vecinos podían encargarse de regar las plantas y el buzón era una ranura en la puerta, por lo que el correo podía fluir sin trabas al pasillo interior. No puede negarse de ninguna de las maneras que allí vivimos una época preciosa, al menos hasta el momento en que tuvimos que marcharnos deprisa y corriendo.

No había nada que reprochar al lugar, al entorno, al interior, a la casa, al paisaje y a los vecinos... ni por mi parte ni por la tuya, tú que tienes para esas cosas unas antenas muy sensibles y que consigues expresar tus críticas de una manera tan elocuente como sistemática. Lo mismo vale para tus valoraciones positivas, tus experiencias dichosas y tus juicios aprobatorios, como resultó en La Haya y como también ha resultado en otros sitios y en un par de ocasiones distintas. Y es que en La Haya todo fue extremadamente «guay» en líneas generales. «Las vistas aquí —decías, por ejemplo— dan al ser humano la impresión de que todavía es posible respirar de una manera natural y prístina. Nada menos que la satisfacción de ver desde el dormitorio de la primera planta las dunas de Scheveningen a lo lejos. Tras una noche tranquila que hemos pasado en la fantástica cama de mis amigos, con las cabezas reposando en las almohadas rellenas de arcilla molida; con unas vistas semejantes, el día puede empezar con toda garantía de éxito y bienestar. Me resulta muy comprensible que mis amigos vivan aquí y, a la inversa, comprendo también por qué son personas tan sumamente guais cuando veo dónde residen cada día. También me llama la atención que el lenguaje tan amable con que nos saludan los vecinos y los tenderos es siempre de un refinamiento y una cortesía muy elevados; puedes ver que esta ciudad constituye una excepción dentro del territorio neerlandés, porque la patanería aquí no ha penetrado todavía del todo, sino que ha quedado restringida a un par de calles en los arrabales de la ciudad; afortunadamente, son calles por las que en absoluto es necesario que pasemos durante nuestra estancia. Incluso durante las excursiones en bicicleta que haremos por las calles nobles y solemnes de La Haya —excursiones en bicicleta que, de manera tan

desenvuelta como natural, impondrán tal cadencia a nuestros movimientos que, sin darnos cuenta, nos aportarán esplendor y dignidad— podremos dejar de lado sin problemas esos lugares donde no impera nada más que la descortesía, la vulgaridad y la agitación. Y, cuando estemos aquí de vuelta, recordaremos lo bien que han organizado todo mis amigos, que son muy felices el uno con el otro, y eso es algo que puedes ver por doquier en esta casa, es una atmósfera *plena de felicidad y carente de problemas.*»

En efecto, fue tan agradable la estancia de hace dos años en La Haya que llegamos incluso, aunque empezara como un juego y también acabara como un juego, a considerar seriamente la posibilidad de instalarnos en esta ciudad como tus amigos y, por fin, tomarnos en serio nuestros vagos planes de irnos a vivir juntos... ¡en el extranjero! Durante una de nuestras excursiones, fuimos a parar a un barrio antiquísimo pero soleado que estaba engalanado con los más fabulosos árboles de profusas ramas, pero donde sorprendentemente se vendían y alquilaban numerosos apartamentos y casas. Nos propusimos, una vez de regreso en la casa de tus amigos, visitar las páginas web de las agencias inmobiliarias que aparecían anunciadas en los carteles, tan numerosos como abigarrados. Para recordar la mayor cantidad de nombres que nos fuera posible, compusimos un eslogan que escandíamos una y otra vez en voz alta mientras regresábamos en bicicleta a casa por las calles de La Haya: «¡Roth... Reger & Dochters... International Living Comfort... Ulysses... y... Lopster Estate! ¡Roth... Reger & Dochters... International Living Comfort... Ulysses... y... Lopster Estate!». La música de estos nombres y marcas iba refinándose cada vez más y lográbamos pronunciar con fuerza la cadencia mnemotécnica cada vez con mayor fluidez, como si los dos juntos habláramos a través de una única voz. No nos preocupábamos de las miradas que atraíamos y regresamos a casa de tus amigos en dirección a Scheveningen pedaleando rápidamente en las bicicletas al ritmo de nuestras palabras: «¡Roth... Reger & Dochters... International Living Comfort... Ulysses... y... Lopster Estate!».

Es bastante extraño que no pueda recordar exactamente por qué no nos pusimos manos a la obra y empezamos a visitar al instante las páginas web de estas agencias para comprobar si nos resultaba posible mantener una vivienda compartida en La Haya desde el punto de vista presupuestario. En cualquier

caso, el eslogan siguió apareciendo durante meses mientras lo pronunciábamos entre risas, también cuando ya no era necesario que recordáramos los nombres y sin saber ya casi a qué hacían referencia esos nombres: se habían convertido en música que sonaba en la cabeza de ambos. Quizá olvidamos consultar internet, tras esa excursión en bicicleta, porque una vez que llegamos a casa volvimos a sucumbir a lo que probablemente fuera la actividad más deliciosa que practicamos en La Haya. Se trataba, sea como fuere, de una ocupación que procuraba que realizáramos el resto de actividades algo más rápido de lo necesario para poder retomar de nuevo lo antes posible esa actividad fascinante, emocionante y preferible por encima de cualquier otra ocupación. A saber: habíamos encontrado un puzle sobre un armario ropero. Puedo considerarme el responsable de ese hallazgo, porque la tarde anterior me había topado con la caja de cartón durante una búsqueda por la casa lenta, poco inspirada y de alguna manera aburrida. No fue realmente una búsqueda, no estaba buscando nada en concreto, simplemente estaba echando un vistazo como siempre hago, llevado por un interés sincero, cuando estoy en una casa extraña y no están presentes los moradores. Así fue como me llamó la atención ese puzle, encima de un armario ropero... Aunque ahora dudo un poco si el puzle se encontraba *dentro* del armario, no logro recordarlo, pero eso no importa. Lo que sí es cierto es que a los dos nos dio mucha alegría el hallazgo y, sin mayor reflexión y de común, tácito y pasional acuerdo empezamos a encajar las piezas como si se tratara de un enigma que debíamos resolver en una encrucijada antes de que se nos permitiera continuar.

El mejor lugar para completar el puzle nos pareció el tablero de la mesa de cristal que utilizaban tus amigos como escritorio y que estaba arrimado al alféizar, ante una de las muchas ventanas que daban a las dunas de Scheveningen en lontananza. Así pasamos horas maravillosas junto a esa mesa, sentados el uno al lado del otro en una silla, a veces los dos incluso en la misma silla para facilitar la colocación o la búsqueda de piezas, y bajo nuestras industriosas manos veíamos cómo iba apareciendo despacio *La lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp*, el cuadro que habíamos estado estudiando casualmente el día anterior en la Mauritshuis de La Haya y que, con sus más de cuatro metros cuadrados, nos había sumido nada menos que

en el más absoluto mutismo, un mutismo que sólo rompimos cuando llegamos a la Voorhout, esa romántica plaza escandida con árboles por la que Eline Vere, en su día, daba sus paseos enamorados. A medida que la fotografía de esta pintura de Rembrandt van Rijn, recortada en piezas de rompecabezas, iba completándose e íbamos colocando cada vez más piezas en su lugar, iban desapareciendo, como es lógico, las piezas del tablero de cristal, que alternativamente nos ofrecía a la vista nuestras piernas en parte enmarañadas o los pies envueltos en calcetines, y que por otro lado, a veces, reflejaba nuestros rostros inclinados hacia delante —en ese reflejo nos mirábamos sonriendo, aunque nunca durante demasiado tiempo, porque imperaba un afán febril por completar el puzle—, hasta que uno de los dos fijaba con un clic una pieza justo en el lugar donde en ese momento se encontraba uno de nuestros cuatro ojos.

*

Por desgracia, no conseguimos terminar ese puzle y completar la foto de la autopsia, y fue un poco por mi culpa, aunque el final inesperado de nuestro rompecabezas y, lamentablemente, también de nuestra estancia en La Haya no lo provocara adrede. Un día —las vacaciones de dos semanas de duración iban más o menos por la mitad— perdí mi teléfono portátil. Por la mañana a eso de las once fue constatada su desaparición y, cuando por la tarde a las seis seguía sin haber rastro de mi móvil, decidimos de común acuerdo interrumpir nuestra estancia de manera repentina para regresar a casa.

Tal vez no hubiera sido necesario, si bien la perspectiva de estar ilocalizable durante una semana y no poder contactar con nadie por propia iniciativa me pareció insoportable, sobre todo porque se me venía a la cabeza toda clase de motivos, tanto profesionales como familiares, por los que otros podrían necesitarme de pronto... y viceversa. La mayoría de esos otros no tenían tu número y, si hubieran estado intentando llamarme durante tres días sin resultado, habrían recurrido sin duda a la policía y al Departamento de Investigación Criminal Internacional. Naturalmente, yo mismo podría haber llamado a los conocidos, amigos, familiares o colegas susceptibles de tener semejante reacción para informarlos antes de que se produjera la susodicha alarma —la lista de candidatos no era interminable—, pero, aunque me sentía

capaz de enumerar todos aquellos que entraban en consideración, no me sabía de memoria el número de teléfono de cada uno de ellos. Además, volvió a comprobarse de nuevo la fe ciega que le otorgamos en la vida diaria a la tecnología inalámbrica cuando decidimos ponernos a buscar cada uno por su cuenta el aparato, acudiendo a los lugares donde habíamos estado las pasadas veinticuatro horas. Resultó nada menos que imposible separarnos sin disponer de un móvil para volver a reunirnos de nuevo, tanto más porque sólo teníamos un juego de llaves de la casa. Así pues, permanecemos juntos y estuvimos dando vueltas durante toda una tarde.

Primero llamamos con tu teléfono al mío, por supuesto, confiando en poder oír la llamada. Estuvimos recorriendo la casa de tus amigos llamando con el móvil como si se tratara de un contador Geiger, aguzando el oído, sensibles ante el más ínfimo sonido. Cuando llegamos al sótano y fuimos deambulando por la penumbra con cuidado entre cajas de cartón, cubos de pintura blanca vacíos, una lavadora, un banco de trabajo viejo y un estante con productos de limpieza, creímos tener suerte, porque oíamos un sonido de llamada, si bien atenuado como un eco y aparentemente lejos de donde estábamos. Nos quedamos sorprendidos, porque, aunque yo había visitado todos los lugares de la casa en la expedición que me había llevado a dar con el puzle, nunca había estado en ese sótano, que yo supiera. Entonces se puso en funcionamiento el contestador de mi móvil y oímos por el pequeño altavoz del tuyo cómo yo pronunciaba mi nombre y cómo, a continuación, se ofrecía en forma de silencio la posibilidad de grabar un mensaje. El tintineo del móvil que oíamos en el sótano, sin embargo, no cesó. ¿Cómo era posible? Sólo podía significar una cosa: había estado sonando otro teléfono por casualidad en casa de los vecinos, justo en el momento en que llamábamos con tu terminal al mío. Así que en algún lugar debía de haber una llamada sin responder que llevaba tu nombre, anunciada por la pantalla que se iluminaba en mi móvil. Donde quiera que fuese que la oscuridad se veía ahuyentada por esa luminosidad, no era en la casa de tus amigos.

Después iniciamos nuestra última excursión en bicicleta por La Haya... en silencio, sin eslóganes ni cantos. En una cafetería donde habíamos comido el día anterior, resultó que sí se habían olvidado un móvil, pero no era el mío. Quizá me lo hubieran robado, aunque ¿no era demasiado absurdo denunciarlo

a la policía?

Por todas esas razones y todas esas preguntas sin responder, regresamos a casa por la tarde en tren, compungidos, infelices... y también tú tuviste que admitir, si lo recuerdo bien, que no quedaba otra. Al día siguiente, de vuelta en Bélgica, lo arreglé todo para conseguir poco después del mediodía un nuevo terminal propio con el mismo número.

Cuando tus amigos volvieron a casa seis días después, se encontraron con una nota nuestra, un puzle casi terminado y unos cuantos regalos adquiridos a toda prisa, tales como una botella de *whisky*, una lata de maíz y un libro de segunda mano sobre mobiliario modernista que habías comprado para ti, pero que al final decidiste dejárselo de regalo a tus amigos. La posibilidad de que hayan terminado ese puzle es remota. Tal vez hayan pensado: «¡A quién se le ocurre quedarse aquí y dedicar el tiempo a completar un puzle!». Y tal vez se preguntaran, además, qué clase de relación manteníamos cuando preferíamos rellenar nuestro tiempo con un jueguecillo para niños y ancianos. Tal vez hayan deshecho nuestro trabajo sin ningún sentimiento de culpa, volviendo a meter las mil setecientas piezas ya colocadas en la caja donde aguardaban un destino las trescientas piezas restantes, dejando la caja después otra vez dentro del armario. Al cabo de unos pocos días, la asistenta se encontró un teléfono móvil tras la taza del váter, que debe de haberse quedado allí tras haber salido deslizándose en silencio del bolsillo de mi pantalón al bajármelo hasta los tobillos. En silencio era también el estado en que había puesto el terminal, para que nadie nos molestara mientras completábamos el puzle.

*

Por supuesto que Ratoncito ha crecido mucho desde la última vez que os visteis, pero no tanto como cabría pensar. Sigue siendo muy joven y ágil, no se le podría calificar de adulto, y su comportamiento también suele ser muy juguetón. A veces me pregunto si los acontecimientos del año pasado han perturbado su crecimiento o lo han convertido de alguna manera en otro animal. Además, tampoco puedo perder de vista que lo castraron en invierno, pues ya estaba en la edad y es mejor para todas las partes implicadas, según parece, si se emascula quirúrgicamente a un gato doméstico masculino y soltero.

Otra novedad es la manera persistente en que a veces requiere tu atención: aparece de la nada tras una hora de ausencia y entonces rompe el silencio maullando y casi chillando durante minutos hasta que obtiene en efecto esa atención, que no tiene que ser mucha, porque pronto se contenta, si bien nunca por mucho tiempo. Es difícil decir si es feliz, en el caso de que un animal pueda ser feliz, un animal en las circunstancias poco naturales del gato doméstico occidental.

A menudo me hace pensar en ti, en primer lugar porque vosotros, cuando estuvimos aquí el año pasado, erais inseparables y durante ese breve período de tiempo tú le prestaste toda la atención posible. Hay pocas cosas que pueda hacer ahora —andar detrás de su cola, mirar a los peces en el acuario o beber del agua cuyo color es cada vez más oscuro, asustarse con un sonido extraño, dejarse caer sobre un costado como fulminado por un rayo, buscar la posición más cómoda en el espacio que ha delimitado mi cuerpo en la tela del sofá del cuarto de estar o seguir con ojos concentrados el pequeño rinoceronte atado de una cuerda que balanceo a un lado y a otro como si quisiera hipnotizarlo— ..., en realidad, no hay nada que pueda hacer que no me recuerde a tu tierna reacción y a la manera en que insistías en que viniera a ver lo que hacía Ratoncito.

Al mismo tiempo hay más cosas, y he de admitir que el propio Ratoncito me hace pensar en ti de una manera extraña. Con cierta regularidad, y desde luego no sólo durante nuestra estancia en esta casa, me has dado motivos para que así sea... cuando imitabas a los gatos en general y a Ratoncito en particular, por ejemplo extendiendo los brazos hacia delante mientras estabas arrodillada y estirando otras partes del cuerpo lo máximo posible, como lo hacen los gatos nada más despertarse y antes de quedarse dormidos. A menudo también te restregabas contra mí apretándome la barbilla con tu cabeza y volviéndote a frotar de un lado a otro con la melena en el espacio existente entre mi cuello y mi hombro. Alguna vez parecía como si las uñas se te alargaran bastante en un santiamén para dejarme huellas superficiales en la piel. Pero lo que sobre todo recuerdo perfectamente es, sin embargo, el sonido que eras capaz de emitir para imitar el ronroneo de un gato en momentos de calma, bienestar y agradecimiento. «Brrrrrrrrrrrr... —era así —, brrrrrrrrrrrr...», mientras cerrabas los ojos, levantabas un poco la cabeza

y sonreías. «Brrrrrrrrr...», como el suave ronquido de un motorcito que mantiene en marcha a un pequeño bote en un lago calmo e infinitamente extenso... sin nubes en el cielo, sin cabrillas en la superficie del agua, sin ninguna necesidad de hacer señales no del todo comprendidas de una a otra orilla, sólo ese sonido suavemente ronroneante: «Brrrrrrrrrrr...».

Tal vez sea extraño, pero entre otras cosas es por eso por lo que puedo comparar en parte la relación que tengo con Ratoncito con la relación que tenía contigo. Desde que te has ido, no he tocado a nadie tanto como a Ratoncito y no creo que haya habido nadie que me haya prestado tanta atención como Ratoncito, aunque sólo fuera para exigirme atención, por ejemplo, restregándose con mis tobillos al pasar o viniendo hacia mí desde una gran distancia y haciendo mucho sonido anticipador. Aunque lleve aquí sólo una noche y un par de horas —lo repito—, durante los meses pasados he tenido más contacto con Ratoncito que con ningún otro ser vivo. Es un contacto limitado, no puede negarse, y he estado más cerca de ti de otras maneras, y también más cerca de otras personas, por ejemplo manteniendo conversaciones o leyendo textos. Pero ¿qué contacto es más importante? ¿Cuál es el contacto que más necesitamos? ¿El contacto que hace que nos olvidemos de nosotros mismos o el contacto que nos enfrenta a nosotros mismos? Creo que la exclusividad es importante; estoy, por ejemplo, bastante seguro de que Ratoncito de momento no está tan cerca de ninguna otra persona como de mí y de que no depende de nadie tanto como de mí, aunque también sé que hace menos de un día dependía de otra persona distinta y, sin ningún problema o pérdida aparentes, ha cambiado a mis amigos por mí. Esa idea es un gran defecto en mi relación con Ratoncito, fastidia bastante, porque desgraciadamente sólo los contactos exclusivos son del todo beneficiosos.

En lo que a esto concierne, puedo hablar con menor seguridad sobre mi contacto contigo que sobre mi contacto con Ratoncito. Lo único que sé es que yo, en el momento en que escribo esto, siempre he tenido en perspectiva el contacto contigo, lo que no quiere decir que sólo me comunique contigo. Tal vez fuera eso más o menos lo que tú significabas para mí: la suma del contacto con Ratoncito, de la comunicación a través de este texto y del sobrante indefinible causado por la suma de las partes.

*

Uno de los muchos obstáculos que amenazan nuestra conversación es mi espalda. También esto he podido mencionártelo sólo de pasada, también esto se produjo tras tu marcha y es un efecto secundario de lo que ocurre aquí y de lo que todavía puedo informarte por extenso. Entre la cuarta y la quinta vértebra de mi espina dorsal se ha desplazado algo que debería absorber los golpes, empujones y temblores; a veces lo comparan con una almohadilla. Ha alterado la dudosa simetría de mi cuerpo y ahora está presionándome algunos haces de nervios a los que se debería dejar en paz para que se pudieran concentrar en los estímulos que fluyen por su interior. Esta lesión me imposibilita bastante permanecer sentado, lo que resulta muy molesto cuando te has propuesto hacer lo que estoy haciendo ahora.

Así que tengo que estar levantándome cada dos por tres y andar un poco de aquí para allá, porque en estado sedente el dolor en la espalda se me hace demasiado intenso al cabo de un tiempo. La incorporación transcurre despacio y nunca se hace de corazón. Sólo con mucha precaución puedo enderezar la espina dorsal, como si en el intervalo de no más de un minuto hubiera pasado, suspirando y gimiendo, por todas las fases que han convertido al hombre en un bípedo.

Probablemente, la causa del problema sea el deporte intenso. Desde que ya no estás aquí, ha aumentado la frecuencia e intensidad de mis ejercicios motrices, con el admirable pero pernicioso punto culminante la tarde en que, la primavera pasada, subí cinco veces sucesivas la montaña del centro deportivo y recreativo de Blaarmeersen, a paso ligero, para coronarla a continuación con la ascensión de las escaleras de la atalaya que se encuentra en la cumbre. Este alto rendimiento me causó una extraña sensación psíquica —sentir que eres el amo del mundo, estar al otro lado del miedo tras una lucha con todos los ángeles y demonios—, una sensación que por supuesto se veía avivada por el panorama sobre la ciudad de Gante mientras caía la tarde. Resultaba grandiosa esa vista que se me ofrecía mientras recuperaba el resuello y pensé: «¿Quién necesita la ciudad de Nueva York o París teniendo Gante?». Gante no es, sin duda, contemplada desde la atalaya en la cumbre de la montaña del Blaarmeersen y, sin duda, si el contemplador acaba de

escalar esta montaña cinco veces seguidas y la tarde empieza a caer, menos impresionante que cualquier otra metrópolis, da igual la que sea. Ya sé que tú no estás de acuerdo conmigo en este aspecto, pero vuelvo a decirlo una vez más: todo tiene sólo un valor relativo que depende de lo que se diga, afirme o decida al respecto. La ciudad de Gante tiene la mala suerte de haber sido descrita o filmada raras veces de forma grandiosa y tampoco, como por casualidad, ha sido durante los últimos siglos el decorado de acontecimientos interesantes o el lugar de residencia de célebres personalidades.

Esta sensación, junto con el convencimiento de que todo es posible si se le dedica el suficiente amor y atención, no puedo describirla de otra manera que no sea como una felicidad breve y extraña, y a esta sensación de felicidad le siguió la misma tarde, cuando ya era de noche, una curiosa percepción física que desde entonces —ahora han pasado cinco meses— ya nunca me ha vuelto a abandonar y sólo ha ido aumentando en intensidad, frecuencia y abigarramiento.

Un par de semanas después de la primera manifestación del dolor fui a un médico de cabecera que me derivó al Departamento de Radiología. En las radiografías podía verse claramente lo torcido que andaba, no inclinado hacia delante (aunque éste probablemente también fuera el caso), sino ladeado: tengo la pierna derecha un centímetro y medio más corta que la izquierda, no sé si te sorprende, quizá ya lo hubieras sospechado durante todo este tiempo que has pasado conmigo, pero te lo callabas por cortesía o consideración, ya que sabías que después no podría dejar de hablar del tema. El médico de cabecera me aseguró que no había que seguir buscando más causas: este desnivel era el responsable de todo mi dolor. Al cabo de años de crecimiento torcido, naturalmente, era imposible corregir la postura, pero de ahora en adelante era conveniente que llevara en el zapato derecho una plantilla que redujera la diferencia un tercio aproximadamente.

Sin dejar de correr, aunque después de haber bajado en intensidad y frecuencia y después de haberme propuesto no volver a afrontar en el futuro pendientes empinadas, a pesar del paisaje urbano al que he tenido que renunciar, me he pasado cinco semanas esperando concentrado en la recuperación, que, sin embargo, no se ha producido, a no ser que una señal de restablecimiento fuera un ligero hormigueo nada desagradable en el pie

derecho. El doctor lo negó. Me aconsejó que me hicieran algunas fotografías magnéticas de la región lumbar. Como es algo que suele prescribir con frecuencia a sus pacientes, al igual que otros colegas suyos, en el Departamento Fotográfico no me dieron cita hasta cuatro semanas después.

Cuando comenzó la consulta, me di cuenta de que era la primera vez después de años en que no iría al hospital contigo. Siempre hemos considerado una cuestión de honor el acompañamiento mutuo al hospital y, por diferentes circunstancias, tú has tenido que asistirme a mí con mayor frecuencia que yo a ti; si no recuerdo mal, sólo fuimos una vez al hospital porque tú lo requerías, y fue para visitar a una de tus tías, a la que, por lo demás, acababan de dar el alta esa misma mañana sin que te lo hubieran comunicado y no nos enteramos hasta que ya estábamos allí. En el Departamento Fotográfico deslizaron mi cuerpo por un aro, tras lo cual diferentes imanes fueron moviéndose de un lado a otro dentro de ese aro a toda velocidad, produciendo mucho ruido, para que surgiera un campo que hacía visible para el ojo de un escáner la configuración interna de mi anatomía. Unas cuantas veces, durante los quince minutos que duró este procedimiento, estuve convencido de que me resultaba imposible seguir ni un segundo más dentro de este aparato sin que se viera seriamente afectada mi salud mental. Estos momentos de pánico persistieron bastante y conseguí ahuyentarlos concentrándome en el sonido que se oía atenuado en los cascos de los auriculares que me habían puesto en las orejas, sin haber podido decidir si quería utilizar este aparato o no. Alternativamente, fui escuchando cómo cantaba Whitney Houston «*I wanna dance with somebody / I wanna feel the heat with somebody / With somebody who loves me*» y cómo una voz masculina hacía publicidad de una tienda de cómodas camas, situada en una de las calles que llevaban a la ciudad de Gante. Conoces esa tienda, pues estuvimos allí juntos; es una sucursal de una empresa familiar de éxito y casi secular que asegura ser la proveedora de la Casa Real en los Países Bajos desde hace décadas, y a la sazón me serviste de mucha ayuda para elegir una cama de matrimonio que, según afirmaba el vendedor, respiraba por propia iniciativa y, de esta manera, minimizaba la transpiración y el recalentamiento de los cuerpos durante el sueño. Sin ti me habría resultado imposible comprar esa cama de matrimonio... y encontrar una escapatoria dentro de los cientos

de posibilidades que se te ofrecían en la tienda. Así, me insististe, por ejemplo, en que la cama debería tener un colchón de matrimonio de una sola pieza y no dos colchones de camas individuales, lo que calificaste de ridículo, y, según mis sospechas, tenías razón. Después estuviste durmiendo de maravilla unas cuantas veces, no sabría decir cuántas, en esa cama de matrimonio que llevaron a casa al cabo de ocho semanas. «He dormido de maravilla», decías entonces, a veces mientras te estirabas como un gato que acaba de despertarse, «deliciosamente, he dormido excepcionalmente bien, porque casi siempre me quedo tumbada despierta durante horas mientras tú me recuerdas con tu respiración fuerte que todavía sigo despierta...», sí, tal vez haya dormido esta noche demasiado bien incluso, porque a la larga coges una postura durante el sueño que es tan confortable que ya no la cambias en toda la noche, y eso tampoco es bueno, por maravilloso que pueda ser el sueño; en otras palabras, a veces puedes dormir tan bien que debes temerte lo peor para el posterior transcurso del día».

Junto con esos pensamientos y recuerdos, se pasó mi estancia obligada en ese conducto de análisis y, tras un período de espera de tres semanas, que se prolongó con tres semanas más por las vacaciones del doctor y una huelga de los clasificadores en el centro de correos de Gante, pude ir a la consulta para enterarme de lo que ofrecían las imágenes, de las que el doctor no pudo concluir nada, salvo que había surgido una modificación irrefutable, antinatural y con toda probabilidad malsana en el diseño de mi región lumbar. Él no estaba lo suficientemente cualificado para interpretar esta modificación y se veía forzado a derivarme a un especialista del hospital universitario.

Cuando al día siguiente hablé por teléfono con el secretariado de este especialista, me propusieron que me pasara por allí el 19 de junio. «Como muy pronto, podemos darle una cita para el 19 de junio», me dijo la recepcionista. Creí que o bien se trataba de una equivocación por su parte, o bien de una alucinación por la mía, en vista de que estaba seguro de que en ese momento estábamos a 20 de junio. Ese 20 de junio, en efecto, me propuso ella que me pasara el 19 de junio, pero el 19 de junio del año siguiente. Tras mucha insistencia por mi parte, fue posible concertar una cita para tres semanas después, a condición de que me conformara con una conversación con el asistente del doctor.

Este asistente unió la parte inferior de mi cuerpo, desde el tobillo hasta por encima de la cadera, a una red de electrodos mediante los cuales, a continuación, se le transmitían a mis nervios breves y cada vez más intensas descargas eléctricas que me endurecieron los músculos hasta convertirlos en mármol y que apenas pude resistir con rechinar de dientes, rezando para no arrancarme la lengua de un mordisco.

Basándose en estas pruebas, decidió que se me debían suministrar una, dos o tres inyecciones, y hace un par de días me pusieron la primera de esta serie. Tal vez no te sorprenderá que los dolores se hayan multiplicado desde entonces y que también para mí el tratamiento haya sido un infierno, en enorme contraste con las cosas tranquilizadoras pero falsas, como luego resultaron, que me contaron previamente, sin ir más lejos mi propio abuelo, quien me dijo que en toda su vida lo habían pinchado cincuenta y seis veces en la columna vertebral sin que nunca hubiera sentido ninguna molestia en todas y cada una de esas veces. Tal vez haya estado tumbado en la camilla demasiado tenso e incluso crispado... ¿y podría ser de otra forma cuando sabes que un poco antes se había desplomado una señora mayor emitiendo un enorme grito después de que una joven enfermera le hubiera intentado poner el suero en vano hasta cinco veces en sus esmirriados brazos, en los que sólo había piel?

Desde el momento en que sentí cómo el líquido se me dispersaba por la médula, mis pulsaciones no cesaron de aumentar y, al cabo de unos pocos segundos, tenía empapada la camisa, que me había remangado hasta por debajo de los hombros. Para mi sorpresa, después logré mantenerme en pie sin problemas. Palpé con los dedos para que la tirita estuviera bien puesta en la región lumbar, como es debido, y fue como si remojará la mano en un charco de sangre. Una vez que estuve fuera, quise llamarte por teléfono. No lo hice, no porque llevara ya meses sin llamarte, sino porque me di cuenta de que siempre te llamo para ponerte al corriente de desgracias, durante todos estos años, y porque me había propuesto no volver a ponerte en contacto contigo hasta que tuviera buenas noticias que contarte.

*

Durante una de las muchas conversaciones que mantuve con el doctor, le he

preguntado con cautela si alguna vez podría volver a hacer deporte y si alguna vez volvería a concedérseme la relajación de después de correr, a lo que él respondió que debería estarme quieto tanto tiempo como me fuera posible.

Tú sabes mejor que nadie que yo no puedo quedarme quieto sin que este estado, que el doctor califica con un término del mundo animal doméstico, vaya precedido por un movimiento intenso que tenga como consecuencia el agotamiento. También cuando estuvimos viviendo el año pasado por esta época en esta casa nos apoyábamos mutuamente varias veces al día en la búsqueda del agotamiento, la satisfacción y la calma subsiguiente, entre otras cosas corriendo mucho y a una velocidad relativamente alta alrededor del lago artificial que se encuentra en la zona recreativa situada cerca, al pie de la montaña mencionada con anterioridad.

Una vez iba corriendo a un par de metros detrás de ti, mirando sólo la parte trasera de tu cuerpo, que se movía en innumerables ochos yacentes, cuando me confiaste por encima del hombro derecho que ese día no lograrías terminar el circuito completo y que querías acortarlo un trozo, lo que es posible gracias a que en el bosque de pinos hay un pequeño sendero que recorta la parte superior del circuito como la yema de un dedo. Yo no tenía nada que objetar, pero te propuse que iría por el trayecto más largo y que te alcanzaría más adelante.

Poco antes del momento en que tendría que volver a aparecer en el circuito corto, justo en el momento en que empezaba a confiar en que iba a reunirme contigo porque ya veía a lo lejos la parte trasera de tu cuerpo..., justo en ese momento se desató una tormenta extrañamente intensa sobre la zona recreativa. Al cabo de unos pocos segundos, empezó a golpearme terriblemente —y supongo que también a ti— la lluvia en el rostro. El cielo se tiñó de gris oscuro y se desencadenó un viento que suspendía las gotas de lluvia por el paisaje como si se tratara de cortinas desatadas. De vez en cuando se oían truenos ensordecedores y un par de veces creí observar, a través de la red de lluvia en que me encontraba envuelto, cómo el mirador atraía al rayo en la cumbre de la montaña. Además, las gotas de lluvia se transformaron al cabo de un par de minutos en durísimas y esféricas bolas de granizo que me golpeaban simultánea y dolorosamente en ambos hombros

como huesudos dedos. El terreno y los senderos del terreno estaban vacíos y en muchas leguas a la redonda no podía divisarse a nadie... tampoco a ti.

Entonces dejó de llover y poco después se asomó por un instante el sol poniente. Entre tanto, yo ya me había recorrido a pesar de todo el resto del sendero, pero no te había alcanzado y tampoco me habías alcanzado tú a mí. Sin que mis pensamientos hubieran cogido carrerilla para llegar a esa conclusión, temí que te hubieras caído al lago..., en algunos lugares por donde el sendero recorre la orilla hay que pasar por encima de tablas de madera que pueden volverse muy resbaladizas, sobre todo durante una tormenta, y que llevan años pidiendo que las sustituyan. Estuve gritando tu nombre, diez veces seguidas..., algo que no puedo repetir aquí en papel mediante la escritura.

Te habías vuelto invisible e imposible de encontrar. Recorrí tres veces el trayecto en vano. Poco a poco fui convenciéndome de que habías regresado a la casa de mis amigos, lo que me pareció una decisión muy sensata: aunque obrara en mi poder el único manajo de llaves que nos habían entregado, ése era el lugar donde al final, si bien no era definitivo, volveríamos a ir a parar, incluso si no nos hubiéramos separado por tu falta de energía e incluso si no se hubiera desatado ninguna tormenta sobre nuestras cabezas.

Cuando llegué a la casa, tú no estabas. Ratoncito yacía seco en el sofá, pues él no había salido de allí. Pensé que te había perdido cuando lo vi a él pero no a ti, que te habías ido a pesar de no quererlo..., y recuerdo que pensé: «Ya vendrá, no puede cuidar de sí misma». Lo siento, ese pensamiento me llenó de vergüenza y remordimiento, y así te presenté esa suposición, no justo después de que hubiera vuelto a encontrarte, sino más tarde, en una ocasión que me pareció adecuada para contártelo.

Cuando vi a Ratoncito y a ti no, me entristecí y desesperé de una manera audaz, nacieron en mí unos sentimientos violentos que no podían compararse con nada. Fue como si me convirtiera en una persona distinta, como si se me obligara a visitar un lugar cuya existencia no había sospechado nunca, no digamos ya que se me obligara a quedarme allí.

Regresé a la zona recreativa con una bicicleta de mis amigos. Para tener los pensamientos bajo control, intenté declamar la cancioncilla de La Haya, pero no llegué más allá del nombre de la primera agencia inmobiliaria y el

resto ya no podía recordarlo. Entre tanto, había caído la noche. «En la oscuridad —pensé— será imposible rescatarla. Si se ha caído al agua, se habrá ahogado después de tanto tiempo. Si la han raptado y violado, habrán desaparecido todas las huellas. Si se ha tropezado y yace inmóvil o incluso sin conocimiento en la maleza, morirá de hambre, pero antes de sed.» Recuerdo también —no sé si te lo he contado o no y si es grave o no— que mi espíritu me obligó de repente a imaginarme que debía contárselo a tus padres.

Antes de llegar a la zona recreativa, te encontré en el camino, paseando, en la dirección de donde yo venía. Llevabas la ropa pegada al cuerpo allí donde era posible y tu pelo nunca había tenido un aspecto tan ruinoso y tan poco voluminoso. No te alegraste cuando me volviste a ver y mi alegría también fue sustituida por otros matices anímicos, ya que me arrojaste a la cara la toalla que había cogido para ti.

«¿Cómo es posible que tengas una bicicleta?», dijiste con los ojos abiertos de par en par, que aparecían subrayados por las negras greñas mojadas de pelo que llevabas pegadas a las sienes y de las que creí ver gotear a cada momento tinta negra. «¿Cómo es posible que tengas una bicicleta y cómo has conseguido esa ropa seca? ¡Yo estoy empapada y tengo un frío mortal! Probablemente necesitaré semanas para recuperarme de todas las enfermedades y catarros que voy a pillar, y, cuando vienes a mi encuentro, resulta que tienes una bicicleta y llevas ropa seca. ¿Cómo diablos has conseguido esa ropa seca? ¿Y por qué no has venido al centro? He estado esperándote durante todo el tiempo en el centro y ¿dónde estabas tú? Ibas paseándote en bicicleta con ropa seca. ¿No estaba claro que nos encontraríamos en el centro en el caso de que hubiera tormenta o surgiera algún imprevisto? Todo el mundo estaba esperándose en el centro, apenas había una silla libre, a nadie se le había ocurrido no ir al centro, salvo a ti, tú habías ido a buscar ropa seca y una bicicleta. Yo estaba en el centro y me preguntaba qué estaba haciendo allí, puesto que una vez más había ido a parar allí por tu culpa, porque yo no tenía ganas de salir a correr y otra vez estaba sola en el centro y me había convertido en la víctima de tus planecitos mientras que no se te veía por ningún lado. En el centro no llovía, allí podíamos habernos secado un poco, hacía algo de calor, aunque en absoluto

era suficiente. Estuve esperándote, pero no aparecías. ¡Nunca viniste al centro!»

Mientras te escuchaba en silencio, me quedó claro que con «el centro» estabas refiriéndote a la cafetería de la zona recreativa, que con un poco de buena voluntad podía situarse, en efecto, en el medio del terreno, pero a la que nunca antes habría conseguido designar como «el centro» y que tampoco habría definido como el refugio y lugar de encuentro adecuado. Si ocurre algo malo, vuelvo lo más rápido posible a casa o al lugar que en ese momento debe hacer las veces de casa. Eso fue lo que hice también entonces y, en efecto, por eso —algo que no pudiste evitar señalar— me cambié de ropa rápidamente antes de iniciar la búsqueda en bicicleta; fue eso lo que me pareció más sensato, en vista de que no sabía lo que podía llegar a durar la operación de búsqueda y en vista de que me parecía lo mejor estar preparado para lo peor con ropa seca. En cualquier caso, ¿no era mejor que por lo menos uno de los dos pudiera contar con ropa seca?

Te puse al corriente de todo lo precedente e intenté convencerte también, como casi siempre ocurre cuando queremos poner a alguien al corriente de algo. Después no intercambiamos más palabras el resto de la tarde, aunque yo te pedí disculpas un par de veces y expresé mi pesar respecto a cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Hasta poco antes de irnos a dormir no dirimimos de una vez por todas nuestras diferencias.

*

Poco antes del amanecer, he arrimado esta mañana una mesa de cristal a la ventana. A ella estoy sentado ahora —es casi mediodía— con Ratoncito sobre el regazo, de manera que se encuentra debajo de la superficie de cristal y puedo mirarlo como si se tratara de una pieza de museo viva dentro de una vitrina. He colocado la silla de escritorio en la posición más baja y he salido rodando con ella un poco desde debajo del tablero de la mesa para que pueda saltar a mi regazo. Luego he vuelto a colocar despacio la silla junto con Ratoncito y conmigo mismo debajo de la mesa y me sorprendí con la ocurrencia sádica de que podría volver a elevar la silla, dejando así atrapado a Ratoncito entre mi regazo y el tablero de cristal, llegando incluso a aplastarlo.

La reverberación de la ventana y de mi rostro inclinado hacia delante

impide que pueda observarlo alguna vez con plenitud, y siempre se recortan partes de él, también por los papeles que se hallan ante mí sobre el tablero de la mesa. Ahora está tranquilo, a veces hace un poco de ruido y luego cambia de postura, lo que no está exento de riesgo, porque no tiene mucho sitio, después de todo mi regazo no es tan amplio y tengo las piernas razonablemente cerca de la superficie de cristal. De vez en cuando, amenaza con caerse tras una maniobra, luego tengo que ayudarlo, o intenta agarrarse clavándome las uñas en las perneras del pantalón o, también de tanto en tanto, en aquello que cubren las perneras de ese pantalón.

Él sólo necesita contacto y atención y creo que mis amigos le han consentido en exceso en ese ámbito, dos cosas que forman parte de los fenómenos más adictivos que puedes prestar a un ser vivo. Así pues, si Ratoncito nada más despertarse no es colmado rápidamente de contacto y atención, empieza a chillar de manera insoportable, haciendo pausas sólo para tomar aliento, como si diera un saltito de un párrafo al otro. A veces esas lamentaciones parecen, en efecto, orientadas a volverme loco de remate y procurar que le dedique contacto y atención. Lo único que parece querer decir es que preferiría dejar de hablar, su mensaje es de naturaleza autodestructiva, como el pequeño ordenador con que se instruía a los agentes secretos en series de televisión hace ya tiempo olvidadas y que se destruía a sí mismo en silencio. Lo que dice Ratoncito no tiene ningún significado, las cosas que articula sólo van encaminadas a que lo cojas en brazos.

Tú solías consentirle ese capricho, el año pasado, y tal vez seas corresponsable de que esté tan mimado, tal vez lo hayas formado también hasta conformarlo en el mamarracho inaguantable en que se ha convertido, al menos en momentos en que no recibe contacto y atención. Tan pronto como le dedicas atención y estableces contacto, puedes arreglártelas leyendo y escribiendo con él, en el sentido figurado y, como es mi caso, en esta casa, durante unas vacaciones otra vez, también se da en sentido literal.

Me lo recordó cuando ayer estallaron los fuegos artificiales, que siempre forman parte de las fiestas populares que anualmente se organizan en Gante y que pueden verse tan bien desde esta casa en las afueras de la ciudad. Esos fuegos artificiales son por suerte lo único que penetra aquí de este acontecimiento a gran escala. Todo lo restante, toda la suciedad, el alboroto,

los gritos, las voces y las majaderías no llegan hasta este rincón. La masa de gente que viene todos los años a Gante al principio del verano no es lo suficientemente grande como para desparramarse por aquí también; aquí no se les ha perdido nada y no se puede disfrutar de nada. Ésa es una gran ventaja, y les agradezco a mis amigos poder encontrarme en esta posición excepcional gracias a ellos.

Como sabes, en mi apartamento situado al borde del centro de Gante es imposible escapar a los festejos. Un temperamento y un carácter distintos de los míos considerarían esa ubicación un regalo del cielo y alabarían mi apartamento con orgullo como un lugar por el que podrían pagarse durante las Fiestas de Gante, diariamente, cientos de euros, así de privilegiadas son las vistas a las actividades festivas y estimulantes, así de claramente pueden diferenciarse los conciertos unos de otros y así de auténtica es la amalgama que, si bien tras el cristal o con la ventana abierta o en el balcón, puede establecerse con los fiesteros.

El año pasado estuvimos viendo igualmente los fuegos artificiales y entonces Ratoncito se volvió loco por el ruido, como si supiera que los estallidos y las detonaciones pueden ser presagios de la desgracia que va emparejada con la guerra..., quizá sea la reencarnación de un veterano de guerra, quizá ese conocimiento útil y en absoluto superfluo haya empezado a formar parte del instinto colectivo del gato doméstico occidental. En cualquier caso, el año pasado durante los fuegos artificiales se volvió poco menos que histérico: tenía los ojos abiertos de par en par, las orejas le giraban ciento ochenta grados, el pelo y la cola los tenía hirsutos. Con una sola caricia lo calmaste... Ayer lo estuve siguiendo por toda la casa, incluso mucho después de los fuegos artificiales, recurriendo a palabras tranquilizadoras que, naturalmente, no sirvieron de nada y lo único que consiguieron fue aumentar su excitación; luego intentó ponerse a salvo debajo de la cama de mis amigos y allí estuvo sin moverse hasta las cinco de la madrugada. Era como si me reprochara a mí el alboroto, como si pensara que yo era el responsable de los fuegos artificiales.

*

Ayer fue mi primer día aquí y, cuando del cielo cayó la tarde junto con el

enésimo chaparrón y ya habían pasado los fuegos artificiales, supe que me había engañado a mí mismo al pensar que éste podría ser un buen lugar para celebrar unas vacaciones agradables sin tener que ocuparme de nada en especial durante días. Para mi sorpresa, en esta casa todo me recordaba a ti, y no se me pudo ocurrir otra cosa mejor que regresar a mi apartamento. También estuve considerando, como casi siempre en ese momento del día, llamarte por teléfono, pero sabía que ya no era posible porque terminaríamos bombardeándonos con disculpas, yo porque te llamaba en un estado depresivo y tú porque ya nunca me llamabas siendo como eras muy feliz. Asimismo, según la costumbre, estuve sopesando la idea de escribirte una carta y también, como casi todos los días durante los meses precedentes, fui consciente de que no tenía ningún sentido. Fue entonces cuando me surgió la idea de ir elaborando estas páginas, y las preparaciones para este proyecto, junto con los recuerdos del año pasado, me ayudaron a pasar el resto de la tarde.

Por supuesto que he evocado la plaga y por supuesto que me ha asaltado el miedo de que la plaga regresara. Es un miedo que se presenta cada vez con mayor frecuencia, cuando Ratoncito se rasca, cuando siento irritación en la piel que me pica o cuando veo algo en el papel que no estaba antes y que desaparece tan pronto como quiero analizarlo. Soy consciente de que, si la plaga revive, me encontraré solo ante el peligro y tendré que hacer frente sin ayuda alguna a cientos o incluso miles de rayitas negras. Sin embargo, supongo que las precauciones de mis amigos han sido eficaces, y si a pesar de todo la plaga se reprodujera este verano, me quedaría esperando tan tranquilo la llegada de mis amigos. No cambiaría nada, y eso es extraño cuando conoces las turbulencias del año pasado.

En realidad, nosotros no hemos convivido nunca, cuando convivíamos era siempre en casa de otras personas, llegábamos a las posiciones vacías originadas por la ausencia de otros y entonces se trataba siempre de una situación excepcional que terminaría en un futuro no muy lejano y que por distintas circunstancias siempre acababa antes de lo previsto. El año pasado estuvimos viviendo en esta casa durante una semana como si estuviéramos casados y como si Ratoncito fuera nuestro hijo, hasta que un día nos convencimos de que —todos los elementos de la casa: los suelos, los zócalos,

las escaleras, las puertas, los intersticios, los conductos, los alféizares, las ranuras de las ventanas y los umbrales, junto con todos los objetos de la casa, grandes y pequeños: los armarios, las sillas, los sillones, las camas, los cojines, los libros, las plantas, los teclados, los mandos a distancia, las lámparas, las esterillas, las sábanas, y combinados con todos los seres vivos que utilizaban estos objetos o se movían entre ellos— todo en definitiva estaba poseído por un número incontable y poco claro de pulgas.

Los primeros indicios fueron los picotazos que aparecieron alrededor de mis tobillos, y no alrededor de los tuyos, y que interpretamos como picotazos de mosquitos normales y corrientes, anticuados y de ninguna manera alarmantes. Unos pocos minutos después, en tus manos surgieron también un par de pequeños bultitos rosados. Entonces fue cuando te diste cuenta de que te había llamado la atención que Ratoncito se rascaba con mucha frecuencia, de una manera cómica con la pata trasera detrás de las orejas, pero también de la manera más extraña y desesperada, a saber, mordiéndose el pellejo. En la mesa de madera del cuarto de estar estuviste examinando entonces a Ratoncito, apartándole poco a poco los pelos, como si fueran plantas, al igual que haría un explorador.

Entonces saltó la primera pulga, como un guion trazado con tinta negra sobre el tablero de la mesa que luego se volvió a borrar, porque las pulgas consiguen desaparecer mejor que cualquier otro ser vivo. Si las estás viendo en un instante, al instante siguiente ya se han ido y podrías empezar a dudar de tus ojos, porque saltan al otro lado de la habitación con una fuerza fabulosa, lejos del campo visual, como si nunca antes hubieran estado allí. Y tal vez esa raya no fuera en efecto un pulga, sino más bien una pelusa, un hilillo, una mota de polvo, una pequeña fibra transportada por el viento como los millones de pequeñas cosas que andan flotando por cualquier casa. Por eso pasa tanto tiempo antes de atreverte a afrontar la verdad y poder decir sin temor a equivocarte: «Ratoncito tiene pulgas», o de manera más general: «Hay pulgas en la casa».

No estuvimos convencidos del todo hasta después de haberme dirigido a la farmacia de guardia —sucedió un sábado— para comprar un aerosol de «pesticida para el entorno del animal» y un frasco de «pesticida para el animal». Una vez que hubimos pulverizado tres veces la lanosa cesta blanca

en la que Ratoncito a veces se echaba la siesta, el pequeño mueble se cubrió por completo de decenas de pulgas que salían de los pliegues y concavidades de la lana artificial, moviéndose desesperadamente sobre este tejido pálido de un lado para otro, a menudo durante no más de un par de segundos, y luego, con sus últimas fuerzas, saltaban para desaparecer en la atmósfera de la casa como en la nada.

Rompiste a llorar enseguida, te hizo recordar aquella vez que, de niña, fuiste de visita con tu padre a casa de los vecinos y el vecino te dio un tetrabrik de zumo de frutas con una pajita. Lo dejaste en el alféizar para ir a ver las gallinas en el jardín y, cuando regresasteis, una horda de hormigas había colonizado por completo la bebida, entrando las más valientes en fila por la pajita, como si se tratara de un túnel, semejantes a un resuelto equipo de rescate que va a liberar a unos mineros, pero encaminándose cada miembro del equipo en realidad al encuentro de una dulce muerte segura por ahogamiento. También entonces rompiste a llorar, el vecino te quiso consolar yendo a la cocina en busca de otro tetrabrik, aunque, desgraciadamente, era el último y todo lo que pudo ofrecerte fue un vaso de agua del grifo.

Que la canastilla de Ratoncito estuviera cubierta por completo de insectos tampoco sirvió de mucha ayuda, sobre todo porque te viste asaltada por otro recuerdo, de fecha más reciente. «¡No voy a quedarme aquí ni un minuto más!», exclamaste. «Son los bichos más terribles, son alimañas, no podemos hacer nada en contra, están por todas partes, ya no podremos librarnos nunca más de ellos, estamos perdidos. No hace falta que me digas nada, qué me vas a contar, ya los sufrí una vez el año en que estuve viviendo en Barcelona, llegué un día a casa y el apartamento estaba lleno de piojos, piojos por todas partes, nunca lo olvidaré y no quiero volver a pasar por ello, es lo que me propuse: *no quiero volver a pasar por ello nunca*, piojos por todas partes. Entonces llegó el servicio de desinfección, rociaron todo el apartamento, parecía como si estuviera todo cubierto de nieve y no se pudiera volver a entrar jamás, y fue lo que hice, no volví a entrar nunca más, no podría dormir ni un solo minuto en una cama o en una habitación donde ha habido una plaga de piojos. Me mudé entonces, y es lo que tenemos que hacer también ahora, no puedo soportarlo, me destroza, no puede ser que tenga que soportarlo otra vez porque estoy por azar en la casa de tus amigos este

verano, tenemos que irnos de aquí de inmediato.»

Volví de nuevo con la bicicleta a la misma farmacia para comprar más aerosoles, lo que fue imposible, porque a este farmacéutico sólo le quedaba uno. En otro distrito de Gante había otra farmacia abierta ese sábado, y cuando llegué allí con la bicicleta al cabo de tres cuartos de hora, resultó que no tenía aerosoles de veneno para pulgas. Podía pedirlo y en menos de una hora estarían allí, y, además de los gastos extraordinarios por ser fin de semana, me añadió un segundo recargo, si bien relativamente pequeño, porque tenía que pedir el producto especialmente para mí y debería traerlo un mensajero, y porque existía el riesgo real de que al final me retirara de la transacción y ya no fuera capaz de volver a vender los aerosoles nunca.

Entonces me llamaste al móvil. Estabas muy agitada y sólo podías emitir palabra con lenguaje inteligible gracias a un elevado autocontrol. Como aparecía indicado en el prospecto, habías echado un aerosol, provisto de un accesorio extra que venía incluido, en medio del dormitorio de mis amigos. Era necesario porque solíamos dejarle a Ratoncito que se subiera a la cama no durante toda la noche, pero sí, por ejemplo, por la mañana, cuando yo bajaba a preparar el café y él se ponía a buscarte entre las sábanas. Este accesorio podía activarse como una cámara con disparador retardado y, tras activarlo, tenías cinco segundos para salir de la habitación. Como un aspersor para regar el césped, el aparato giraba entonces en círculos, y se ponía a rociar el insecticida con chorros uniformes. Esto era, según aseguraba el prospecto, suficiente para librar completamente de pulgas una habitación de tipo medio. Una vez fuera de la habitación, viste que tenías tres pulgas en la palma de la mano, semejantes a los puntos extremos de un triángulo del tamaño de una moneda..., un triángulo que volvió a desaparecer después, como si éstas fueran las pulgas más listas que se habían aferrado a ti como a un salvavidas para escapar al aire aniquilador del dormitorio. Amenazaste con prenderle fuego a toda tu ropa, al igual que a la silla, la cama y también a Ratoncito, así como a toda la casa de mis amigos, y también me amenazaste con prenderme fuego a mí tan pronto como regresara.

*

A partir de entonces, estaba claro que ya no íbamos a tocar a Ratoncito. De

un momento a otro, sin que él comprendiera nada de lo que estaba pasando, fue arrojado a un completo aislamiento. De pronto se había vuelto repugnante y había que evitarlo como la lepra. Nos miraba y salíamos huyendo enseguida lo más lejos posible de él. En vista de que probablemente no sabía de una manera consciente que estaba infestado de pulgas —y tampoco podíamos ponerlo nosotros al corriente del asunto—, no podía interpretar nuestro comportamiento nada más que como crueldad. Lejos estaban las cálidas caricias que le habías dedicado tan devotamente..., lejos la posición excepcional, envidiable y privilegiada que había ocupado en tu vida y también en la mía. Se había terminado. Apenas podíamos atender todavía a sus necesidades vitales mínimas y, para todo lo demás, no tenía a quien recurrir. Debido a las pulgas, ahora se había hecho literalmente inaguantable, su nueva posición era nada menos que insostenible, los parásitos lo habían convertido en un ser insufrible. Era abyecto y repulsivo, así era. «Me parte el corazón —fue lo que dijiste—, pero he de dejarlo solo, es mejor así, para todos, de lo contrario la situación ya nunca mejorará, no puede ser de otra forma, tal vez lo comprenda y tal vez más adelante, no tiene por qué durar tanto tiempo, pueda volver a ser como una vez fue. Hace un par de días estaba considerando seriamente la posibilidad de raptarlo de esta casa y llevármelo a mi apartamento. La ejecución de ese plan deberá esperar. Ahora debemos ser duros después de todo, más duros de lo que tus amigos hayan sido jamás, y probablemente más duros de lo que haya sido cualquiera que lo haya tratado antes; sin embargo, debemos seguir adelante, no hay marcha atrás, debemos marcharnos de aquí y Ratoncito tendrá que aprender a estar solo, quizá no para siempre, pero incluso así es mejor que esté preparado para vivir en el futuro con la soledad.»

Como Ratoncito no podía irse, tuvimos que ser nosotros quienes nos fuéramos. No quedaba otra que regresar a mi apartamento o a tu apartamento o cada uno a su apartamento particular y también interrumpir antes de tiempo esta estancia vacacional en casa de otras personas. Estuvimos de acuerdo en que esta travesía debía producirse con la mayor meticulosidad posible y en que no podíamos permitirnos ningún fallo.

Todo lo que pudimos tirar, sin tener la sensación de hacer cosas estúpidas, lo tiramos. Luego metimos en la lavadora lo que podía quedarse en el tambor

girante y rebosante sin arruinarse. Nada —tampoco nosotros mismos— salió de esa casa infestada de pulgas sin haber sido embadurnado con el «pesticida para el entorno del animal», primero poco antes de salir de la casa de mis amigos y luego otra vez antes de entrar en mi apartamento un par de calles más adelante. Después, volvió a meterse todo en la lavadora para eliminar los bichos muertos y el pesticida.

A continuación, me quedaba a mí una tarea más: yo era quien debía tratar a Ratoncito. Esta sucesión de trabajos —primero combatir a fondo el entorno y después al animal— te fue aconsejada por internet, que habías estado consultando sin cesar para adquirir el mayor conocimiento posible sobre la plaga. De ese modo nos pusimos al corriente no sólo de la existencia alarmante de las rayitas negras, sino también de la aparición más aciaga si cabe de los puntitos blancos. Ése es el aspecto que tienen los huevos que ponen las pulgas: como puntitos blancos. Estos huevos son los que aseguran la supervivencia de los bichos: mientras haya huevos en alguna parte, ya pueden estar muertas todas las pulgas que los huevos no lo estarán y los huevos tampoco se aniquilarán con el pesticida, eso fue lo que se te recomendó encarecidamente en internet y, mientras haya huevos, habrá esperanza para la plaga y desesperación para nosotros. Como la pulga tiene el aspecto de una rayita negra, es difícil no confundir su presencia con la de otras rayitas negras, como, por ejemplo, pelos de la barba, escamas y miles de otras partículas innumerables que se encuentran en una casa. Sin embargo, es mucho más difícil no confundir inocentes puntitos blancos con huevos peligrosos. Desde el momento en que entramos en mi apartamento, nos sentimos aliviados..., pero, al mismo tiempo, no podíamos hacer otra cosa que estar alerta ininterrumpidamente y de un modo exasperante.

Esta tensión psicológica se veía aumentada por la preocupación por Ratoncito y el sentimiento de culpa que despertaba. Nunca te he contado esto y, si todo va bien, lo haré por este medio...: esa preocupación por Ratoncito fue en secreto, para mí, muy grande durante un tiempo y, probablemente, mayor que para ti. De vuelta en casa de mis amigos, traté a Ratoncito con el insecticida para el animal, que se hallaba dentro de una ampolla que contenía apenas un par de gotas. Los extremos izquierdo y derecho terminados en punta de este recipiente de cristal deben romperse, para que por una parte

pueda entrar aire en la ampolla y por la otra pueda gotear el fluido aniquilador. El remedio ha de aplicarse entonces con cautela en un lugar especial, a saber, el lugar en el cuerpo del gato que le resulte imposible alcanzar. Es un lugar en la nuca, encima de la espina dorsal, entre las orejas, un poco más abajo. El líquido, además, según se aseguraba en el prospecto, debe echarse en la piel y no en el pelo, lo que parecía a primera vista imposible sin quitar el pelaje de ese lugar, porque, después de todo, en un gato es tan numeroso y se halla tan apelmazado que es imposible tener acceso directo a la piel sin afeitar el pelo, por ejemplo, con una maquinilla. Yo no me sentía capaz de infligirle esa mutilación, aunque sólo fuera temporal. Por desgracia, consecuentemente tampoco tuve la sensación de haberle dispensado el tratamiento como era debido. Al fin y al cabo, parecía como si las cinco gotas del líquido activo se hubieran perdido en el pelaje de Ratoncito y se hubieran evaporado antes de alcanzar la piel.

Tras este intento fallido a mi modo de ver, Ratoncito cayó, en cambio, presa de todos los efectos secundarios descritos en el prospecto y, además, se produjeron otros fenómenos que no se mencionaban en él. Para empezar, Ratoncito sufrió una profunda depresión, anegado por «oleadas de abatimiento», como se decía en el prospecto, semejante a un playa en el ocaso. Completamente apático, con los hombros caídos, los ojos apagados y los bigotes debilitados, se quedó inmóvil en el sitio del suelo de la cocina, con la mirada perdida a lo lejos, como si no se percatara de nada y como si sólo tuviera ojos para los oscuros procesos mentales que iban desarrollándose en su interior. Intentó desplazarse por un instante y se fue tambaleando muy despacio por la cocina en dirección a su cuenco de agua, pero tras algunos pasos se dio la vuelta para volver a quedarse sentado, desanimado y con la mirada perdida.

Como ya dije, no todo quedó en eso. Tras este malestar psíquico, empezó a aparecerle espuma en los labios, primero un poco y, a continuación, un enorme flujo que fue vertiendo en fases por el suelo de la cocina. Le daban arcadas y hacía movimientos convulsos que, si amainaban por un par de segundos, parecían entristecerlo aún más. Después se puso a chillar, produciendo un sonido que parecía imposible que fuera ni de un gato ni de una persona, y que yo sólo podría comparar —y eso todavía muy de lejos—

con el parloteo aterrador que emiten en las películas de miedo las personas poseídas por el diablo, casi siempre en el momento en que alguien intenta exorcizarlo con las mejores intenciones del mundo. Fueron importunándole una decena de diversas anomalías menores: estuvo estornudando quince veces seguidas; le recorrió un escalofrío por la piel desde el entrecejo hasta la punta de la cola, como en algunas competiciones deportivas puede ir desplazándose un arrebató de entusiasmo, de manera lenta pero armónica, semejante a una ola, entre el público; naturalmente, estuvo resoplando también, lo que nunca le había visto ni oído hacer antes y lo que desde entonces, hasta lo que yo tengo entendido, nunca más ha hecho; le lloraban los ojos; intentó llegar hasta el jardín —en vano o, en cualquier caso, demasiado tarde—, donde habitualmente hacía sus necesidades; y, además, me puso una sola vez la zarpa de su pata derecha en la pantorrilla, en mi opinión no con mala voluntad o como el inicio de un ataque, sino más bien por pura impotencia (un poco como cuando saca ahora las uñas si ve que corre el peligro de caerse de mi regazo)... Todas esas cosas, por terribles que parezcan, me convencieron de que el tratamiento había tenido éxito o, al menos, había penetrado en su organismo. Los efectos secundarios bien podían ser peores que el mal, pero no se habían manifestado, como si el producto farmacéutico se hubiera volatilizado en el aire. Había esperanza de curación. Ratoncito no tendría que pasarse toda la vida en cuarentena.

*

Cuando, a continuación, me estaba preparando para regresar contigo sin llevar encima una sola pulga o un solo huevo de pulga, me llamó la atención una serie de papelitos y pequeñas cajas de cartón que estaban en el alféizar de la ventana, todas en fila muy bien colocadas junto a la radio, sobre la encimera de la cocina en la que había dejado el manójo de llaves. Entonces vi, con un desesperado terror, una cajita del remedio con que acababa de tratar a Ratoncito. De las tres dosis que se encontraban en uno de esos envases, ya se habían gastado dos. No sólo podría haberme ahorrado los casi cien euros..., también me di cuenta de que esto significaba que Ratoncito ya había sido tratado contra las pulgas, y ni siquiera hacía tanto tiempo.

Esto tenía una serie de consecuencias cuyo carácter variaba desde la

conjetura al hecho. En primer lugar, significaba que Ratoncito ya había estado luchando antes contra las pulgas y que mis amigos se habían ido sin ponerme al corriente..., quizá se habían ido de viaje confiando en que yo, con menos vinculación emocional con Ratoncito, sería más drástico poniéndole fin a la plaga. En segundo lugar, significaba que el fármaco no era efectivo, suponiendo que mis amigos lo hubieran aplicado como se debía, naturalmente. En tercer lugar, Ratoncito corría un peligro mortal. En el prospecto se advertía en mayúsculas de que el tratamiento podía repetirse, pero que debería transcurrir al menos un período de seis semanas entre dos tratamientos porque, de lo contrario, la repetición podía tener como consecuencia la muerte, sobre todo en animales jóvenes, y Ratoncito contaba a lo sumo con medio año de edad.

No sabía cuándo habían tratado a Ratoncito por última vez. En la caja de cartón se había dejado un sitio específico para anotar las fechas del procedimiento, aunque mis amigos no lo habían apuntado. Podría haberles preguntado cuándo habían tratado a Ratoncito. Sin embargo, nos habíamos propuesto no informarles de los acontecimientos ni de la profusa presencia de parásitos en la casa y en el pelaje de Ratoncito, ni tampoco de nuestra obligada marcha precipitada. Por tanto, no tenía ningún sentido hacer averiguaciones sobre las operaciones médicas del pasado reciente. No nos habría servido ni a nosotros ni a Ratoncito de ninguna ayuda y les habría fastidiado bastante las vacaciones. Tú dijiste que era innecesario cargarlos con ese peso, ésas fueron tus palabras exactas: «No podemos cargarlos con ese peso», y tenías razón. Si hubiéramos puesto al corriente de la enfermedad de Ratoncito a mis amigos, si les hubiera preguntado sólo por los tratamientos que había recibido Ratoncito recientemente, con toda la inocencia fingida pero, desde luego, ridícula y enseguida desenmascarada, habríamos convertido sus vacaciones en un infierno. Era grande la probabilidad de que las interrumpieran y de que volvieran a casa... No estaban tan lejos, sólo en una isla del mar Mediterráneo donde sus días transcurrirían agobiados e incluso atormentados pensando continuamente en Ratoncito. Así pues, no podía ponerme a mí mismo al corriente del historial médico de Ratoncito sin ponerlos a ellos al corriente de los recientes acontecimientos, y eso estaba descartado, por lo que también estaba

descartado saber lo elevada que era la posibilidad de que Ratoncito falleciera dentro de poco. Tampoco podía quedarme por más tiempo en la casa aguardando su posible muerte o su lento deterioro sin que mi ausencia te alarmara. Con cada segundo que pasaba allí, aumentaba la posibilidad de que saltaran sobre mí las pulgas y de que me las llevara a casa.

Debía despedirme de este animal, que quizá se hallaba en tremendos aprietos. Más tarde, a lo largo del día, te diste cuenta de que algo pasaba: se me veía compungido, me desviaba de mi comportamiento habitual y tenía una actitud timorata. Llegaste hasta tal punto que afirmaste que mi proceder era semejante al que adoptaba cuando nos encontrábamos en tu apartamento y no en el mío, porque allí también me asaltaban a veces la inquietud y el descontento. Por fin te conté lo del tratamiento de Ratoncito y lo de su reacción al mismo, pero entonces callé lo de la posibilidad de que éste fuera el segundo tratamiento en muy breve espacio de tiempo. Luego me pediste que regresara enseguida a la casa y allí comprobé que Ratoncito estaba de maravilla.

Ya por la noche, después de que hubiéramos compartido el alivio por la buena salud de Ratoncito, nos tumbamos a dormir en mi cama —no en nuestra cama, porque nunca compartimos la propiedad de una cama—; nos echamos en mi cama sobre el colchón de una sola pieza, mi cama grande que me habían llevado a casa tan sólo un par de semanas antes. Por primera vez en una semana, probablemente no estuviéramos en una cama llena de pulgas. Puse las sábanas limpias, de las que antes había eliminado con la plancha todas las arrugas, de manera que no hubiera nada tras lo cual o debajo de lo cual pudieran ocultarse los bichos. De rodillas, apoyada en los codos, con la nariz pegada a la ropa de cama, examinaste cada centímetro de la misma. Nunca habría sospechado que una cama pudiera llegar a ser tan grande ni que pudiera llegar a estudiarse tan a fondo. Tratabas cada impureza como si pudiera ser un elemento de un mundo diminuto y como si tú fueras un gigante o una diosa que miraba el submundo de mi cama en busca de una criatura elegida. Cuando por fin te tranquilizaste, te tumbaste a todo lo largo. Ese verano hizo mucho calor, y sólo estabas cubierta por una fina sábana blanca, casi transparente.

Me encomendaste que te leyera algo en voz alta, lo solías hacer con

regularidad, y cuando terminaba siempre me decías, lánguida y agradecida, que nunca nadie había leído para ti en voz alta de una manera tan bonita. Esa tarde te leí un par de páginas de *La copa dorada*, de Henry James. «Qué libro más tedioso —me dijiste para interrumpirme y para anunciar el comienzo de la noche después de que ya te hubieras quedado dormida, según sospecho, pero, tras despertarte otra vez con una sacudida—, qué libro más tedioso, aunque también puedes considerar el tedio como algo funcional, porque el libro trata del tedio de la vida marital. Es inimaginable lo tediosa que puede llegar a ser la vida marital y qué desesperados son los intentos de mantener a flote un matrimonio imposible. Planteado de una manera más general, es inimaginable lo patéticamente que se comportan las personas cuando se trata de amor, cómo no cesan de lamentarse y siguen dando largas a hechos consumados, cómo se niegan a seguir adelante con sus vidas y sólo se concentran en el pasado y en su mundo emocional, cargados de autocompasión».

Te estiraste otra vez, alargándose más tu cuerpo, y me volviste la espalda... El paisaje que se vislumbraba debajo de la sábana arrojó de pronto sombras prolongadas sobre la cama. Mi ejemplar bellamente encuadernado de *La copa dorada* se había caído abriéndose por el frontispicio. Entonces vi debajo del título, como una salpicadura de tinta, una pequeña rayita negra que enseguida desapareció en el aire de mi dormitorio. Esto tampoco te lo había contado nunca hasta este momento.

*

Llueve, como ha llovido cada día de este verano una vez por lo menos. Hace media hora he ido a la panadería, aquí en esta calle, y parece ser que va a ser allí donde voy a hablar por primera y última vez en el día de hoy. He comido y después he tomado con dificultad la escalera hacia arriba...; en cada peldaño se anunciaba una punzada nueva y la rodilla volvía a doblármese un poco más hacia dentro y, entre tanto, debía estar atento, cauteloso, para no tropezarme con Ratoncito, que igualmente, aunque mucho más deprisa, se encaminaba también hacia arriba, deslizándose hacia las alturas entre mis pies como un rápido pez escurridizo y amorfo. Cuando hace un momento miré por la ventana, me di cuenta de que la mañana había pasado también

deslizándose como nubes frías, grises y oscuras, de las que el sol en ningún momento ha podido llegar a formar parte, y dudé de lo que había conseguido exactamente con todas las palabras anteriores y de lo que esperaba llegar a conseguir en realidad con ellas.

Durante el verano que pasamos aquí el año anterior, el tiempo fue distinto, no había nada más ni nada menos que una ola de calor y las noches eran insoportablemente bochornosas, porque esta casa no tiene desván, sólo un tejado plano y, debajo, el dormitorio. Por eso hace ahora frío por la noche, lo que me obliga a recurrir a unas cuantas mantas de más y cerrar las ventanas mucho antes de que caiga la noche para que el frío se quede fuera. También estoy seguro de que no regresará la plaga gracias a este verano invernal. El año pasado, después de todo, internet te contó con pelos y señales que las altas temperaturas desempeñan un papel importante en el repentino aumento de la población de pulgas. Con un tiempo húmedo y cálido, un puñado de pulgas puede propagarse en un par de horas hasta convertirse en una masa confusa. Todo lo que se necesita, según puede leerse en internet, son temperaturas excepcionalmente altas y quietud, extrema inmovilidad y abandono. En efecto, el año pasado no entramos en esta casa hasta un par de días después de que se hubieran ido mis amigos, creo recordar que fue porque a ti te resultó imposible liberarte antes. A Ratoncito entonces, durante ese par de días en que la casa se encontraba vacía, lo estuvo abasteciendo de agua y alimentos una vecina que, sin embargo, contando todas las visitas, apenas estuvo más de una hora en la casa. Esa quietud, combinada con el calor, procuró, por tanto, que las pulgas pudieran poner huevos libremente y propagarse por todos los rincones y resquicios de la vivienda.

La razón primordial para que éste sea un verano sin pulgas y sin ningún sobresalto es que mis amigos han invocado la ayuda de un veterinario, cuyas indicaciones han seguido de manera muy escrupulosa. En cualquier caso, para ellos fue embarazoso y vergonzante, algo que seguro no quieren volver a experimentar nunca más y que recuerdan con un rechinar de dientes: ¿cómo pudo llegar hasta tal punto, qué desagradable casualidad hizo que la plaga se manifestara durante su ausencia y por qué no pudieron ellos evitarla? El día de su regreso, el año pasado, volvíamos los dos juntos para la ocasión, a pie, una vez más a la casa y al encuentro de Ratoncito.

Yo tenía un miedo terrible a la confrontación e intenté convencerte para que no dijeras nada y no los pusieras al corriente de lo que había pasado. ¿Por qué era necesario, después de todo, informarlos de la incomodidad o incluso del padecimiento que habíamos sufrido? Se sentirían culpables y no favorecería a la pureza de nuestra relación de amistad. Tampoco para el bienestar de Ratoncito era necesario que supieran lo que había pasado. En el mejor de los casos, Ratoncito se habría librado ya de las pulgas. En el peor, no se habría exterminado todavía a los bichos y mis amigos habrían confirmado al cabo de un par de días la presencia de los parásitos y se habrían sentido aliviados de que la plaga no se hubiera desatado hasta después de su regreso. ¿Qué vergonzoso habría sido, después de todo, si hubieran dejado su casa y a Ratoncito en las manos de amigos, en las tuyas y en las mías, con el extra de una plaga de pulgas a punto de germinar?

No pude convencerte de que no dijéramos nada. Te parecía de justicia ponerlos al corriente, es lo que me aclaraste mientras íbamos desde mi apartamento en dirección a su casa, yo arrastrando los pies y tú con paso firme. «¡Nos han dejado con un gato sin tratar!», exclamaste mientras blandías el dedo índice de tu mano derecha y tenías que mirar un poco hacia atrás porque ya empezabas a caminar en la vía peatonal por delante de mí. «Todo el mundo sabe que un gato joven que no recibe un tratamiento contra las pulgas se llenará de pulgas..., *eso es una ley natural*. Quizá supieran ya que Ratoncito tenía pulgas y se fueron sin decir nada. Quizá hayan confiado taimadamente en que tú les resolverías la papeleta y que regresarían a una casa limpia y al encuentro de un gato sano. No podemos por menos que ponerlos al corriente. Tienen que saber lo que ha pasado, deben saber lo que ha pasado, porque lo que ha pasado ha pasado, en primer lugar, por su propia negligencia. La verdad sea dicha, no me sorprende que no se hayan atrevido a encarar este asunto drásticamente. Ya te he comentado bastantes veces que llevan una vida burguesa, con anhelos burgueses, costumbres burguesas, neurosis burguesas y silencios burgueses. Han partido tácitamente de la idea de que todo se arreglaría y por miedo han dejado de encarar los peligros y los problemas. Quien acoge un gato en casa debe hacerse responsable con todas las consecuencias. Me parece que haremos bien dejándoselo claro, me parece incluso que es nuestra obligación. Por lo demás, nos dará algo de lo que

hablar y nunca vienen mal los temas de conversación, porque de lo contrario tendríamos que escuchar resignados la aburrida crónica del viaje, que versará en su mayor parte sobre actividades deportivas y desenfrenos culinarios..., sobre todo, esto último: *¡desenfrenos culinarios!* Donde quiera que hayan estado, sólo han ido allí para comer y visitar lo que ya les tenía bien engatusados a través de los periódicos y revistas que habían leído. Ése es su problema, pero no quita que nos veamos obligados a hablar de él. Ahora que lo pienso bien, sólo son majos e interesantes para hablar cuando están borrachos, especialmente, porque ella empieza a hablar de sexo sin cesar y así expresa el descontento con su vida conyugal monógama y muerta, que ya va para siete años, y hasta sugiere sin rodeos romper por un instante la monogamia, incluso conmigo si es necesario. Ahora no estarán borrachos, por desgracia, así que debemos encajarles el asunto de Ratoncito para impedirles que den comienzo a semejante crónica de viaje y tengamos que estar mirando indefensos cómo ella nos habla de sus aventuras intrascendentes y de los adorables pequeños indígenas a los que les ha acariciado la cabeza, o cómo él nos habla de los peces grandes que ha pescado y que, a continuación, se preparaba él mismo a la parrilla, mientras se pasa el tiempo repasándose el cuerpo de arriba abajo a hurtadillas.»

Cuando sonó el timbre de la puerta, nosotros estábamos en la cocina intentando tocar lo menos posible, todavía con miedo a contaminarnos. Ratoncito intentaba de todas las maneras entablar contacto y llamar la atención, aunque en ese terreno todavía seguíamos sin poder consentir un ápice. Cuando abrí para mis amigos la puerta de la calle de su casa, no aparecieron ante mí dos rostros sonrientes, como esperaba, sino un gigantesco ramillete de flores, de una composición bastante caótica con todos los colores del arcoíris, pero precioso y abrumador de todas formas. Resultó que este ramillete estaba destinado para ti y a mí me habían traído una caja con bombones de chocolate.

Ya bastante pronto, cuando estábamos los cuatro en la cocina, se produjo un silencio al comprobar que nuestras reacciones eran mínimas a las preguntas que buscaban información acerca de nuestra estancia o acerca del comportamiento de Ratoncito. Entonces tú rompiste ese silencio con una fuerza admirable, algo por lo que todavía te estoy agradecido y que, por este

medio, quisiera agradecerte todavía una vez más. Tu intervención, después de todo, puso fin a lo que amenazaba con convertirse en una situación sin perspectivas.

«Hay algo que debéis saber —dijiste adusta—. Ratoncito tiene pulgas, y no sólo Ratoncito, todo tiene pulgas, las pulgas están por todas partes. Habrá que hacer algo al respecto, esto no puede seguir así por mucho más tiempo, esto requiere medidas radicales con respecto a la casa, a los objetos de la casa y al animal. Nosotros hemos hecho lo que hemos podido, si bien nos ha sido imposible encargarnos de todo.»

Estuve considerando la posibilidad de añadir algo al respecto, por ejemplo, contando cómo había empezado, cómo una mañana me vi seis picaduras alrededor del tobillo derecho que no tenían por qué ser necesariamente todas picaduras de pulgas, quizá podría haber alguna picadura de mosquito entre ellas..., pero fui incapaz de hacer otra cosa más que guardar silencio.

La sonrisa distendida desapareció del rostro de mis amigos. Parecía como si toda la calma que habían estado atesorando con altos intereses durante las vacaciones hubiera desaparecido por una crisis igual de repentina que radical, adquiriendo así sus rostros ahora un color rojo bermellón. También la tez morena que el sol meridional les había proporcionado dejó lugar, al cabo de un par de instantes, a un color mucho más impreciso que parecía querer negar la existencia de sus vacaciones. Tras un par de preguntas que expresaban sobre todo incredulidad, les convencimos de la gravedad de la situación y esto dio paso a un exceso de excusas y disculpas por su parte, lo que volvió a darme pie para minimizar las molestias y la cantidad de pulgas. Por un instante temí que fuera a descubrirse mi fraude y que dijeran que a Ratoncito ya le habían tratado ellos, averiguándolo así entonces tú todo, algo que naturalmente no quería decir que tú supieras que yo lo sabía..., pero no dijeron nada de un posible tratamiento, aunque tú les mostraste los paquetes vacíos con todos los remedios que habíamos utilizado.

Con los cuatro todavía muy impresionados por una tímida incomodidad, nos despedimos no mucho más tarde. Una hora después de que hubiéramos llegado a mi apartamento, recibí un mensaje de texto de mis amigos en el que me comunicaban que tenían las pantorrillas llenas de bultos rosas, que de

inmediato iban a ponerse manos a la obra con una campaña de exterminio a gran escala y que deseaban presentarnos de nuevo sus más sinceras disculpas y, al mismo tiempo, querían agradecérselo todo una vez más de corazón.

*

En el período en que nuestra historia acababa de comenzar, ahora ya hace algunos años, vivimos también en el apartamento de Bruselas de unos amigos míos cuando ellos no estaban. Tú has visto a mis amigos sobre todo en momentos en que recibíamos su juego de llaves o les devolvíamos ese juego de llaves; por lo demás, parecía lo mejor limitar lo máximo posible los encuentros con ellos y, si a pesar de todo se producían los contactos, te resultaban aburridos y carentes de inspiración, o te parecían desagradables porque esos contactos ocurrían exclusivamente entre mis amigos y yo sin que tú te vieras involucrada lo suficiente.

Cada año pasábamos al menos un mes en casa de otra persona, convivimos durante semanas como si nos refugiáramos bajo la marquesina del proyecto doméstico de otra pareja, como si sólo pudiéramos estar realmente juntos en un entorno que hubiera sido organizado para la convivencia de otros. A la larga, se convirtió en una obsesión y la angustia nos encogía el corazón cuando llegaba un año en el que de momento no podíamos ir a vivir juntos a la casa de una pareja amiga, si bien siempre logramos conjurar esa pesadilla con mucha ciencia, aunque también con mucho esfuerzo y perseverancia.

Así pues, empezó en el primer año de nuestro amor cuando nos instalamos en un apartamento de Bruselas, cerca de la Dansaertstraat, un típico piso de «flamencos de Dansaert —como lo llamabas—, porque eso es lo que son tus amigos, ¿no?: flamencos de Dansaert, se creen que viven en una metrópoli, pero en realidad han reducido esa metrópoli a un pueblo, a un puñado de calles en las que sólo pueden andar con sus iguales y sin ningún elemento extraño o amenazador, en donde todo va encaminado a su comodidad y su lujo, y de donde se destierra todo lo que se desvíe o sea distinto. Tienen también un aspecto muy *saciado*, esos amigos de Bruselas tuyos —decías cuando acabábamos de instalarnos en su apartamento y nos habíamos despedido de ellos—, parece como si pudieran plantarse en todas partes como

una mamá gallina, como si se dejaran caer con mucha satisfacción y desprecio y se anexionaran cualquier lugar como si hubieran sido ellos mismos quienes lo han decorado, y como si envolvieran con su visión del mundo e idea del hombre, como con celofán, cualquier entorno en el que entran».

Desde el apartamento en la novena planta gozábamos de unas preciosas vistas sobre Bruselas y podíamos ver incluso el Palacio Real, aunque el panorama se veía afectado parcialmente por una noria gigante que formaba parte de la verbena que habían instalado en la placita, delante del edificio de apartamentos, y desde la que de vez en cuando los turistas y los niños, colgados en una barquita tambaleante, miraban al interior del apartamento llenos de tensión y excitación. Tampoco la estancia en Bruselas transcurrió sin problemas: en Gante enfermó un animal, en La Haya perdimos algo, en otros lugares enfermamos nosotros mismos o nos deprimimos y en Bruselas se rompió algo cuya reparación era imposible y que, por tanto, tuvimos que sustituir.

Empezó con algo de lo que no puedo ni tampoco quiero hablar. Ya ha salido a relucir como de pasada y de manera implícita, entre las líneas de esta historia. El inconveniente de la forma con la que he pensado dirigirme a ti, mantenerte al corriente y, en cierto sentido, entrar en contacto contigo es que otras personas puedan leerlo o que yo, sea como fuere, debo partir de la base de que otros pueden llegar a ser testigos de lo que ocurre en estas páginas. Eso no es seguro, al igual que no es seguro que tú estés presente. Pero no lo escribiría si esos otros no pudieran estar allí, al igual que no lo escribiría si no existiera ninguna posibilidad de que iba a llegarte a ti, y por eso tampoco puedo hacer como si esos otros no estuvieran ni tratar sin recato cosas que deben tratarse de una vez por todas con mucha prudencia, quizá porque hayan constituido el núcleo de nuestro amor y nos hayan aportado sea como fuere lo más fuerte, lo más literal y lo más íntimo. No puedes negarlo y confío en que tampoco lo harás nunca. Sea lo que sea que pueda hacer extinguirse este apelativo como un eco, estas frases no procuran que podamos hablar de nuevo abierta y apasionadamente de sexo, como solíamos hacerlo antes con tanta frecuencia, no digamos ya poder dejarnos de chácharas y pasar de las palabras a los hechos. Quizá sea ése el mayor inconveniente de este texto: lo

que ha surgido entre nosotros sin problemas y deliciosamente —la actividad más fuerte, más valiosa y quizá incluso la única afortunada que hemos realizado juntos— es precisamente lo que no puede ofrecerse aquí.

Así pues, no diré una palabra sobre las actividades que fueron la causa de que se rompiera en dos pedazos casi igual de grandes una mesa de salón en el apartamento de mis amigos en Bruselas. Es difícil imaginarse con verosimilitud el asunto sin entrar en detalles, pero es necesario: de repente, estábamos los dos en el suelo con una mesa de salón de cristal rota en dos pedazos iguales. Fue un milagro que no hubiéramos salido heridos entonces, que no se hubiera desmenuzado en más fragmentos o que no se hubieran roto más cosas, ya fueran o no partes de nosotros mismos.

Riéndonos de espanto, estuvimos examinando la que habíamos montado y primero fuimos a terminar en otra parte del apartamento lo que ya habíamos empezado, pues no había ninguna razón para no hacerlo y las razones para hacerlo nunca desaparecerán por sí solas. No mucho después, tuvimos que hacer frente al hecho de que habíamos roto algo. La mesa no era nuestra y, aunque el mueble se había roto de una manera que nos disculparía en gran parte, no podíamos revelar los acontecimientos, ni siquiera comunicárselo a mis amigos de Bruselas.

No nos quedaba otra que reemplazar la mesa de salón. Resultó una gran suerte que no fuera tan difícil: el mueble, después de todo, llevaba una clarísima firma de IKEA, como casi el único objeto en el apartamento. El resto era de una fabricación mucho más exclusiva y costosa, y nunca habríamos podido sustituirlo en breve espacio de tiempo y con una inversión financiera relativamente modesta. Al día siguiente, fuimos con el tranvía y el autobús al establecimiento de IKEA más cercano, después de que nos hubiéramos cerciorado por internet de que el modelo en cuestión se encontraba disponible.

El fin de semana pasado, un día antes de mi llegada a esta casa, fui por casualidad otra vez a IKEA, aquí en Gante, solo. Creo que esta vez fue la primera vez que había vuelto a ir a IKEA desde aquella vez que había ido contigo en la Conurbación de Bruselas. Recuerdo esa visita, entonces, como algo bastante agradable. A pesar de las incomodidades y las molestias que siempre conlleva ir a IKEA, esa vez me lo pasé muy bien contigo. Tú me

habías consentido la visita más bien compasiva, como me has permitido muchas otras actividades, supongo, que habrías preferido no realizar, pero tú sabías por entonces mejor que yo que en una relación no siempre puedes hacer lo que te apetece y, probablemente, te habías resignado, al menos para la ocasión.

El mundo occidental ha evolucionado de tal manera que nadie puede evitar una visita a IKEA por lo menos una vez en su vida, por mucho que se intente, por grande que sea la repugnancia y por mucho que hagan suponer lo contrario las circunstancias (tales como procedencia, riqueza, gusto o casualidad). Es algo que nos aguarda a todos en el futuro, al menos una vez, y así también fuimos nosotros, juntos, una sola vez a IKEA, porque no podía ser de otra forma. También en otras circunstancias ya ha dejado de ser posible por más tiempo no decorar y organizar tu casa, y en general tu vida, aunque sólo sea en parte, como la decora y organiza todo el mundo, hasta la saciedad, de la manera más superficial y con menos calidad. Por todas partes del mundo contribuimos cada uno por separado a esa unificación, a la pérdida de calidad y a la desaparición de los atributos personales que nos diferencian de los demás. Recuerdo que estuviste de acuerdo conmigo cuando te conté esto, pero lo que también recuerdo es que no comprendías que fuera capaz de realizar ese análisis y, sin embargo, seguir yendo encantado a IKEA; era inconcebible y a la vez era realmente farisaico, así lo calificaste, *farisaico*, rechazar algo con las palabras y abrazarlo con los hechos.

Sin embargo, yo sigo pensando que aquella vez contigo en IKEA fue agradable. La visita del fin de semana pasado fue horrible y me obligará en el futuro a llevar a la práctica mi teoría sobre el gigante del mobiliario, de manera que así sólo habré llegado a abandonar mi fariseísmo en tu ausencia. Hasta cuatro veces —sobre todo en el recorrido con los muebles expuestos y las estanterías llenas exclusivamente de libros suecos, por entre las que los visitantes van pasando apresurados, como si fueran las bolas de un *pinball*, antes de poder entrar al almacén de la tienda en cuestión—, hasta cuatro veces supuse que no lo podría soportar y que tendría que darme a la fuga porque, de lo contrario, me estamparía contra el cristal de la máquina de *pinball* y terminaría por romperlo. La mayoría de los visitantes eran padres que habían salido con sus hijos pequeños, que o bien se pasaban todo el

tiempo llorando porque no les compraban las cosas que ellos querían, o bien se repartían los unos a los otros certeras bofetadas por turno, con frecuencia debido a los celos, ya que a su hermano o hermana les daban algo que no les daban a ellos, y se golpeaban mutuamente con una efectividad sorprendente e imposible de caracterizar con otro adjetivo que no fuera el de adulta. El comportamiento de sus hijos llevaba a los padres a la desesperación, a la ira o a la vergüenza, y casi siempre a una tóxica combinación de esos tres estados.

De la amplia oferta de artículos me resultó del todo imposible elegir algo. Había ido a IKEA porque suponía que allí podría adquirir del modo más sencillo y también más barato dos cosas para mi casa que durante los últimos meses o bien estaban defectuosas, o bien se habían contaminado. El primer artículo era un encendedor para la cocina de gas. No sé si existe un término adecuado para un chisme así (tampoco puedo recordar si en el apartamento donde vives ahora hay una cocina de gas o una cocina eléctrica), pero seguro que sabes a lo que me refiero: un encendedor alargado para transformar el suministro del gas en un bello círculo homogéneo de llamitas azules. El año pasado heredé un aparato de esos de mis abuelos, que no se han muerto todavía, aunque, como sabes, se han trasladado a una casa de reposo, dejando atrás su hogar y sus enseres para las generaciones más jóvenes. Sin embargo, un par de semanas atrás resultó que ese aparato estaba defectuoso o que se había acabado el combustible y yo no sabía rellenarlo. Además, quería comprar un pelador de patatas nuevo: para esto sí que existe un término unívoco, aunque se trate de pequeñas cuchillas afiladas con las que puedes pelar y cortar finas láminas de lo que sea y, por tanto, no sólo patatas. Ese tipo de peladores supongo que los sigues utilizando todavía todos los días si tenemos en cuenta que comes tantas frutas y verduras.

No encontré ninguno de los dos artículos en el gran edificio de IKEA. Probablemente, el público al que apunta IKEA, como a un batallón del tamaño de un continente, ya no cocina con gas y la persona IKEA ya no pela ni patatas ni fruta ni ninguna otra verdura. Un dependiente de la tienda al que pedí ayuda me lo dio a entender enseguida: los productos por los que me informaba ya no son de este tiempo y habían desaparecido del catálogo en la década de los años noventa.

De camino a la salida, todavía con las manos vacías, pasé por el rincón de

las gangas, donde me topé con una gigantesca palmera por la mitad del precio habitual. La palmera tenía un par de hojas un poco dañadas. Parecía como si hubieran estado brevemente atrapadas entre las dos mitades de una plancha caliente para hacer gofres, perdiendo así su color verde y su frescura. Me pregunté si éste sería uno de los productos que se habían dañado cuando un mes atrás alguien, basándose en un análisis bien ponderado y, probablemente, tras haber estado reflexionando durante mucho tiempo sobre un método adecuado, había hecho explotar una bomba en la sala de exposiciones de tres tiendas de IKEA al mismo tiempo..., también en la de Gante. En cualquier caso, algo me decía en mi interior que no podía dejarla allí. Era una planta alta y pesada que debería apoyar en el suelo con regularidad, que además casi me llegaba hasta la nariz y que me hacía pensar sin cesar en una planta tuya con la que fui caminando una vez, una noche de invierno, por las calles nevadas de Amberes. Pagué y me dirigí a la parada del tranvía, deteniéndome de vez en cuando para posar la planta en el suelo y así poder relajar un poco los músculos de los brazos.

Cuando me acercaba a la parada del tranvía, me di cuenta de que había cometido una equivocación. Llegaba gente de todas partes a esa parada y acababa de salir un tranvía repleto en dirección al centro de la ciudad. Precisamente para descongestionar ese centro de la ciudad del tráfico automovilístico, habían recomendado a las personas que iban a asistir a las Fiestas de Gante que aparcaran en el aparcamiento grande que rodeaba la tienda de IKEA para luego seguir desde allí con el tranvía penetrando hacia los lugares donde se celebraba la fiesta popular. De manera especial para la comodidad de estas personas, se había reforzado el servicio con tranvías nocturnos que funcionaban las veinticuatro horas. De pie entre cientos de paletos apretujados que llegaban a una ciudad por primera vez después de mucho tiempo, volví en tranvía a casa, convirtiéndome en el blanco de la extrañeza, la diversión e incluso la burla y la repulsión. Muchos de ellos se habrán preguntado al verme si la organización había sido tan amable de incluir también en el tranvía una atracción festiva.

Así transcurrió mi reciente visita a IKEA... Recuerdo que también, tras haberme bajado aliviado del tranvía, pensé en llamarte por teléfono para contártelo todo. Hasta que no pasaron un par de segundos no volví a percatarme de que no era posible, aunque esta idea desde hace más de medio año debería ser uno de los instrumentos ya invisibles con los que manipulo mis días. La repentina experiencia intensa de esa imposibilidad, justo en ese momento y justo con esa palmera ligeramente rizada y que cada vez se hacía más pesada en los brazos, fue, sin duda, uno de los muchos motivos por los que estoy haciendo esto ahora, en este momento, aquí.

*

Aquella vez, años atrás, en la sucursal de IKEA en la Conurbación de Bruselas, estuvimos a punto de echarnos atrás con todo el plan cuando resultó que la mesa de salón era uno de los productos más caros de toda la gama: el precio que se indicaba en internet había sido aumentado, entre tanto, por razones nada claras. Tú te preguntaste en alto si no sería mejor ser sinceros con mis amigos, ponerlos al corriente del percance diciendo, por ejemplo, que yo había llegado como siempre muy cansado al final de un día cualquiera, me había dejado caer en el sofá con exagerado entusiasmo y, con una energía aún mayor, había puesto los pies envueltos en pesados zapatones sobre el tablero de la mesa, lo que había tenido como consecuencia la rotura del cristal. Con mucha suerte, sugeriste, puede que mis amigos se alegraran de haberse liberado del mueble, que podían sustituir ahora por fin sin remordimientos por una mesa de auténtico diseño, sobre todo cuando les propusiéramos una modesta contribución financiera para esa compra. Con el pensamiento, pero no recuerdo haber articulado este pensamiento, volví a evocar nuestra caída y creí recordar casi con toda seguridad que no fui yo, sino tú, quien había tomado la iniciativa previa a la rotura para utilizar la mesa como apoyo en nuestras actividades.

En cualquier caso, seguimos con la compra y yo propuse hacerme cargo de todo el montante argumentando que no quería mentir a mis amigos y que la única manera de no contarles ninguna falsedad consistía en sustituir la mesa rota. Un taxi especial de IKEA nos llevó al apartamento y así nos encontramos con el paquete de construcción de una mesa de salón a los pies

del edificio de apartamentos con doce plantas de altura, en cuya novena planta nos alojaríamos durante las vacaciones.

Entonces resultó —y fue uno de los momentos más terribles, si no (en ese momento, al menos) el momento más terrible que habíamos vivido juntos; fue seguro la primera vez en que temí, profundamente y con un desaliento rayano en la desesperación, que nuestro amor, del todo muy a nuestro pesar y debido sólo al terrible transcurso de las cosas, se haría añicos en unos pocos segundos de tiempo por este acontecimiento, como una ola que estalla al chocar contra el malecón— que el ascensor se había estropeado. Fue cuando por primera vez aparecieron los reproches entre nosotros; sobre todo, de modo comprensible, por tu parte, al haber sido yo quien quiso seguir adelante con la compra de la mesa. Es extraño que estuviéramos convencidos durante media hora de que en el mundo no había nada más importante que llevar hasta arriba por la escalera esa mesa de salón o, en todo caso, sus elementos empaquetados en una caja de cartón; es aún más extraño que tú, cuando llegamos a la segunda planta, empezaras a reírte a carcajadas y que señalaras lógicamente que no teníamos por qué subir ahora este paquete de construcciones, sino que podríamos dejarlo sin problemas en el vestíbulo hasta que arreglaran el ascensor..., a condición, como es natural, de que la reparación no se hiciera esperar tanto como para que, en el ínterin, regresaran mis amigos de vacaciones. Al principio, esa genial aportación me pareció decepcionante, porque yo ya me había hecho una composición viva de lugar imaginándome cómo iría montando todas las piezas de la mesa y restablecería el interior a su estado original. Por eso repuse que ya habíamos subido dos pisos y sugerí que quizá, posiblemente, por qué no, después de todo el esfuerzo que habíamos hecho..., pero tú no quisiste —una vez más del todo comprensible— dar tu brazo a torcer de ninguna de las maneras y, por tanto, volvimos a llevar la caja de cartón a la planta baja, donde sólo se quedó hasta el día siguiente, porque ya para entonces habían arreglado el ascensor.

Mis amigos nunca han llegado a saber que su mesa de salón es mucho más nueva de lo que ellos suponen, al menos hasta este momento, porque existen muchas posibilidades de que vayan a leer este texto —¿no crees? A la postre, son flamencos de Dansaert que entran de vez en cuando en alguna que otra

librería— y, si no lo leen, alguien los pondrá al corriente del asunto y, riendo durante una comida, con una copa en la mano, señalarán hacia la mesa del salón e informarán de que en algún lugar de un libro aparece escrito que este mueble ya fue sustituido una vez.

*

Suelo jugar con la idea, prudente y concentrado, de echarte un envite. Cuando mis amigos me propusieron hace un mes que volviera a cuidar de su casa y de Ratoncito, me pregunté si no sería una buena oportunidad para invitarte a venir. Hay muchas razones neutras, objetivas e incluso casi científicas para hacerlo, en el caso de que pueda considerarse el trato entre personas de una manera científica. Para empezar, esta casa es terreno neutral, aunque se encuentre, desde luego, algo más en mi ámbito de influencia que en el tuyo. Recibirte en mi apartamento sería imposible, al igual que sería imposible que yo entrara en tu apartamento actual, algo que he hecho una sola vez, de nuevo hace ya mucho tiempo... o mejor dicho: entré diferentes veces en un solo día, y poco después, poco después de que te mudaras al apartamento, se rompieron las relaciones, o al menos las relaciones de carácter intensivo que habían existido entre nosotros durante años.

Las circunstancias prácticas y definitivas de nuestra ruptura han sido un pase corto entre un primer momento en tu nuevo apartamento y un segundo momento en el mío, y esos dos momentos han colaborado como dos delanteros para marcar en la prórroga el gol de oro con el que concluye el partido de fútbol. Por eso los dos apartamentos son imposibles para ambos, hay lugares arriesgadísimos que se autodestruirían tan pronto como accediéramos los dos a la vez. Si volvieras a entrar en mi apartamento, yo tendría que mudarme, porque el lugar se haría imposible e insoportable, las posibilidades de supervivencia y de permanencia en mi apartamento se habrían agotado por completo en un solo instante como si se hubiera eliminado todo el color de todos los muebles, objetos, paredes y ventanas; al menos para mí. Otra persona sí que podría instalarse perfectamente; eso es lo relativo y, en el fondo, eso es también lo absurdo, como todo lo que rodea mi infelicidad se vuelve ridículo tan pronto como lo observo desde más de un punto de vista, algo que por una parte debo intentar evitar tanto como me sea

posible, pero algo que, por otra parte, no puedo dejar de hacer. No se me ocurre lo que pasaría si yo volviera a entrar en tu apartamento una vez más, eso es todavía más improbable que el hecho de que tú entraras en el mío, y ninguno de los dos estaríamos dispuestos a dar el más mínimo paso en esa dirección.

Naturalmente, la presencia de Ratoncito era otro argumento para invitarte: no una razón, sino un argumento; al fin y al cabo, existe la posibilidad de que quieras volver a ver a Ratoncito una vez más después de todo lo que hemos pasado juntos los tres, y después de que te haya podido garantizar que ya no tiene pulgas. Al mismo tiempo, también me resulta muy fácil imaginar que precisamente éste sea un argumento para que no quieras venir hasta aquí, porque prefieres dejar al margen de toda consideración todo lo que pueda recordarte al pasado, lo que desde luego me parece una buena postura en la vida, aunque no sea la mía. Justo ahora surge de mi propia actitud vital el hecho de que tenga prelación el deseo de invitarte, aunque sé que ese encuentro al cabo de un par de minutos —y sólo por mi culpa, porque volvería a llegar a la sorprendente conclusión de que tu comportamiento para conmigo ha cambiado irrevocablemente— encallaría en una terrible experiencia como un barco de recreo, en el que se celebra una fiesta de cumpleaños, con un timón pasado de rosca y un motor que ya no puede detenerse y, de postre, se muere el cumpleañosero de un paro cardíaco. Quizá esté ocupando todavía una posición excepcional en tu vida, pero esa posición en cualquier caso no significa que podamos ser los eternos antagonistas en nuestros respectivos pensamientos, la presencia que convierte cualquier monólogo en un diálogo, la voz que hace soportable la voz propia, aunque sea por razones completamente fingidas. Para ti sería una experiencia terrible porque te darías cuenta de que sigo férreo en el convencimiento de que podemos utilizarnos e imaginarnos mutuamente de esa manera, y porque tú a continuación no podrías hacer otra cosa más que convertir en añicos esa fantasía, simplemente por ser quien eres o al menos por ser esa persona en quien te has convertido, y que no es alguien que permita y ni siquiera espere y desee que yo haga de ti lo que quiero hacer de ti. Yo sigo confiando, por el contrario, con una disciplina admirable, en que tú quieras hacer de mí lo que quieras hacer de mí, como hace algún tiempo los dos juntos confiábamos en

que todas esas imágenes y fábulas, todas esas fantasías y deseos, si se podía, dentro de determinados límites, sin hacerse inverosímiles y sin aislarnos del mundo exterior, no se desviarían demasiado de la realidad. Como sí que se desvían ahora irrefutablemente, para ti como punto de partida, para mí como descubrimiento, de nuevo una y otra vez... Por eso, cualquier encuentro que se produzca entre nosotros se convertirá en una explotación minera de miseria, frustración, ira, impotencia y pena por mi parte y de compasión, frustración, fastidio, enfado e impaciencia por la tuya.

Sin embargo, no estaría mal que pudiera deliberar contigo sobre la situación de Ratoncito, porque recuerdo bien con qué fuerza inclemente, lúcida pero justa, que al fin y al cabo no buscaba nada más que lo mejor para todo el mundo, te pronunciaste el año pasado sobre su situación y sobre las situaciones que le habían llevado a esa situación. «Ratoncito está muy malcriado», dijiste entonces, cuando todavía no había ni asomo de pulgas y, al oírtelo decir, te veo delante con las gafas en la nariz que te ponías sólo raras veces y, desde luego, con mucha menos frecuencia en mi presencia, porque me parecía que tenías un aspecto malhumorado con esas gafas, y como el mal humor no era uno de los atributos que yo había vinculado con tu imagen o, en cualquier caso, no en momentos en que me mirabas, te quitabas casi siempre esas gafas en mi presencia, «Ratoncito está supermalcriado, miserablemente malcriado, escandalosamente malcriado, está claro que tus amigos proyectan sobre él sus deseos de paternidad todavía no cumplidos por circunstancias profesionales, de manera completa y tan irresponsable como poco considerada con los animales. Ése es el motivo de que lo colmen de atención y afecto, lo que de ningún modo sería natural para un gato, desde luego que no para un gato adulto que ha abandonado a la madre, pero que en este caso es superinadecuado porque los anhelos de tus amigos tropiezan con un límite y no pueden obtener respuesta integral por parte de Ratoncito, lo que lleva a que se les agrie e intensifique el carácter, pudiendo desembocar esto algún día probablemente y de manera bastante lamentable en una crisis profunda. Lo ideal sería que me llevara a Ratoncito a mi apartamento, aunque tus amigos no lo comprenderían y, desgraciadamente, lo interpretarían como un robo. Lo que sí que tenemos que hacer es no volver a darle ya más comida a Ratoncito que sea propia de las personas, ni siquiera de vez en cuando. Uno

de los mayores problemas es que por culpa de tus amigos Ratoncito sabe que también existen otros alimentos distintos de los anillos secos y marrones que están destinados exclusivamente para él..., y no sólo así, sin más, cualquier alimento, sino cosas grasientas, poco naturales y demasiado sabrosas, tales como el pescado ahumado, los solomillos marinados, el pudin de crema aromatizado y el queso francés. Tenemos que conseguir que Ratoncito olvide que existen esas cosas, y eso ha de ser posible, porque la memoria de un gato no es la de una persona, e incluso una persona puede seguir viviendo sin olvidar las delicias pasadas. Y lo que debemos hacer sobre todo es dejarle más solo que la una a intervalos regulares, debemos convertir nuestro corazón en una piedra, pensar en algo drásticamente distinto, cerrar la puerta con llave a nuestras espaldas, irnos a otro lugar, lo suficientemente lejos de aquí, y así no permitir que a sus chillidos le sigan la atención y el contacto, sino la soledad más absoluta». Me quedé mirándote, asentí comprensivo, no poco impresionado. «¿Qué pasa —preguntaste—, parezco malhumorada?»

Probablemente tenías razón. ¿Padecería Ratoncito las consecuencias de su educación del pasado, por ejemplo, en momentos en que está solo? En otras palabras, ¿es grave lo que ocurre aquí, podría haberse evitado y debido evitarse, o constituye una parte inevitable de la vida absurda, no solicitada y nociva de un gato doméstico en el mundo occidental y del amo que vigila su bienestar y su soledad? Además, a él, como ya dije, lo castraron aproximadamente hace medio año. También me habría gustado ponerte al corriente de esa cuestión y, sobre todo, me habría gustado exponerte la cuestión de la influencia de esa castración y ver qué opinabas tú. Es un deseo que no puede tratarse de la manera tradicional y que, por tanto, quiero manifestarte de esta manera.

*

Al final volvimos a vivir una vez más en casa de otra persona. Desde el principio fue una idea mala y desesperada que sólo podía desembocar en un completo fracaso. Resulta imposible comprender que hubiéramos creído alguna vez que no reconocimos todos los claros presagios ni comprendimos que la estancia solamente podría llevar a un gran infortunio. Esos presagios eran tan claros que, a la sazón, no deben de haber sido nada más que los

deseos autodestructivos los que nos impulsaron, como si supiéramos que en esa vivienda se encontraba una potente bomba que podría arrasar nuestra relación de una vez por todas al igual que una casa en estado deplorable, un trozo de piedra hueco y ventoso, lleno de escombros y suciedad por dentro, que nunca había sido nuestra. Tú siempre, en las semanas precedentes, mostraste poco entusiasmo ante la idea de instalarnos en esa casa, y la razón por la que nos instalamos allí se debe casi exclusivamente a mí. No se me puede culpar de mala voluntad: suponía de manera verdadera y sincera que nos haría bien, que juntos, solidariamente, saldríamos de esa casa fortalecidos y felices de nuevo, como salen con paso solemne de un viejo reloj de pared, que hace también las veces de barómetro, dos personas jóvenes disfrazadas y de confianza.

La idea sólo vino de mi parte, todavía recuerdo cómo se presentó. Te había llevado por primera vez a casa de mis abuelos, muy avanzada ya nuestra relación, mucho después del inicio de nuestra historia. Mis abuelos acababan de trasladarse a una casa de reposo; tras meses e incluso años de insistencia, y tras una acumulación de las situaciones más lastimosas y humillantes, al final aceptaron dejar la casa donde habían vivido casi sesenta años. Esa mudanza me hizo pensar en que ya iba siendo hora de que por fin los conocieras, de que abandonarás todos los reparos anteriores y de que te mostraras a mis abuelos. Pude insistir con más fuerza que antes, porque no hacía falta que me avergonzara ya del estado en que deseaban seguir viviendo, envejecidos y presa de todo tipo de males, independientes y sin ayuda estructural, sin que además les estuviera asistiendo a cada momento del día un equipo médico y sin la necesidad de tener en cuenta una casa sin adaptar y demasiado grande para su estilo de vida impuesto por las circunstancias.

Ahora recuerdo que ya habías visto antes la casa en donde vivían: habías examinado el exterior, pero no habías entrado. Al principio de nuestro amor, hace ya mucho tiempo, pasamos un fin de semana en casa de mis padres, parecía una buena idea y también entonces intentábamos escapar de períodos demasiado largos en nuestros respectivos apartamentos, instalándonos temporalmente en cualquier otro lugar. Esta breve estancia se produjo tan pronto en nuestra historia que todavía no habías conocido a mis padres,

aunque sí que pudiste quedarte ya en su casa. Estaban de vacaciones y, dando una vuelta con sus bicicletas, estuvimos visitando el territorio donde nací y te estuve enseñando los lugares más emblemáticos de mi infancia, tales como la puerta del instituto en el que estudié, la entrada del teatro municipal, la única librería, que ahora sólo es una sombra del negocio excepcional que fue diez años atrás y que tiene que luchar contra la quiebra ofreciendo también café, fundas de almohada estampadas, galletas artesanales y velas aromáticas; el hospital municipal, en el que pasé mucho tiempo, y el parque público, donde mi madre iba a pasear conmigo cuando todavía me trasladaban en cochecito. En una de esas excursiones en bicicleta pasamos por delante de la casa de mis abuelos; no lo habíamos previsto antes de salir, pero estaba casualmente de camino. Me pareció poco adecuado encontrarme cerca de su casa sin ir a hacerles una visita, aunque sólo fuera llamar a la puerta y saludarlos. Sin embargo, a ti no te pareció una buena idea. Pensabas que era demasiado temprano, así lo dijiste, para conocer ya a mi familia por extenso..., no demasiado temprano ese día, sino demasiado temprano en nuestra relación; sabías por experiencias anteriores lo que significaría esa presentación, ya que entonces nuestra relación tomaría de repente un cariz muy distinto y, desde ese momento, todos mis familiares no nos perderían de vista ni un instante y se esperarían nuestra presencia en cada encuentro y, a continuación, se hablaría de nosotros a nuestras espaldas y se nos juzgaría. Indecisos, nos quedamos en pie con las bicicletas atrapadas entre nuestras piernas delante de la casa. Difícilmente podía ir a llamar yo solo y esconderte a ti detrás de un arbusto. No obstante, yo también tenía la sensación de que no podía irme así, sin más, sin saludarlos. Si llegaran a enterarse alguna vez, se enfurecerían, porque en mi familia es escandaloso pasar en un radio de cinco kilómetros por la casa de un familiar sin desviarse un poco y decirle hola. Era grande la posibilidad de que ya nos hubieran visto desde detrás de sus blancas cortinas onduladas, y esa posibilidad se hacía con el tiempo cada vez mayor. Sin embargo, estoy seguro de que no nos vieron en aquella ocasión, porque, si hubiera sido así, mi abuelo habría llamado furioso por teléfono a mi madre para decirle que había estado delante de su puerta en compañía de una chica y que no me había atrevido a llamar al timbre. Existe la posibilidad de que aún lea esto —todavía sigue leyendo, aunque no a menudo y nunca durante

mucho tiempo— y, en ese caso, dentro de poco le sorprenderá a mi madre esa llamada telefónica llena de reproches y amenazas. Como entonces seguiste negando con la cabeza a un lado y a otro, seria y disgustada, nos fuimos a pesar de los riesgos, pero, en cualquier caso, ya habías visto la fachada de la casa de mis abuelos y podías hacerte una idea del interior, del entorno y de la entrada al gran bosque que linda con la casa.

Por fin, fuimos a visitarlos un sábado al mediodía con mi madre cuando ya llevaban aproximadamente una semana instalados en la residencia. Tras tu entrada en escena, se les saltaron las lágrimas. Siguieron llorando unos cuantos minutos sin poder pronunciar palabra, tan abrumados estaban por tu belleza y tu presencia, tan agotados y extenuados se encontraban después de meses e incluso años luchando, al final en vano, para poder quedarse en su casa. Fue tu carisma —recuerdo lo guapa que estabas ese día, más guapa aún de lo habitual, con tus ojos negros resplandecientes, el cabello ahuecado alrededor de los hombros y, sobre ellos, llevabas un jersey verde oscuro, una falda negra, medias negras y zapatos de tacón alto negros—, como si les hubieras dado la sensación de que eras una aparición, una visión, una alucinación que experimentaban juntos, algo resplandeciente que les sucedía en este momento de sus vidas, que si no como un momento final, debía considerarse como un momento crucial.

Sentados el uno al lado del otro, cada uno en una butaca individual aparte, se encontraban de espaldas al gran ventanal que daba al jardín interior del complejo para mayores. Sólo despacio, en la oscuridad del cuarto, se fueron transformando de siluetas en figuras reconocibles con atributos y un rostro por el que seguían corriendo las lágrimas. No se pronunció ni una palabra, salvo cuando mi madre te susurró, disculpándose, que eran personas muy emotivas que habían debido soportar muchas cosas últimamente. Saludaste a todos los presentes con un gesto de cabeza igual de amistoso que comprensivo, sonriente y alentador, confiando en que se acabara pronto esta situación tan cargada y tensa, jamás habrías podido sospechar que eras capaz de suscitar semejantes emociones en personas que no habías visto nunca antes.

Probablemente, para tu sorpresa —y algo menos para la mía y la de mi madre—, mi abuelo puso fin al silencio que se produjo casi como en trance y

que, por supuesto, no era un silencio completo, sino más bien un zumbido interrumpido sin cesar por sonidos sollozantes y gimoteantes. Preguntó gritando, o al menos preguntó con la elevación del tono de voz que le era propia en cualquier circunstancia, si mi abuela podía parar ya de una vez por todas. El ataque iba dirigido a su esposa, en cuya dirección se había girado un poco antes una decena de grados, pero tú fuiste la más impresionada, como ya dije, porque no te lo habías visto venir. Una sacudida te recorrió los hombros, como si acabaran de darte una bofetada, y me miraste asustada con un rostro del que había desaparecido toda la alegría. Quizá mi abuela te hubiera querido saludar entonces como es debido; quizá hubiera querido tranquilizarte; quizá hubiera estado buscando apoyo; quizá ocurrió algo distinto que no pude adivinar..., en cualquier caso, te tendió la mano derecha con el dorso hacia arriba y, por tanto, no para estrechártela de la manera clásica. Su mano arrugada, huesuda y cubierta de manchas se movió lenta en tu dirección, como un copo de ceniza por encima de un fuego, trémula, propulsada por un sistema nervioso, muscular y óseo deteriorado. Casi desaparecieron sus dedos entonces en la palma de tu mano, que tampoco era tan grande. No creo que puedan llegar a ser más diferentes dos manos femeninas.

Mi abuelo empezó después con su charleta, su charleta eterna e incesante, nada más que cháchara y razonamientos monomaniacos, reflexiones egocéntricas, apenas relacionadas entre sí, sólo recuerdos, reproches, lamentos, sorpresa, asombro reavivados como argumentos, confusión sobre todo lo que le afecta, sobre todo lo que alguna vez le ha afectado, y odio — sobre todo, odio— hacia todo y todos los que lo han llevado a su actual situación, desde su punto de vista, del todo inaceptable. No había nada que lo detuviera, como una vieja impresora desbocada que sigue alimentándose con papel continuo torturado por agujas, continuó, imposible poder seguirle el ritmo, y, como de costumbre cuando recibía visita, no había quien lo siguiera, salvo entonces, aparentemente, yo, de vez en cuando; siempre he sido el único que daba la impresión de escucharlo, mientras que mi madre y mi abuela mantenían su propia conversación en voz baja y susurrando, en la que no pocas veces se le dedicaban las consideraciones más aniquiladoras a mi abuelo y en la que ellas, también entonces esa primera vez, intentaban

involucrarte.

Mientras estaba así, con un oído escuchando a mi abuelo, asintiendo de vez en cuando con inclinaciones de cabeza para alentarlo, y con el otro intentando oír lo que estabais diciendo, se me ocurrió de repente, como surgida de la nada, la idea de ir a pasar un fin de semana o una semanita entera en la casa de mis abuelos, que se había quedado libre, pero que aún no se había vaciado, sin que tampoco se hubiera vendido o alquilado.

No se me podía ocurrir realmente nada más agradable que pasar unos días contigo en esa casa en la más fusionada soledad. En ese período, como casi siempre, los dos debíamos dar buena cuenta de mucho material de lectura, procesar decenas de libros y textos por razones a menudo diferentes y sobre temas dispares. La casa de mis abuelos quedaba retirada, era una calle pequeña sin salida, y lo especial de esta calle era que no terminaba en un muro o en una hilera de casas, sino en un bosque gigantesco, el Klappersbos, que sin duda es una de las mayores zonas boscosas del Benelux y que en una parte muy grande cruza la frontera con los Países Bajos. Yo he pasado horas en ese bosque para escaparme de visitas y fiestas familiares, a veces en compañía de un par de familiares, casi siempre solo y con la única compañía del perro de mis abuelos, al que, entre tanto, le han procurado una muerte asistida. La casa en sí era muy pequeña, desgastada en su mayor parte y también deteriorada por la vida precaria y desvalida que habían llevado mis abuelos los últimos años. Pero de todas formas, en algunos lugares, era bastante acogedora, tanto una ventana en el dormitorio como una ventana en el cuarto de estar daban a un pequeño jardín posterior tras el cual, infinito y nada menos que glorioso, se erigía el bosque oscuro como una roca cretácea verde de varios metros de altura.

*

Tu anuencia llegó casi como una sorpresa. Después de semanas intentándolo, ya no me atrevía a esperar que quisieras acompañarme, aunque cada vez estaba más convencido de que podría estar muy requetebién, nosotros dos juntos, leyendo, no en tu apartamento, tampoco en el mío, sino en la antigua casa de mis abuelos: podríamos leer a base de bien, al mediodía yo podría cocinar, después podríamos volver a leer o dar un largo paseo por el bosque

y, por la noche, podríamos ver la televisión si nos daba la gana.

Por teléfono me dijiste que tal vez sí que deberíamos ir a esa casita. Estaba claro que tu elección no se veía argumentada positivamente y que habías empezado a considerar todas las demás opciones poco prácticas o todavía más desagradables, que, en otras palabras, todo te parecía preferible a tener que volver a repartir un fin de semana entre mi apartamento de Gante o el tuyo de Amberes...; esa evidencia no me resultó tan clara entonces o, en cualquier caso, la reprimí. Dentro de pocas semanas ibas a mudarte a otro apartamento y yo sabía que ya estabas más que harta del actual, en el que, además, todo se hallaba manga por hombro debido a los preparativos para la mudanza, y pensé que, precisamente, por eso querías aferrarte a toda costa a la posibilidad de una estancia fuera de casa.

Una vez que hubiste aceptado, todo fue rápido. Unos pocos días después, mi padre nos llevó con el coche a la casa para que pudiéramos transportar los suficientes alimentos y libros sin demasiado esfuerzo. Nos instalamos mientras el sol se ponía tras el bosque. Esa primera noche no pasó nada que pudiera obstaculizar realmente nuestra felicidad y una estancia agradable. Por desgracia, no conseguí encender la calefacción, lo que, en vista de la época del año, finales de otoño, tampoco habría estado nada mal. Como era demasiado tarde para pedirle ayuda a mi padre por teléfono, nos metimos en la cama; a través de la ventana, el cielo azul oscuro se sonrojaba por encima de las copas de los árboles y, desde debajo de las mantas, pudimos ver la televisión, en efecto, en un pequeño aparato.

La mañana siguiente transcurrió tranquila. No fue hasta después del mediodía que empezó a producirse una sucesión de malentendidos y desacuerdos que no terminaría hasta el día siguiente, muy temprano, cuando precisamente decidimos salir de la casa a través de la linde del bosque y cada uno, de nuevo por separado, regresar a su casa. Todo empezó con que después del mediodía ya no tenías ganas de leer y no querías enfocarlo como una pausa, sino que encontraste un motivo para someter a una discusión radical las razones por las que en realidad deberías dedicarte a leer. Debido a una contratación temporal no retribuida, habías reunido cientos de críticas sobre arquitectura que ahora deberías seguir leyendo y estudiando para averiguar cuáles entrarían en consideración para una posible antología que

iba a aparecer de los mejores textos sobre viviendas individuales de la década pasada: una empresa que se encontraba todavía en la fase de proyecto y para la que había que solicitar una subvención en primera instancia. Me preguntaste a bocajarro, poco después de que hubiéramos comido y de que yo hubiera fregado los platos mientras tú estabas bebiendo café, si deberías dedicarte a esto el resto de tu vida.

«Todo carece por completo de sentido —dijiste con los codos apoyados en la mesa y la cabeza sobre las manos en esa cocina donde había visitado tan a menudo a mis abuelos, donde el televisor siempre estaba encendido y en la que no penetraba ningún sonido de fuera—, porque lo que yo hago no tiene nada que ver con la vida. Me gustaría hacer algo por mí misma, tendría que estar con la gente y no aquí en esta casita. Ahora tengo que leer textos que han sido escritos por otros y que, en realidad, no me interesan, que tratan de arquitectura mientras que yo no me siento de manera alguna vinculada pasionalmente con la arquitectura. Hojeo con poco interés esos textos aburridos y, por si todo eso no fuera ya suficiente, cada equis páginas me encuentro con un texto tuyo que entonces, como es natural —a quién le va a sorprender—, una y otra vez resulta que es el mejor de toda la pila. No puedo hacer nada sin que tu nombre me lance un reproche. Nadie me ofrece oportunidades de verdad; a ti todo te va de maravilla, cada día y medio se ponen en contacto contigo para que realices un enésimo nuevo encargo, y a mí todo el mundo me ignora, me hacen promesas por todas partes y esas promesas no llegan nunca a nada después. *Sólo he tomado las opciones equivocadas*, y es demasiado tarde para cambiar, cuántos años tengo mientras tanto, es inconcebible que sólo disponga de dos opciones: o aceptar trabajo voluntario que me guste un poco pero no siempre, ni por asomo, y además recibir una subvención de mierda, o ponerme a trabajar en cualquier cosa estúpida y acabar con tendencias suicidas. No tendría que cargarte con esto, lo lamento, ni siquiera sé si debería ponerte al corriente de lo que siento, no es bueno para nuestra relación ni para la imagen que tienes de mí, aunque ya te he puesto al corriente, es demasiado tarde, lo sé, lo veo cuando me miras, piensas: “Qué va a ser de ti, vaya novia que tengo...” ¡*No me mires así!* No tendría que haber venido nunca, todo ha sido otra vez, como de costumbre, sólo idea tuya, y yo te he escuchado como una niña buena. Siempre estás

haciendo planes con mucha antelación y yo debo obedecer sumándome a ellos con un papel resignado, podría determinar con tranquilidad cuando me despierto qué va a suceder durante el resto del día que empieza, pero tú siempre debes escribir en tu agenda con antelación lo que te propones hacer, ¡realmente no hay quien lo aguante! Así estamos ahora aquí atrapados y ya no puedo irme a ningún sitio, todas las cosas me recuerdan en qué tipo de situación sin salida me he metido, lamento decírtelo, seguro que te habrías imaginado nuestra relación de manera muy distinta, quizá a una persona como yo no se le debería permitir iniciar una relación, *¡y quizá a una persona como tú desde luego que tampoco!* Tú mismo lo has dicho. “En mi familia — dijiste hace tan sólo un par de días— todas las mujeres han sido destrozadas consecuentemente por los hombres; los hombres de mi familia —ésas fueron tu palabras— son tiranos encerrados en sí mismos que siempre han deformado, violado y manipulado la identidad de sus esposas, hasta que de sus mujeres no quedaba nada más y las han destruido.” ¿Fueron éstas tus propias palabras o no? Lo he visto con tu abuela, un monigote desgarrado en jirones por las manos de tu abuelo, eso es ella, la víctima perpetua de un hombre que no puede relacionarse ni con la realidad ni con la vida, el miedo es sólo el líquido amniótico en el que él se ha sumergido y en el que toda tu familia debe chapotear para no ahogarse. ¿Cómo se te ha ocurrido querer instalarme aquí, en esta casa que ha estado rodeando y sujetando a tu abuela durante más de sesenta años como una camisa de fuerza, y cómo de desesperada y a la deriva debo de estar yo para ceder, para aceptarlo todo como lo más natural del mundo *e incluso pedirte?»*

Yo ya había terminado de fregar y propuse dar un paseo, nos haría bien. Pronto nos encontramos en el interior umbrío del bosque, y pensé que este entorno tranquilizador, en combinación con algunas palabras sedantes por mi parte, podría volver a hacer más agradable nuestra estancia —pero tú dijiste que ya había sido suficiente, que debía dejarlo ya, que no tenía ningún sentido seguir hablando—, al fin y al cabo, ya estaba todo perdido.

Así que fuimos recorriendo en silencio los senderos que estaban espolvoreados con hojas caídas y por todas partes veíamos surgir perspectivas lineales interminablemente lejanas entre los árboles, cada vez distintas perspectivas a medida que nos desplazábamos. Al cabo de un rato,

me cogiste la mano en silencio, te miré y me sonreíste, posaste la cabeza un instante en mi hombro... y la apartaste de nuevo enseguida porque empezaste a estornudar poco después unas ocho o nueve veces seguidas.

Por lo que yo sabía, sólo sufres la fiebre del heno en primavera y el bosque, los árboles, la hierba y los arbustos no se encontraban en las condiciones que podían provocarte una reacción alérgica. En otoño ya no había nada en el aire que afectara a tus mucosas, la época de apareamiento de la flora se había pasado, el verdor se había distanciado temporalmente de todos los anhelos. Sin embargo, tras el ataque de estornudos resultó que también habían empezado a llorarte los ojos y que te había aparecido una ligera pero molesta picazón en la garganta, que intentaste eliminar mediante degluciones que producían un sonido semejante a los suspiros. Fue una idea estúpida, si bien, para mayor seguridad, miré si no llevabas puestos la bufanda o el gorro, o ambas cosas, que te había regalado mi madre por tu cumpleaños un par de semanas atrás: no podías soportar en absoluto esa prenda doble de vestir y, donde fuera que la lana cálida y preciosa entraba en contacto con tu piel, te salían pequeñas bolitas rojas. Ni la bufanda ni el gorro podían encontrarse en ningún sitio. Cuando ya llevábamos cinco minutos paseando, no se había producido todavía ninguna mejoría en el estado de tus órganos respiratorios, así que regresamos.

Nada más dar media vuelta, empezó a llover, algo para lo que no nos habíamos preparado. Por umbrío que fuera el bosque, la lluvia seguía penetrando y, para cuando dejamos los árboles atrás y entramos de nuevo en la casa, estábamos totalmente empapados. Después de darnos una buena ducha caliente, nos metimos en la cama bajo las sábanas porque seguíamos sin saber cómo se encendía la calefacción, y justo cuando empezábamos a entrar en calor, volviste a estornudar de nuevo cinco veces seguidas. Los síntomas que se presentaron durante los tres minutos siguientes dejaban claro que habías cogido un resfriado.

Hice té, por desgracia sin limón, porque no teníamos. Volvió a oscurecer, lo que ni siquiera notamos por el suave ritmo machacón de las imágenes de la televisión. Te quedaste dormida. Yo no, estaba tumbado despierto y, como cada vez que estoy tumbado despierto, se me fueron acumulando los pensamientos, se potenciaban a sí mismos como partes de una construcción

que van creando los acróbatas con sus cuerpos, hasta que surge una torre de Babel que no puede hacer más que desplomarse. El aislamiento romántico que había ofrecido la casa me pareció de pronto aterrador y peligrosísimo: intenté imaginarme la distancia que debería recorrer para ir a buscar ayuda y me di cuenta de que era incapaz. También las distancias temporales parecían inabarcables: ¿cuánto tiempo nos quedaríamos todavía aquí, durante cuánto tiempo seguiríamos juntos, cuánto tiempo pasaría antes de que se terminara el año? Muerto de miedo, me aferré a ese último pensamiento, de manera completamente arbitraria y ridícula, como si la idea hubiera sido suministrada por un sueño que aún no existía, como un pedazo de pecio de madera del barco al que me aferraba por la noche flotando a merced de las olas... ¿Cómo íbamos a celebrar el fin de año dentro de un par de meses? ¿Dónde, con quién, cómo, cuándo, por qué? No tenía ni idea y, de repente, parecían cuestiones irresolubles. Quise despertarte para invocar tu ayuda, pero entonces vi o creí ver que te habías sumido en un profundo sueño y, como yo sabía que nunca te resultaba fácil quedarte dormida, me abstuve, me levanté —eran las tres menos cuarto— y me fui a correr al bosque para calmar los pensamientos. La luna estaba en cuarto creciente, a mí no me daba miedo el bosque, bastante raro, era como si no pudiera encontrarme nada o a nadie, como si fuera corriendo por la luna, a la luz de la tierra. «Si me pierdo ahora —pensé—, tendrás que venir a buscarme...»; sin embargo, apenas me alejé, recorrí diez veces la misma franja de terreno en línea recta arriba y abajo y luego regresé, un poco calmado.

Cuando quise volver a acostarme, te encontré llorando: querías irte a casa, de vuelta a tu apartamento. A ti también te había entrado el pánico al darte cuenta de mi ausencia. Por la mañana, llamé a mi padre por teléfono para preguntarle si quería venir a recogerme, porque no podíamos quedarnos por más tiempo, le dije, ya que habíamos cogido un buen resfriado..., a instancias tuyas le aseguré que yo también estaba enfermo, porque así no parecería como si hubiéramos tenido que salir de estampida sólo por tu culpa.

*

Mientras estaba escribiendo las frases anteriores, apenas era la hora de la cena, pero me he levantado y he salido de la casa por segunda vez en este día.

Antes le he dado de comer a Ratoncito; le he puesto en su cuenco dos vasos de comida para gatos que he sacado de la bolsa blanca grande. Eso es lo único que recibe: comida seca y agua, aros marrones del diámetro de un dedo meñique; si no tomamos en consideración el color, parecen cereales para el desayuno de los niños. No sé lo que llevan ni si están ricos, aunque, según parece, es más que suficiente para un gato, es una alimentación sana y equilibrada que cubre todas sus necesidades y con la que el animal nunca llegará a padecer obesidad. Sin embargo, en el mercado hay más comida para gatos, en lata o en bandejas de aluminio, preparados que son mucho más sabrosos, que con un poco de buena voluntad se parecen a las terrinas o estofados que se preparan las personas, pero este tipo de cosas no se las dan a Ratoncito, es lo que han decidido mis amigos y no seré yo quien vaya a cambiarlo. No obstante, no se me quita de la cabeza la impresión de que a veces a él le gustaría comer algo distinto. Al menos noto que, cuando le doy otras cosas —un poquito de queso, un pedacito de carne, una cucharadita de nata—, acepta y hace uso ansioso de esta excepción, y que no hay nada mejor para calmarlo y hacer que paren sus lamentaciones, aunque sólo sea por un instante.

Después de haberle dado de comer, fui paseando hasta el restaurante de la vuelta de la esquina bajo un paraguas, porque del cielo caía una lluvia muy ligera. Tú conoces ese establecimiento, pues estuviste allí una vez conmigo; tras mucho insistir, accediste a venir, aunque la visita no fue ningún éxito, no te sentías a gusto, te parecía un lugar desagradable, la comida no era nada especial pero escandalosamente cara, y me confiaste, al final, cuando regresábamos andando de nuevo a casa, que no hay nada que te desagrade más que comer en un restaurante. Por eso nunca aceptamos las innumerables invitaciones formuladas con una testarudez rayana en la sordera por parte de mis padres para que fuéramos con ellos a un restaurante. Aunque ir a comer a un restaurante es la ocupación más importante de sus vidas, e incluso podría decirse que es la razón de su existencia, siempre he conseguido convertir esa invitación en visitas a casa.

Creo que, a pesar de todo, no le haces ascos a la comida. Has comido cientos de veces platos que he preparado, en cientos de lugares te veo ante mí mientras estás sentada a la mesa con la espalda recta o recuerdo cómo te

repantingabas en una poltrona o te echabas a todo lo largo de la cama, y luego te veo mover la boca, los labios, la lengua, los dientes, los ojos te resplandecen grandes, a veces te he dado una cucharada de cosas ricas, a veces has lamido de mis dedos manjares cremosos, con frecuencia has deglutido con ansia en un par de tragos copas llenas de helado y rodajas de limón y una mezcla de todo tipo de bebidas, dejándolas totalmente vacías con alivio y satisfacción. No lo negarás, al contrario, tras una estancia conmigo solías verte obligada a pasar días sin comer para recuperar tu peso original.

Uno de mis cumpleaños en el período en que éramos las personas más importantes en nuestras vidas respectivas lo pasamos en el apartamento de un amigo tuyo, o, mejor dicho, en el apartamento de sus padres: una segunda residencia que tenían en el dique de Ostende, donde solías ir con mucha frecuencia de vacaciones con ese amigo antes de que yo hiciera mi aparición. Él fue durante un tiempo, nunca he sabido cuánto con exactitud, también tu novio, compañero, amante, la persona más importante de tu vida, con quien también una vez terminado vuestro amor y de un modo admirablemente adulto has seguido manteniendo relaciones amistosas..., tan amistosas eran vuestras relaciones que, en primer lugar, solías decir siempre que él era tu mejor amigo y no yo —después de todo yo era tu amante y enamorado—, y que, en segundo lugar, nos dejaba encantado el apartamento de sus padres para que pudiéramos celebrar mi cumpleaños junto al mar.

Eso fue lo que hicimos, aprovechamos agradecidos su ofrecimiento y mi cumpleaños se convirtió de manera fantástica en un acontecimiento. La víspera del día festivo estuve cocinando en la bien pertrechada cocina del apartamento que estaba situado en la planta más alta, con vistas tanto al mar del Norte como al centro de la ciudad de Ostende, plagada de parques y de arquitectura modernista. Esa noche te saqué por completo con una sucesión de pequeños platos de exquisitez excepcional y, conforme a tu ruego diario, exclusivamente vegetarianos —una brocheta de verduras marinadas, una sopa de queso, una lasaña de espinacas, unos espárragos *en croûte*, unos espaguetis con aceitunas, una tostada con tofu, un puré de guisantes, un yogur de fresas, un merengue de chocolate—, de los que diste buena cuenta relamiéndote de gusto y haciendo ruidos de satisfacción.

«Estoy realmente agradecida —dijiste mientras ibas metiéndote en la boca

con gesto teatral y ostensible una a una las yemas de los dedos para lamerlas de un modo tan proverbial como literal—, he sido la *elegida* por haber encontrado a un hombre como tú, no creo que haya muchas mujeres que sean felices y se vean satisfechas en todos los planos por un compañero como tú, es fantástico. Te puedo pedir de todo, no hay ninguna actividad que me guste hacer que a ti te disguste en absoluto.» Pronunciaste el nombre de tu compañero anterior, en el apartamento de cuyos padres nos encontrábamos ahora, y dijiste que él, por ejemplo, «nunca quería acompañarme cuando iba de compras, mientras que a ti sí que te gusta, hace poco incluso me compraste un par de fabulosas botas negras, que es algo que nunca antes había hecho un hombre por mí, y creo que deberías buscar bien a lo largo y ancho de este mundo para encontrar un hombre que hiciera algo así con la devoción sincera con la que lo haces tú. Podemos hablar de todo, pensamos fundamentalmente lo mismo acerca de todas las cosas, lo que por supuesto no quiere decir que en cuanto a los detalles o resultados no podamos tener opiniones algo distintas, pero contigo puedo hablar y a tu lado tengo la sensación de sentirme comprendida y de que nunca ni en ningún lugar voy a toparme con un tabú o con un prejuicio; la verdad es que tú siempre, *de la manera más atenta y cortés*, estás buscando mi bienestar. También nuestros temores y nuestros problemas son en esencia los mismos, tenemos miedo a las mismas cosas y nos entristecemos por las mismas razones, y sobre todo nos hacen felices las mismas vicisitudes, y es también por eso por lo que me siento más deseada y más atractiva que nunca, siento y veo que ya sólo al mirarme pasar con el rabillo del ojo te sientes atraído de una manera irresistible por mí, no puedes ni imaginarte lo fantástico que es eso, en especial si te das cuenta de que con parejas anteriores, al cabo de un breve espacio de tiempo, *no me solía topar con otra cosa que no fuera impotencia en ese terreno*. Nada de eso ocurre contigo, nuestra relación sexual rebosa excitación como un baño de agua caliente; cuando tú me miras, veo lo grande que es nuestro amor..., ¿no es cierto? ¿No es cierto? ¿No es cierto?» Y después repetiste varias veces mi nombre y empezaste a hacerme cosquillas de manera irresistible, estábamos sentados en una poltrona grande y empezamos a dar vueltas el uno encima del otro, sometiéndome indefenso a las cosquillas y a los correspondientes espasmos de risa que me producían.

Al día siguiente dimos un largo paseo por la playa, tu largo cabello negro se agitaba al viento, golpeando tu cara y la mía, y, entre otros sitios, fuimos a parar a un mercadillo en el centro de Ostende. Allí me hiciste un extraño y valioso regalo de cumpleaños, una manita muy pequeña y fina con minúsculos dedos doblados en el extremo de un palo de madera, bellamente barnizada y detallada de una manera casi oriental, que según el vendedor tenía más de ciento cincuenta años, y que podía utilizarse para llegar a lugares inalcanzables que te pican, sobre todo en la espalda, sin necesidad de invocar la ayuda de nadie. Como es un remedio para una molestia que sufro a menudo y que tú también me has ayudado a aliviar muchas veces sin acritud, este regalo me hizo mucha ilusión.

Regresamos al apartamento después del mediodía e hice una tarta de queso, mientras que tú te pusiste a trabajar en un artículo que debías enviar al día siguiente a la redacción de una revista cultural y en el que querías analizar y criticar la obsesión de nuestra sociedad por la comida y las cuestiones culinarias. Hacías referencia, entre otras cosas, a los innumerables programas de televisión en los que la cocina constituía el centro de atención, a la ridícula felicidad que las personas creen que les puede proporcionar la comida, al canal de televisión que ahora se dedica a la cocina veinticuatro horas al día, a la degradación de los suplementos de los fines de semana en los periódicos hasta convertirse en pequeñas guías culinarias, al modo inconsciente en que la comida se ha convertido en una manera excesiva de matar el tiempo y a la vacuidad de las personas que llegan a convertirse en seres sólo capaces de preocuparse de lo corporal y que sólo pueden disfrutar con lo sensorial, consiguiendo de esta manera acercarse cada vez más a los animales. Sin embargo, tenías dificultades para urdir todas tus objeciones y opiniones en un texto claro y fluido, sobre todo con tan breve espacio de tiempo, y, cuando la tarta ya estuvo en el horno, te ayudé reajustando un par de párrafos, pensando un par de cambios y sintonizando el principio con el final. Mientras te encontrabas leyendo la redacción de esta nueva versión y la tarta de queso estaba enfriándose, con el fin de que pudieras leer con toda tranquilidad, me retiré al cuarto de invitados del apartamento, en el que había tres maletas grandes con piezas de Lego para cuando vinieran de visita los nietos de los padres de tu exnovio. No pude resistirme a la tentación de construir un

modelo a escala del edificio de apartamentos en el que nos encontrábamos, del dique, de la plaza del mercado de Ostende, la piscina cubierta, la fuente grande, la cervecería clásica a la vuelta de la esquina y el kiosco de periódicos frente a la puerta. En mi creación había lugar incluso para nosotros dos, tumbados muy juntos en la arena de imitación.

Cuando hubiste terminado de leer, entraste a este cuarto de invitados y me echaste los brazos al cuello. «Muchísimas gracias —dijiste—, eres fantástico, con un par de intervenciones muy simples te ha quedado un buen texto. Realmente es asombroso cómo sin rastro alguno de queja estás dispuesto a esforzarte por mí, nunca me había pasado con las relaciones anteriores, en las relaciones anteriores siempre era yo la que tenía que sacrificarse y siempre estaba a la disposición del otro. Y te parece un texto bueno, ¿verdad? Si no te pareciera bueno, me lo dirías, conmigo serías sincero, ¿no? Estoy muy contenta, necesitaba ese poco de ayuda tuya y presiento que has intuido lo que intentaba decir y que por eso has podido ayudarme tan bien a expresarlo. ¿Qué estás haciendo? ¿Ése es el edificio de apartamentos? ¿Somos nosotros los que estamos allí en la playa? ¿No había otra figurita mejor para mí? ¿Y no crees que ya eres un poco mayorcito para andar jugando con estas cosas? Ya no somos niños, ¿no te parece?»

*

Cuando ahora mismo me dirigía al restaurante, a pie, se me ocurrió que todavía sigo estando al acecho de casas o apartamentos que se vendan o se alquilen, actividad que se ha convertido en un acto reflejo... o no tanto un acto reflejo como una costumbre, una musiquilla de fondo que me hace compañía cuando entro en entornos urbanizados, y eso suele ocurrir casi siempre que salgo a la calle. Siempre que veo un colorido cartel anunciador pegado a una fachada o colgando ante una ventana, me pregunto cómo sería vivir allí, quién estará viviendo ahora allí, si será lo suficientemente grande como para que entremos a vivir allí los dos, si las instalaciones y las tuberías se encontrarán en buen estado y, claro, me pregunto también lo que costaría la compra o el alquiler. Ya no suelo entrar en las páginas web de agencias inmobiliarias, aunque de tanto en tanto me sigue pasando: cuando por la noche, extenuado y aburrido, no soy capaz de hacer otra cosa, ya no controlo

mis peregrinajes por internet y voy vagabundeando sin rumbo, lento pero sin detenerme nunca, como un puñadito de algas marinas en el océano...; verse engullido por la boca de buscadores que seleccionan apartamentos, estudios y casas es lo menos grave.

También contigo en el pensamiento y a menudo junto a ti he examinado cientos de anuncios virtuales. Con frecuencia nos hemos escrito un correo electrónico, como lo posibilitan tan fácilmente ese tipo de páginas, poniéndonos al corriente de una oferta en concreto que por cualquier razón nos parecía interesante. A veces se trataba de un sueño inalcanzable, un feo chalé adosado con vistas a la calle en el centro de Gante que por la parte de atrás se desplegaba hasta convertirse en un castillo con piscina en la que el agua siempre se mantenía a 30 grados de temperatura, un apartamento gigantesco con vistas al parque municipal de Amberes, una casa señorial de escalas casi inhumanas en Bruselas, cerca de la plaza de Sainctelette; a veces era un pedazo de propiedad inmobiliaria que, extrañamente, parecía sólo destinado a nosotros por alguna circunstancia: porque en una de las fotografías del interior había un mueble como la mesa de salón que habíamos destrozado con nuestros cuerpos enmarañados o porque se trataba de una casa que habíamos visto un par de días antes durante uno de nuestros paseos..., pero casi siempre eran auténticos chollos, propuestas sinceras que han sido serias al menos durante un par de segundos, hasta que el valor o su probabilidad eran relativizadas por el destinatario o por el remitente. Así solía pensar yo que había encontrado la casa en la que podríamos convivir felices, por ejemplo, porque era muy grande y disponía de dos despachos diferentes, porque las especificaciones y la decoración complacían de manera ideal nuestros gustos y deseos o porque desde el punto de vista geográfico tenía una situación perfecta, por ejemplo, muy cerca de una estación de tren sin que por lo demás molestara demasiado el tráfico ferroviario. Sin embargo, casi siempre aparecía rápidamente un inconveniente pertinaz que me indicabas tú a mí o yo a ti. Un apartamento, por ejemplo, estaba provisto íntegramente de baldosas frías o un cuarto de estar tenía también una cocina americana, lo que no era nada menos que una pesadilla que volvía a indicar el entrelazamiento de la comida con la vida diaria, o un edificio modernista había sido recientemente ampliado con una galería feísima de aluminio gris

claro. Y, si no surgía uno de esos pertinaces aspectos negativos, entonces eran las circunstancias prácticas las que nos impedían ir a echar un vistazo; por ejemplo, porque estábamos justo a punto de establecernos durante dos semanas en casa de unos amigos o porque tú o yo o nosotros dos no podíamos salir de la cama durante tres semanas debido a una gripe. Una vez, lo recuerdo también, llamé por teléfono a la agencia para concertar una visita a un apartamento con vistas al Harmoniepark de Amberes, que se vendía por una cantidad relativamente baja de dinero y que, sin embargo, disponía de cuatro dormitorios, pero entonces resultó que lo habían vendido hacía un par de semanas y no lo habían actualizado en la página web.

Nos empleamos con mayor vigor a la hora de buscar un apartamento para ti. Un par de meses antes de que nos fuéramos a Creta de viaje para convertirnos en pareja —eso fue, por lo demás, como sabes y ya he dicho, bastante extraño (aunque pasa), años después de que nos hubiéramos conocido por primera vez a través de amigos comunes—, por tanto un par de meses antes de nuestro primer beso y nuestra primera noche juntos, acababas de mudarte. Yo llevo viviendo ya casi tanto como puedo recordar en el mismo apartamento en el que sigo ahora, apenas a dos calles de aquí, pero tú te mudaste poco antes del inicio de nuestra relación a un apartamento que volviste a dejar poco antes del fin de nuestra relación. Así pues, debe parecerte, en tu recuerdo, como si yo formara parte de ese apartamento y como si mi presencia o, en cualquier caso, el contacto conmigo estuviera incluido en el contrato de alquiler, al igual que el uso libre de un garaje, un aparcamiento para bicicletas o un trastero en el sótano.

Sin embargo, se puede decir objetivamente que el apartamento en el que vives ahora, al que entré por última vez el día en que te mudaste allí, es una mejora absoluta en todos los sentidos con respecto al apartamento en el que vivías cuando estabas conmigo, y en el que por tanto pasé cientos y cientos de días. Para empezar, ese apartamento anterior no está situado en un lugar ideal. Se encontraba cerca de un parque municipal nuevo en el norte de Amberes, pero por lo menos a unos veinte minutos andando a buen paso de la Estación Central. La presencia de esa zona verde recién desarrollada era, naturalmente, un punto positivo: hemos pasado horas allí tumbados juntos en las hamacas destinadas al público, hasta que se hacía de noche o hasta que

debíamos desplazarnos porque por desgracia habíamos ido a parar a la línea de fuego de niños que estaban jugando a intentar darse en la cara con escupitajos. También solíamos tumbarnos al sol, con la espalda apoyada en una suave pendiente artificial de la hierba, preguntándonos si una sombrilla sería un lujo excesivo. Por lo demás, fue y es un barrio que puede considerarse joven, lo que en esencia quiere decir que hay que perdonarle muchas cosas, que de vez en cuando hay peleas en la calle, que viven personas que no participan activamente en la economía mundial y que pasará todavía algún tiempo antes de que se abran cafeterías que los flamencos famosos pongan por las nubes cada semana en los suplementos de los periódicos de calidad..., aunque también esto empezó a cambiar allí al final de nuestro período.

Al inicio de tu calle se había instalado un centro de acogida para personas sin techo y siempre por lo menos una de las personas que se alojaban allí y deliberaban a la intemperie en un banco de madera se dirigía a nosotros amablemente y se informaba sobre nuestro estado de salud. Para el alivio de sus necesidades, y también de las de otros vecinos y paseantes, al borde de la plaza habían instalado un urinario portátil de dos plazas tan frecuentado que durante el verano emanaban corrientes humeantes desde este ingenio que, al llegar el invierno, como por arte de magia, se convertían en resbaladizas pistas de patinaje, transformando no sólo el entorno del urinario sino también la plaza entera en el decorado de caídas muy graciosas y del todo ingenuas.

En la casa junto a la que cogiste el apartamento vivía una familia numerosa cuyos hijos adolescentes habían montado un garaje para obtener ingresos adicionales. Siempre estaban arreglando en la calle dos o tres coches por lo menos, y, si no estaban trabajando, se ponían a comentar en la acera cosas sobre estos coches. Tu vecina de arriba era una maestra cuya presencia penetraba hasta nosotros en infinidad de maneras, o bien porque se paseaba con zapatos de tacón alto que parecían ser de madera de roble maciza, o bien porque cada noche tenía que celebrar algo nuevo e invitaba a los amigos adecuados que habían elegido la banda sonora adecuada, o bien porque manifestaba de manera apreciativa las caricias que le prodigaba su compañero escandalosa pero, según nuestra opinión, poco inspiradamente (y, desde luego, no siguiendo tu ejemplo, sino más bien produciendo el sonido

de un despertador digital), o bien porque la ropa interior y las camisetas que había colgado a secar en su ventana se caían y el viento las introducía en tu vivienda a través del alféizar, o bien porque el gato que mantenía cautivo en el pequeño apartamento, mientras ella daba clases durante el día a niños de siete años, no cesaba de lamentarse a cada momento atormentado por la soledad..., algo que a ti te empujaba a la compasión y un par de veces casi también al suicidio.

Lo que te desesperaba igualmente era la pésima intendencia en el apartamento, de tal modo que el agua de la ducha se quedaba estancada o rebosaba cada dos por tres, que, si en el exterior helaba, el apartamento apenas podía calentarse y la condensación caía despacio por los cristales, que el pequeño armarito bajo el lavabo del cuarto de baño, en el que había toallas y manoplas apiladas, sólo podía abrirse apartando la cabeza o, al menos, apartando la nariz, y que la electricidad se cortaba varias veces exclusivamente en tu apartamento, lo que te provocaba tanta angustia y te daba tanto miedo por posibles cortocircuitos, explosiones o incendios que te pasabas mucho tiempo pidiéndole ayuda telefónica a tu padre (pero prohibiéndole pasarse por casa, ya que el problema no era lo suficientemente grave), y esa noche (una noche que por desgracia no pasamos juntos) no interrumpíamos la comunicación telefónica entre los dos para que, en caso de urgencia, pudiera proveerte de manera inmediata de instrucciones o de apoyo moral. Sin embargo, no era tu domicilio el único que requería renovaciones, sino todo el edificio, porque una vez tu vecina de arriba desenroscó la rejilla del desagüe de su ducha, probablemente para poder limpiarla, olvidando además que debía unir de nuevo bien fuerte el conducto del desagüe con esta rejilla después de la limpieza, lo que tuvo como consecuencia que una mañana, cuando por suerte sí que habíamos pasado la noche juntos, nos despertó una catarata de agua caliente que se había producido entre el techo y el suelo de la vecina de arriba y que gorgoteaba por la pared del cabecero de la cama.

Allí nunca fuiste feliz y allí nunca has sido feliz, tenías que largarte de ese lugar, porque ya sólo la estancia y la idea de tener que vivir allí te consumían por entero. En ese lugar no podías trabajar, no podías recibir a los amigos, el apartamento estaba tan lejos de la estación y del centro de la ciudad que tus

amigos, por lo demás, raras veces se pasaban por el barrio, no podías descansar y no podías relajarte, te preocupaba no volver a recuperar nunca la fianza porque entre el armarito del lavabo y la ducha había una grieta que no podías limpiar, pero que era lo suficientemente ancha como para llenarse de toda clase de material orgánico e inorgánico, y además observabas con regularidad cómo un vecino, que se alojaba en un estudio pequeñísimo en una planta intermedia, intentaba mirar descarado por la ventana de tu dormitorio y, cuando lo sorprendiste mirándote y lo miraste a tu vez a los ojos malhumorada y reprobatoriamente, levantó el pulgar al aire de modo desvergonzado, aconsejándote, además, lo que también te recomendaba lleno de admiración cuando te lo encontrabas en el pasillo, a saber: «*Stay beautiful!...*», algo que habría sido del todo imposible si te hubieras quedado a vivir allí por más tiempo.

Ese apartamento era, en efecto, una carga de la que te has librado mudándote al cabo de años de búsqueda, y, en efecto, me contaste en las semanas que siguieron a la mudanza que tendrías que haberlo hecho mucho antes, porque ahora todo iba mucho mejor. Yo te ayudé a buscar, visité cientos de páginas web, pero no pude encontrar ningún apartamento adecuado. Una vez creíste haber encontrado una solución cuando resultó que la nueva novia de tu antiguo novio también estaba buscando piso: si fueras a vivir con ella, podrías disponer de un presupuesto mucho más elevado y podrías vivir en un apartamento mucho más bonito y más grande con una intendencia mucho mejor. A esta opción le puse reparos, no tanto porque yo mismo no podría vivir con esa forma de vida social, sino porque temía que pronto empezarían a saltar chispas entre las partes interesadas. Esa opinión hizo que saltaran chispas de ti contra mí y con tal motivo me pediste que me ocupara de mis propios asuntos. Por suerte, al día siguiente estuviste hablando de este plan con tu mejor amiga y ella te convenció, probablemente con términos más fluidos y argumentos más adecuados, de lo que también era mi convencimiento.

Los meses iban pasando así, visitabas apartamentos durante horas y sopesabas posibilidades. Una vez te acompañé a una de esas visitas, se trataba de un apartamento cerca de la estación de Berchem, alejado lo suficiente del Sur, ese barrio tan detestado por ti y considerado el decorado

de un gran *reality show* progre y artificial. En el momento en que estuvimos visitando este apartamento relativamente pequeño pero acogedor, todavía lo estaba habitando una madre soltera con tres hijos, dos gatos y un perro que siempre se hallaban presentes sin excepción durante la hora de visita. Es comprensible, por lo demás, que no fuéramos los únicos interesados, porque junto con dos empleadas de la agencia inmobiliaria estaban esperando en el vestíbulo del edificio de apartamentos otros siete candidatos, cada uno de una nacionalidad distinta. Dieciocho seres vivos conté durante el punto culminante de la visita guiada a esta vivienda, hasta que descubrí en el dormitorio un acuario con cinco peces, cubierto por un tablero de madera en el que habían sido fileteados visiblemente cientos de entrecots, pero sobre el que, además, había una jaula con un canario. Cuando estuvimos fuera de nuevo, después de que hubieras adquirido una opción sobre el apartamento (de la que al día siguiente, tras una madura reflexión, volverías a retirarte), no pude por menos que sentarme en la acera y observaste, comprensiva, que una búsqueda de apartamento semejante era demasiado onerosa para una naturaleza sensible como la mía y que, de ahora en adelante, ya no volverías a involucrarme.

Así fue como pasó: una tarde de otoño del año pasado me comunicaste telefónica y eufóricamente que a mediados de diciembre te mudarías a un apartamento nuevo, grande y, sin embargo, asequible, que estaba en perfecto estado de conservación, se encontraba a dos calles a pie de la Estación Central y tenía vistas a un fabuloso paisaje de tejados antuerpienses. Me sentí feliz y aliviado, y me imaginaba con ilusión los días y las noches que pasaríamos juntos en este apartamento nuevo... y las mañanas llenas de promesas, porque ésas eran las más bellas, las mañanas en las que ambos bebíamos de los restos de nuestros mutuos sueños y manteníamos a distancia el frío del día con el calor de nuestras respectivas noches.

*

El cansancio me ha asaltado cuando regresé a casa después de cenar..., ya no te molestaré más describiéndote en detalle lo que he comido. El estar sentado en la silla del restaurante parece haberme lastimado más la espalda, porque ya no puedo sentarme de la manera indolora en la silla de escritorio tras la mesa

de cristal. Así pues, no me queda más remedio que tumbarme en la cama medio repantingado, con este texto ante mí en el regazo, apoyado en un libro de cocina con una enorme langosta en la cubierta que he encontrado aquí en el armario de mis amigos.

Tras una pausa, siempre se me ocurre que hay dos maneras con las que puedo imaginarte y puedo devolverte a la vida, ésa es siempre la bifurcación una y otra vez cuando mis reflexiones sobre ti recuperan el aliento: o bien te veo en el pasado, o bien en el presente..., nunca existes en el futuro, no sé lo que puede significar eso. En el pasado te veo en uno de los cientos o incluso miles de lugares donde hemos estado juntos (el lugar más excepcional de todos estos lugares es, naturalmente, la casa de Gante de mis amigos, porque me encuentro en ella en este momento) y en el presente te veo en tu apartamento, ese piso especial en la quinta planta de un edificio en Amberes, en el que sólo he entrado una vez... o, mejor dicho, treinta veces seguidas el día en que te mudaste al apartamento.

Era invierno, estuvo nevando y helando durante toda una semana y todavía seguía haciendo mucho frío el sábado que habías elegido para mudarte. Tu apartamento anterior se había hecho casi inhabitable por los preparativos de la mudanza y, sin embargo, habíamos pasado allí la noche juntos entre las cajas de cartón apiladas a unos cuantos metros de altura, a la luz de bombillas peladas cuyos armazones ya habían sido desenroscados, pero con la cama todavía sin desmontar. No sé si tú recuerdas esa noche, yo sí, fue nuestra penúltima noche juntos, aunque eso no lo sabíamos entonces, creo —esa noche, así me pareció a mí entonces, no podía reconocerse de tal forma—, más aún: esa noche para mí parecía contener todo tipo de nuevas promesas, al igual que los cientos de cajas de cartón que estaban colocados a nuestro alrededor. Si bien no era yo quien se mudaba, sino sólo la persona más importante de mi vida en ese momento, con quien nunca había convivido antes a no ser temporalmente, para ir practicando, en casa de otros, y con quien nunca había charlado por extenso sobre la cuestión de irnos a vivir juntos. Yo —y, según creía, también tú— pensaba que nuestra relación tenía las mayores y más duraderas oportunidades de vida si cada uno seguía disponiendo de su propia casa, aunque de vez en cuando, ciertamente, en el momento que fuera oportuno, se mantendría viva la posibilidad de

convivencia, de manera que estaríamos preparados si por fin todas las circunstancias prácticas indicaran el momento adecuado, como relojes que marcan al unísono la hora exacta en el escaparate de una relojería.

Sólo tengo buenos recuerdos de esa noche, cuando vuelvo a pensar en cómo sacaste no se sabe bien de dónde los restos de una vela que había desaparecido mientras empaquetábamos, colocándola y encendiéndola en la chimenea del dormitorio...: ninguno de los dos la apagamos e incluso antes de que se extinguiera nos quedamos dormidos, nuestros cuerpos descansando juntos el uno al lado del otro.

Lamenté que a la mañana siguiente no hubiera café, pero no me quejé demasiado al respecto, es lo que creo recordar, y fui muy comprensivo, ya que después de todo estabas a punto de mudarte, por lo que tampoco era posible ir a tomar café fuera de casa, pues no teníamos tiempo, porque a las doce llegaba el camión de mudanzas y media hora antes venían tu hermana y su novio para ayudarnos a bajar tantas cajas de cartón como fuera posible. Fui corriendo a comprar al supermercado de la esquina tres paquetes de sal para eliminar el hielo y la nieve de la parte de la acera que había delante de la puerta, de manera que ni tú ni yo ni tu hermana ni su novio ni los miembros del equipo de mudanzas pudiéramos resbalarnos durante el traslado de muebles y cajas. El equipo constaba de dos hombres. Uno era evidente que estaba de mal humor y no andaba ocultando que le parecía una vergüenza tener que trabajar en sábado por lo que él consideraba un pago irrisorio. Se negó a abandonar el espacio para la carga y todo lo que hacía era llevar al fondo del camión las cajas que se le entregaban. El otro hombre subía con nosotros por las escaleras, pero comprobé que lograba elegir una y otra vez las cosas menos pesadas, y por tu mirada de complicidad y tu sonrisa comprendí que tú también pensabas lo mismo.

Una vez que estuvo todo cargado, fuimos arrastrando los pies para no caernos, mi mano en tu mano enguantada, caminando al nuevo apartamento, que sólo estaba un puñado de calles más adelante. Allí, en esa calle, el tráfico se había vuelto imposible. Se había llegado al arreglo siguiente: que el matrimonio recientemente separado, que iba a dejar el apartamento en la quinta planta, dispondría contigo durante dos horas del mismo elevador de carga. Eso reducía los gastos y retardaría menos la mudanza, porque no

habría que instalar otros elevadores distintos y porque así, cuando el elevador subiera de nuevo para recoger muebles después de haber sido descargado, podía ir subiendo también todas tus cosas arriba.

Parecía estar bien organizado, pero bastante pronto surgieron alboroto y disensión, y esta agitación llevó al fallecimiento del animal doméstico de la pareja saliente.

Aún recuerdo muy bien el espectáculo visto por la ventana de la quinta planta: tres modestos camiones de mudanza estaban con sus morros apartados entre sí (uno de ellos lleno con tus trastos, otro de ellos vacío a la espera de la mitad de los enseres que le correspondían al hombre y un tercero para los muebles y objetos de los que la mujer se había apropiado). Como una estrella de tres puntas, estaban allí colocados esos tres camiones y en el medio dejaban espacio libre para que maniobraran los equipos de mudanza y para el elevador de carga, que llegaba hasta la quinta planta apoyado en sus firmes patas. Te vi la coronilla cuando miré hacia fuera por el orificio de la ventana. Pensé: qué aspecto tan bello, adulto y feliz tiene, está contenta de haberse largado al fin de ese piso inhumano y haber escapado de las garras de los arrendadores de viviendas en mal estado a precios exorbitantes..., y sin embargo: cómo lo hace, yo estaría completamente de los nervios en un día como el de hoy si me encontrara en su situación. Estabas charlando con la mujer que iba a dejar el apartamento, también pasaban por ahí cerca personas que se desplazaban de un lado a otro continuamente, era inverosímil que tantas personas pudieran estar involucradas en una mudanza tan modesta de por sí. De vez en cuando enfilaba un coche por la calle, aunque todos los conductores pronto se daban cuenta de que no se podía pasar y volvían a irse dando marcha atrás; a veces se amenazaba con tomar medidas, pero la barricada había sido legitimada por la policía.

Al hombre que abandonaría el apartamento junto con su ex no podía vérselo por ninguna parte. Ni siquiera estaba presente en la última actividad que probablemente irían a realizar juntos en mucho tiempo. Cuando me dirigí a ti para informarme sobre su ausencia, me dijiste que habías oído decir que no quería volver a ver más a su ex ni en pintura, que ninguno de los dos podían quedarse en el apartamento y que el hombre había dejado que durante la operación de mudanza lo representara su madre, a la que poco después vi

sentada en silencio, inmóvil y con los brazos cruzados en la parte de arriba, en el asiento del pasajero de uno de los camiones, esperando a que bajaran las cosas de su hijo. Vi que un perro iba de un lado a otro por la planta baja, apresurándose hacia todo lo que se movía o justo volviéndose a apartar asustado de cualquier cosa que se moviera, como la flechita con que se reconoce el puntero del ratón en la pantalla de un ordenador. Visto *a posteriori*, lo mejor que podrían haber hecho es ponerle una inyección para que se durmiera, al menos por un tiempo, y podrían haberlo dejado descansando en una habitación en ese estado comatoso. También podrían haberlo encerrado sin anestesia en una habitación, pero entonces habría tenido natural y muy comprensiblemente la sensación de que se le estaba arrebatando algo mientras oía claramente todo el tumulto y los gritos. Lo mejor y lo más humano habría sido sacrificarlo, porque fuera donde fuese que lo llevaran, ya nunca llegaría a acostumbrarse. Quizá una mudanza para un animal sea lo peor, mucho peor todavía que para las personas, en vista de que los animales no sienten apego tanto por las personas como por los lugares, mientras que son las personas quienes a los ojos de esos animales deciden repentinamente como locos peligrosos a qué relación afectiva se le debe poner fin o no.

La mujer que hacía poco había recobrado la soltería, que estaba a punto de abandonar junto con su ex el apartamento en el que tú ibas a instalarte, no se atuvo a lo acordado y con la mirada puesta en su equipo de mudanzas, del que no sé si eran profesionales o parientes (lo uno no excluye lo otro, es evidente), te negó el acceso al elevador de carga que regresaba vacío. A ella la apoyaba de manera inesperada su antigua suegra, que había abandonado expresamente la jaula del camión para involucrarse en el debate. Ambas estaban de acuerdo en que para todo el mundo lo mejor era que antes se sacara todo del apartamento, primero las cosas de la mujer y luego las cosas del hombre. Porque entonces no sólo podían ellas (o al menos sus representantes) partir a sus nuevas casas, liberándose así espacio tanto en la calle como en la quinta planta..., sino que también transcurriría todo con mucha mayor fluidez en el gran ventanal, ya que sólo tendrían que salir muebles en una dirección única y ninguna cosa más, propiedad tuya, debería volver a entrar en la dirección contraria.

Pronto resultó que las negociaciones se estaban produciendo por encima de vuestras cabezas y las estaban llevando a cabo los equipos de mudanza, que sin escuchar a las mujeres parecían reñir una lucha propia, que ya habían comenzado seguro en ocasiones anteriores. Para todo el mundo era sábado y todo el mundo quería irse a casa tan pronto como fuera posible. Al cabo de un tiempo, no pudisteis más que contemplar cómo se peleaban entre vuestras posesiones sobre quién podría utilizar el primero y quién el último el elevador de carga y quién ahora —porque, es obvio, guardaba relación con todo y ése había sido el comienzo real de la disputa— podría ser el primero y el último que se fuera de este lugar.

Quizá —lo que pasó en realidad se me escapa porque yo no paraba de subir y bajar constantemente, como un reloj de arena al que se le da la vuelta de manera automática cuando ha caído el último grano— fuera durante un momento de distracción de uno de los equipos cuando el otro equipo había logrado colocar un objeto en el elevador que regresaba, casi de pasada, como si se tratara de una de esas hojitas amarillas para apuntar notas que pegas en la espalda de alguien para etiquetarlo de una manera denigrante. Así vi desde la quinta planta cómo tu frigorífico subía despacio y, gesticulando, te pregunté a ti, que estabas abajo, si se trataba en efecto de una parte de tu ajuar. Tú lo confirmaste sonriendo todavía. Cuando el elevador llegó arriba y el frigorífico se erigía como un témpano blanco a la altura del alféizar en la quinta planta, el equipo de mudanzas de la parte contraria se encolerizó, porque en el suelo de delante del alféizar ya habían acumulado una cama, un ultracongelador, una regadera grande, una palmera de la altura de un hombre, una librería, un reflector y un saco de boxeo sobre un soporte de hierro fundido. Para que tu frigorífico accediera hasta el apartamento, esas cosas debían volver a retirarse hacia atrás una a una. A uno de los empresarios de mudanzas se le escapó un alarido grave y con el brazo derecho extendido señaló hacia abajo mientras gritaba también las palabras que iban dirigidas a ese lugar, junto con un par de maldiciones y un taco. Uno de tus empresarios de mudanzas dijo algo en francés que yo no comprendí: fue el hombre que por la mañana no había querido salir de la cabina, pero que ahora se involucraba pasionalmente en el disputa.

En resumidas cuentas, por un lado se empujaba el frigorífico para que el

aparato no dejara el elevador de carga y se diera de nuevo la vuelta hacia abajo y, por el otro, se tiraba del frigorífico, en virtud de la consideración de que, ahora que éste había subido tan alto, podía entrar igual de bien al apartamento. Ya no recuerdo exactamente cuál fue el papel que representé en el forcejeo. Mi convicción era que el frigorífico de momento podía quedarse mejor donde estaba: primero había que negociar, antes de que se hicieran más gestiones. A mí me aterraba la posibilidad de que se dañara, porque no había pasado ni un año desde que te compraste el electrodoméstico, porque desde el punto de vista ecológico era perfecto y porque también un daño, y desde luego su destrucción, provocaría un desembolso urgente que, también por los enormes gastos en aumento que lleva consigo una mudanza y por el precio considerable del alquiler del nuevo apartamento, habría podido arruinarte. Pero ¿cómo puedes empujar o tirar de un objeto, tú solo, para mantenerlo en su lugar?

Fue entonces cuando el perro, al que todo el mundo le había perdido de vista debido a la bronca y que, probablemente, me había seguido hasta arriba y, según supongo, había ido a sentarse en el alféizar o en uno de los muebles que estaban esperando su turno, se vio involucrado en la refriega y se cayó hacia fuera y también hacia abajo por la gran abertura de alféizar bajo, por el gran orificio de la ventana cuyas hojas lo más probable es que no estuvieran cerradas. Sucedió a mis espaldas, no puedo decir cuáles fueron las circunstancias exactas, primero oí un par de gritos en la planta baja y no supe de la desgracia hasta que el perro ya se había estrellado. El resto de la mudanza transcurrió sin problemas dignos de mención.

*

Cuando llegaron tus padres ya era de noche, estaba nevando de nuevo y todo estaba tan admirablemente perfecto que el luctuoso incidente habría podido muy bien callarse. Incluso fue difícil no hacerlo, porque tanto tu madre como tu padre se pusieron enseguida a trabajar, sin querer recibir atención antes o sin querer hablar o querer que les hablaran mucho. Tu padre se puso a montar armarios que un par de días antes había desmontado y que él mismo años atrás había ensamblado. Fue increíble ver cómo al cabo de un par de horas unía, atornillando y clavando, una pila de tablas y planchas que no guardaban

ningún parecido entre sí y que cualquiera habría tomado por leña, transformándolas en muebles de buen funcionamiento e incluso bonitos, aunque tuvo que admitir que, debido a la mudanza, se habían dañado un par de piezas y ningún armario volvía a encajar con simétrica perfección. Tu madre, como un doctor de la sección de primeros auxilios, llevaba consigo un maletín portátil que podía pasar por una versión en miniatura de su armario de limpieza y que la capacitaba para convertir tu cocina —la que apenas hacía un par de horas era tu cocina— en la suya. Era como si no pudiera dejarte el espacio, la encimera, el fogón, el horno y los armarios a ti sin más, como si ella tuviera que interponerse entre el inquilino anterior y tú, haciendo desaparecer drásticamente las huellas de la presencia de ese inquilino.

No sé si van a leer esto; si se sigue el curso normal de las cosas, sus ojos nunca llegarán a ver este texto porque, como supongo que es el caso en muchas familias, tus anteriores parejas apenas se mencionan si no es para degradarlos en favor de tus nuevos novios. Si no ocurre nada espectacular con el resultado de lo que estoy haciendo aquí —todavía es posible que sucedan cosas espectaculares con un libro, a veces pasa, un par de veces por década—, no llegará hasta ellos su existencia y probablemente sea mejor así, aunque lo contrario no supondría ninguna catástrofe y a ellos no les sorprenderá ni escandalizará muchísimo, creo. Sólo las frases anteriores, por tanto, los pasajes en los que ellos forman parte del asunto, pueden causar conmoción, no porque vayan a sentirse ofendidos, sino porque se creerán con derecho a saber lo que pensaba de ellos y porque, partiendo de esos pasajes, comprensiblemente, pero no del todo con razón, también verán o querrán ver reflejada tu postura con respecto a ellos. En cualquier caso, admito que de un modo infantil confío en que lamentarán mi ausencia, no tanto en su vida como en la tuya. Yo nunca les he aportado mucho y, sólo por eso, nunca han llegado a significar mucho para mí.

Se esperaba, la tarde tras la mudanza, que yo los recibiera solo en tu nuevo apartamento, al que nunca habían entrado. Poco después del accidente con el perro se produjeron durante un rato reproches entre todas las partes implicadas, en todas las posibles direcciones, hasta que quedó claro que era cosa de locos señalar a un culpable y, a partir de entonces, se aceptó en silencio que había sido un lamentable accidente. Al menos nunca se habló de

compensaciones, multas, compañías de seguros o litigios. Quizá sucediera después, no lo sé, yo ya no estaba allí, después tampoco pregunté y tampoco salió nada de ti de manera espontánea.

El perro había aterrizado con la cabeza en la acera. Al fin y al cabo, a un perro no se le concede la prerrogativa de caer siempre de pie, como a un gato. Debió de haber muerto en el acto y su cuerpo no estaba excesivamente dañado, en cierto sentido yacía allí apacible. Tras el primer choque y los primeros reproches, se produjo un silencio y nadie se atrevió a seguir con la mudanza. La suegra volvió a sentarse en la cabina del camión. Tu frigorífico se quedó arriba en la plataforma del elevador. Fue justamente la mujer que iba a dejar el apartamento la que rompió la quietud. Con una mueca convulsiva en el rostro, se puso a recoger los restos del perro muerto con el recogedor y la escoba para después depositarlos en un saco de basura medio lleno, mientras todo el mundo contenía la respiración. Sigo sin saber todavía qué me parece peor y más difícil de olvidar: que el perro haya muerto o que la mujer haya tirado el cadáver a la basura tan serena y fríamente. A veces estoy seguro de que lo estaba escenificando todo... ¡Qué inverosímil sería y con cuánta inventiva ella lo habría encajado todo en ese caso! Casi es imposible que se hubiera producido sin cómplices, aunque no es imposible que lo hubiera considerado necesario, ya fuera o no en un arrebató del momento. Tal vez no se permitieran animales domésticos en su nueva vivienda; tal vez quisiera preservar de animales su nuevo habitáculo y empezar de cero; tal vez su nuevo amante fuera alérgico a los perros; tal vez este animal le recordara demasiado a su anterior amante; tal vez supiera que el perro nunca podría acostumbrarse a la nueva casa y fuera un acto de compasión que ejecutó sólo con pena, de manera poco elegante pero, precisamente por ello, muy resuelta.

Siguió sin moverse nadie —y yo no habré sido el único al que le asaltaron esos pensamientos y suposiciones— hasta que ella dio la señal de continuar. Primero, se hizo lugar tras la ventana para que tu frigorífico pudiera introducirse de manera segura y, después, el elevador de carga volvió a subir y bajar una decena de veces. Entonces, una vez que se habían bajado todas sus pertenencias y las pertenencias del hombre con quien había convivido, pudieron subir las tuyas.

Una poltrona grande en la que yo solía descansar muchas veces, ya fuera o no en tu compañía inmediata, no se subió. En la anterior mudanza, años atrás, una amiga te había dejado prestado este mueble y, aunque entre tanto se le había olvidado, la mudanza hizo que lo recordara y exigió su devolución. Por eso tuviste que indicar al equipo de mudanzas, con un camión vacío a excepción de esta poltrona, el camino que llevaba a la casa de tu amiga en uno de los suburbios de Amberes.

Junto con tu hermana y su novio estuve esperando tu regreso y, por de pronto, empezamos a dispersar por las habitaciones algunos muebles de manera provisoria, hasta que me di cuenta de que, salvo una lámpara de escritorio y una lámpara de pie, no había ninguna forma de iluminación eléctrica en el nuevo apartamento. Probablemente con la intención de evitar por completo que el otro se largara con algo, la pareja que estaba en vías de separación había quitado cualquier fuente luminosa, incluso la bombilla pelada más pequeña.

Sobre la ciudad fue descendiendo despacio un cielo de nieve gris del que, de momento, no se escapaba nada, instalándose más bien por encima de las casas como un techo rebajado. La edificación al otro lado de la calle era unas dos plantas más baja, por lo que el cuarto de estar tenía vistas al multiforme y caótico paisaje de tejados de Amberes, que ni por asomo constaba sólo de tejados, sino también de antenas parabólicas, instalaciones de aire acondicionado, torres de iglesias, capillas, carteles publicitarios y luces de neón. No pasaría mucho tiempo antes de que ya no pudiéramos ver ni torta. Tal vez recuerdes que te llamé por teléfono entonces, y en mi recuerdo rechazaste en esa ocasión, no sólo por innecesaria, también por molesta, mi propuesta de ir a comprar en una tienda de bricolaje, antes de que cerraran, casquillos de emergencia para bombillas, porque, en primer lugar, había suficientes lámparas de pie que podían conectarse a un enchufe y porque, en segundo lugar, tenías cosas bastante distintas en la cabeza en ese momento. Tras cuarenta minutos de búsqueda seguía resultándote imposible localizar la casa de tu amiga en la periferia antuerpiense.

Por propia iniciativa fui con tu hermana y su novio a la tienda de bricolaje para hacer algunas compras. No mucho tiempo después, ellos se marcharon y ésa fue la última vez que los vi, aunque reparé en el novio de tu hermana hace

un par de meses en la butaca de un teatro en Bruselas, en una representación de una obra de teatro que estaba basada en la novela *Gregoria*, de Maurice Gilliams. Hice todo lo posible por evitar un encuentro, entre otras cosas porque, naturalmente, no estaba seguro de que siguiera en contacto con vosotros y porque yo, en ese caso, ya sólo por mi aparición, no quería traerle a la memoria recuerdos desagradables. Si se interesaba por una versión teatral de la dolorosa historia conyugal de *Gregoria*, podría ser que ese novio también tropezase algún día con esta queja editada en forma de libro y así se me ofrecería de nuevo otra posibilidad de llegar tal vez hasta ti, también a través de él.

A continuación, coincidimos los dos cerca de tu apartamento —tú habías regresado con el autobús municipal— y caímos el uno en los brazos del otro ante la puerta de entrada del edificio. El ascensor descendió, como siempre en ese inmueble, con un sonido y un gemido que eran más bien propios de los astilleros, como si con ellos fueran aparejados desplazamientos de aire ásperos y concentrados y se debiera avisar al amplio entorno de las subidas y bajadas de la cabina. Para combatir la oscuridad, que entre tanto había descendido por completo, enchufaste después a la red eléctrica una lámpara de pie que iluminó la sala de estar sólo durante unos pocos segundos, tras los cuales la bombilla saltó en pedazos. La pequeña lámpara de noche que quisiste encender resultó imposible de encontrar: o bien se había perdido y estaba ahora en la casa nueva de la mujer que había dicho adiós al apartamento, o bien te la habías dejado de momento en tu anterior apartamento, junto con otros cuantos objetos y plantas frágiles.

Estábamos como fantasmas el uno frente al otro y nuestros contornos sólo eran visibles gracias a la luz sobrante que transmitía la ciudad y que encontró un camino hacia el interior. No quedaba otra que cortar la electricidad para así poder empalmar los casquillos de emergencia sin peligro de muerte. Dispersos por el apartamento —dos en el cuarto de estar, uno en el vestíbulo, la cocina y en tu dormitorio—, empalmé con un insólito orgullo, por tanto talento y dinamismo prácticos, los baratos armazones de plástico a los extremos de la red eléctrica que saltaban a la vista saliendo de las paredes y de los techos como delgados dedos índices, empapándose así de pronto toda la quinta planta con un resplandor dorado. Me pregunto cuántos de esos

casquillos seguirán funcionando todavía hoy en día, cuántos habrás sustituido por capuchones más laboriosos, realizados con cristales de colores, por ejemplo, o coronados con soportes acabados en tela en la que se aprecien motivos florales entretejidos, o que estén rodeados por conchas de vidrio esmerilado. Lo dudo: puede que los dejaras colgados, sin prestarles mayor atención, pero también puede que los hayas sustituido todos porque te hacían pensar demasiado en mí y en mi deseo persistente y entrometido de arrojar luz sobre las cosas esa última noche. Lo más probable es que ya no hayas vuelto a reflexionar sobre el asunto de manera consciente, que se haya fundido una bombilla y que todavía no la hayas sustituido, que hayas encargado a tu padre coronar dos lámparas con capuchones revestidos de tela azul oscuro y que los dos ejemplares que quedaban sigan funcionando todavía como es debido... y, por tanto, ya no te hicieran pensar en mí.

No vimos lo mucho que nevaba hasta que se hizo la luz y oímos el timbre que anunciaba la llegada de tus padres.

*

Entre tanto, ya iba siendo hora de ir a recoger el resto de los enseres de tu antiguo apartamento. Tu padre se ofreció repetidas veces a hacerlo con el coche, pero tú no querías de ninguna de las maneras: era demasiado peligroso conducir cuando nevaba tanto. Por otra parte, no estaba tan lejos y, además, sólo se trataba de un número limitado de objetos frágiles que podíamos llevar sin problemas y trasladar a pie. En la cocina te llevé a un aparte para insistir en que aceptaras la oferta de tu padre: no se podía minimizar la distancia, como tampoco la diversa cantidad de objetos que aún debían ser trasladados. Tú dijiste que tu padre ya había hecho más que suficiente y que preferías pedirle el menor número de cosas absurdas posible.

Así pues, fuimos paseando a pie por las calles del norte de Amberes al apartamento más pequeño, en el que había pasado innumerables noches, días y horas, casi siempre contigo al lado, aunque a veces también solo. La nieve que había caído durante los días anteriores se había consolidado formando una fina capa que ahora, como una masa de repostería endurecida, era rociada demasiado tarde con una capa caliente de azúcar blanco. Fuimos abriéndonos camino entre, sobre y a través de este revestimiento natural pero insólito del

interior urbano, yo delante y tú con tu madre arrastrando los pies suavemente unos tres metros por detrás de mí. Una sola vez tuvisteis que buscar mutuo apoyo riendo para no dar con vuestros huesos en el suelo.

Cuando volví a ver de nuevo el interior del apartamento vacío, a excepción de un par de objetos, no podía creer que fuera éste el sitio al que había venido a visitarte durante todo este tiempo, que hubiera estado aquí de invitado, que éstos fueran los espacios que tú habías aportado al almacén de lugares donde nuestro amor fue desarrollándose como dentro de cuartos oscuros... y que, además, éstas fueran las habitaciones en las que habías residido cuando no estabas conmigo. No podía creerlo, no porque ya no reconociera el apartamento ahora que se veía desprovisto de todos los muebles y de todos los trastos, sino porque lo reconocía demasiado bien, porque ahora podía mirar por primera vez a la cara su carácter pequeño y miserable, y debía mirar de frente lo que durante todo este tiempo no había visto en sus ojos maquillados: una vivienda que no sólo no era mía, sino que tampoco habría podido llegar a serlo nunca. «Por suerte —pensé, no sin alegría—, no ocurre lo mismo con tu nuevo y futuro apartamento».

Ya teníamos todos las manos llenas: yo llevaba sólo un pequeño tiesto esmaltado con verdes y rizadas lágrimas de ángel, como se denomina esta planta de manera tan ingeniosa, mientras que tu madre había cargado, con un celo rayano en el masoquismo, con un perchero, una ponchera, una caja de naranjas con jarroncitos de cristal de varios colores y tres latas de maíz, un sombrero y un frasco grande de limpiador multiuso, llevando, además, colgado a la espalda con una cadenita de hierro alrededor del cuello un espejo, como si fuera medio hombre anuncio, de manera que podía verme reflejado en su silueta con mi poco agraciada carga.

Por eso me sentí casi aliviado cuando, tras una puerta abierta, me topé con una esbelta palmera de momento olvidada que, naturalmente, se me adjudicó a mí, mientras que las lágrimas de ángel encontraron un lugar en la ponchera portada por los poderosos brazos de tu madre. Tú llevabas una caja de cartón grande con la valiosa vajilla que había pertenecido a tu bisabuela y de cuyas piezas yo había roto, muy a mi pesar todavía, un platito de postre.

Así volvimos a salir y, para nuestra sorpresa, ya no nevaba. Había empezado a llover, gotas pesadas y sustanciosas de agua gélida, como los

trozos del llamado hielo picado con que se enfrían y aguan al mismo tiempo los cócteles estivales. Pronto me quedé rezagado, porque cada diez pasos debía detenerme para dejar un rato la planta en el suelo, de manera que los músculos de mis brazos y sus correspondientes tendones no se rompieran con un chasquido como gomas elásticas y mis dedos sin enguantar no se congelaran como polos rojos. Consideré la posibilidad de alcanzarte con cautela y pedirte otra vez que llamaras por teléfono a tu padre. Podría haber cogido el tranvía, pero en muchas leguas a la redonda no podía divisarse parada alguna. Entonces volví a ver la férrea fuerza de voluntad con que tu madre avanzaba y admiré cómo el alumbrado público resplandecía junto con la lluvia en la armadura espejeante con que se hallaba cubierta la espalda. Vi cómo tú también perseverabas, cómo el anuncio de neón de una tienda de kebab te alumbraba de manera pálida el rostro, y no pude sacar en claro si mi carga era tan extremadamente pesada o mi capacidad de carga era tan ridículamente escasa. Esa duda fue la que me llevó a tu nuevo apartamento, donde vosotras, cuando yo llegué, acababais de partir hacia arriba con el ascensor lloriqueante.

Esa misma noche, más tarde, en tu cama, nos comimos una bolsa grande de patatas fritas y después nos quedamos dormidos. El frío me despertó y tampoco conseguí entrar en calor durante el desayuno, aunque tú ponderaras continuamente el ambiente agradable de tu nuevo apartamento y, asombrada pero contenta, contabas que los gastos de calefacción serían mucho más reducidos.

Te propusiste pasar primero la aspiradora a fondo por el apartamento..., un plan del que yo dudaba, y te lo hice saber en voz alta, porque sólo quedaban disponibles para desempolvar unos tres o cuatro metros cuadrados de superficie de suelo en toda la vivienda, debido a los cientos de cajas de cartón y a los innumerables muebles a los que todavía no se les había adjudicado ningún lugar. Reivindicaste la prerrogativa de poder abordar las cosas a tu manera, algo que, como es natural, no me quedó más remedio que concederte. Suponiendo ofrecer una perspectiva en el punto de fuga lo suficientemente lejana como para poder considerar completado el conjunto de la mudanza, sugerí que ya era hora de —y que incluso podría ser agradable— preparar la fiesta de Nochevieja, que desde luego podía celebrarse en esta

fabulosa nueva sala de estar, pero antes deberíamos ir invitando a amigos si queríamos encontrar amigos que estuvieran disponibles para las festividades.

«Ya estoy cansada de hacer planes —me dijiste sin deliberarlo contigo misma mientras estábamos en el vestíbulo de tu nuevo apartamento—. Siempre tienes que estar haciendo planes y sabiendo de antemano lo mejor posible lo que va a ocurrir. Ni siquiera te basta con saber lo que va a ocurrir y preferirías determinar lo que va a pasar. Nunca puedes dejar que las cosas sigan su curso y esperar tranquilo a lo que venga. Me parece que debería seguir siendo posible no ver proyectado ya lo que hay para mañana en la agenda. Me parece incluso muy guay ir por la vida de esa manera. Pero, como tú quieres ver predestinado todo el día hasta el cuarto de hora y a veces incluso hasta el minuto, debo observar siempre *resignada* cómo eres tú quien elige antes, arrebatándome a mí toda iniciativa. Como quieres decidir lo antes posible, tú eres quien decide todo y yo no decido nada. Así nos pasamos la semana anterior por casa de tus padres porque no cesabas de insistir en que teníamos que ir a visitarlos, mientras que yo, la verdad sea dicha, tenía otras cosas mejores que hacer que ponerme a elaborar pan de jengibre junto con tu madre y, a continuación, comérmelo porque San Nicolás iba a llegar dentro de poco a la ciudad. Sin embargo, así ocurrió porque tú no te atreves a llevarles la contraria a tus padres, y, como tú sí tenías ganas de ir, también debía yo tener ganas entonces. Esta vez todo va a ser muy distinto, te lo aseguro, y esta vez no decidiré *hasta el mediodía del trigésimo primero de diciembre* cómo quiero pasar el fin de año. Debe ser algo que surja de manera espontánea y las personas con las que me rodeo sienten también una predilección semejante por acontecimientos y encuentros espontáneos, de modo que ya iremos viendo simplemente con calma y sin forzar nada unas horas antes quién está disponible y quién puede tener ganas de celebrar el año nuevo (sin obligaciones o sin sensación de obligatoriedad), mientras que nosotros ni siquiera lo celebraremos o lo presentaremos como tal, sino que simplemente lo consideraremos una reunión amena que podría producirse en una noche cualquiera, pero que tampoco en ese caso se reservaría de antemano. Si determináramos ya ahora lo que va a pasar en Nochevieja, perdería toda la ilusión. Para ti es justo lo contrario. Mientras que tú sólo puedes experimentar placer si se ha anunciado con cuarenta y ocho horas de

antelación (o, a poder ser, cuarenta y ocho días o incluso cuarenta y ocho semanas), semejantes planificaciones a mí sólo me producen desgana e incluso repugnancia. Lo mismo vale para esta mudanza y la manera en que quieres ordenar mi apartamento. Todo ha salido, en realidad, a pedir de boca y sin problemas; salvo un par de detalles, no he hecho nada equivocado y todo ha llegado perfectamente a un buen fin, a pesar de los miedos y preocupaciones. Todo el mundo me ha ayudado mucho, tú también, te lo agradezco enormemente, al igual que les estoy muy agradecida a mi hermana, a su novio y a mis padres. Si ahora echo la mirada hacia atrás por un instante, veo que es sobre todo mi padre quien me ha ayudado *muchísimo*, debes reconocerlo. ¿No es mi padre un hombre fantástico? Sin quejarse ni una sola vez, volvió a ensamblar con una flexibilidad y alegría admirables pero completamente naturales todos estos armarios de aquí en un santiamén. Además, su alegría no es fingida. Por ejemplo, estoy segura de que mi madre estará contando a mis espaldas toda clase de cosas malas sobre mí y sobre mi nuevo apartamento, mientras que mi padre *nunca* haría algo así, y tampoco es que sienta la necesidad. Mi padre siempre me ha apoyado y, sin su apoyo, nunca habría llegado a *nada* y todavía seguiría sin llegar a *nada*. Su fe en mí es grandiosa e incondicional, nunca he recibido de él ninguna crítica, siempre se ha visto liberado de la necesidad de criticar..., más aún: siempre me ha considerado excepcional, *excepcionalmente dotada* y *excepcionalmente preparada* para organizarme la vida de una manera espontánea y elegante. Recuerdo que, cada vez que me despedía de él cualquier día laborable normal o al final de una visita que les hacía el fin de semana, me aclamaba como a una atleta que comenzaba un maratón de veinticuatro horas de duración. Su fe es ilimitada y sus estímulos son grandiosos. Es el hombre más optimista y alegre que conozco, y la desesperación no tiene cabida en su vocabulario. Tú mismo has visto ya un par de veces cómo, tras una visita, se despide gritando: “¡Venga, vamos! ¡Lo estáis haciendo muy bien! ¡Seguro que os dan el Premio Nobel!”. Bueno..., ahora me gustaría echarlo todo a un lado despacio con la misma maniobrabilidad y la misma alegría de vivir y sin atosigarme, y si a mí, en este momento, me parece conveniente pasar la aspiradora, no hace falta que me ponga a averiguar primero o a argumentar por qué es así, ni tampoco hace falta que me ponga a deliberar contigo si podría llegar a ser una

buena idea, ¿no? Así pues: échate a un lado, por favor, porque estás en un trozo de suelo por el que me parece que debo pasar la aspiradora.»

Entonces decidí con toda discreción que, en efecto, era mejor dejarte ordenar con toda tranquilidad y toda satisfacción tu nueva morada y ese domingo por la mañana regresé yo a la mía.

*

Hace ya algún tiempo que Ratoncito se ha ido, es casi medianoche y, cuando es de noche, le gusta estar fuera. Es difícil decir por qué, tal vez se haya convertido en una costumbre salir de casa por la noche en vista de que mis amigos duermen... y en vista de que dormir es algo que debes hacer solo, algo para lo que no necesitas compañía y algo en lo que tampoco puedes acompañar, en lo que el contacto es imposible y algo que incluso desaparece por cualquier forma de contacto. En cualquier caso, él no ha considerado necesario esperar hasta que yo hubiera acabado, aunque se acerca el final y quizá también el desenlace. Él no comprende nada de lo que hago, no existe para él, ni siquiera años de entrenamiento o condicionamiento podrían hacer que lo sintiera como una cuestión familiar. No necesita enterarse de nada, no hace falta que nadie lo ponga al corriente de nada, para un animal como Ratoncito no hay diferencias de nivel, ningún grado de conciencia, información o comunicación.

Salvo por un par de detalles, tampoco te he contado nada que tú no supieras ya, pero, desde luego, no soy tan ingenuo de creer que estarás de acuerdo conmigo en todos los aspectos. Por un lado, sencillamente quiero ponerte al corriente sin segundas intenciones de lo que creo que ha ocurrido, aunque, por otro lado, el hecho más importante consiste en que ya nunca podremos redactar un informe unánime de los acontecimientos, que ya nunca estaremos de acuerdo sobre nada, que siempre nos encontraremos en diferentes corrientes, por mucho que lo intentemos.

¿Es éste entonces un intento desesperado, un monólogo por mi parte, para registrar lo que ha ocurrido, para imponer lo absurdo, lo real y lo prolongado de esos acontecimientos, primero a ti y luego a todos los demás, no tanto para encauzarte a ti en la misma corriente como para lanzarte este informe por encima de los hombros como una manta pesadísima, de manera que te

empequeñezcas bajo ella lo máximo posible? ¿He intentado poner un poco en orden mi higiene mental y emocional, de tal forma que este orden debe producirse a tu costa? ¿Es ésta mi manera de tomarme venganza, casi un año después de los supuestos acontecimientos? No lo creo, porque entonces habría podido escribir una carta normal y esto no es ninguna carta, tampoco es una carta basada en la ficción o una novela epistolar, una novela que sólo consta de cartas escritas por el protagonista o remitidas a él. Si esto fuera una carta, aparecerían aquí cosas muy distintas, en ese caso no haría falta que me preocupara por que otras personas pudieran leerla, algo que sí me preocupa ahora..., y lo que es aún más importante: si esto fuera una carta, una carta de verdad, una forma de dirección única entre tú y yo, entonces yo creería en lo que he escrito, entonces pensaría que conozco la verdad entre nosotros y que es de esa verdad de lo que debo ponerte al corriente. Como no conozco esa verdad y sólo puedo suponerla —a veces creo que la verdad es más triste de lo que está anotado aquí, a veces creo que es precisamente lo contrario—, esto no es una carta y no podría escribirte tampoco ninguna carta a ti, aunque desde el año pasado lo haya intentado cientos de veces, pero nunca he llegado al final de esa carta ni tampoco he podido echar nada al buzón.

Hay un bonito *sketch* de un cómico belga no en exceso inteligente; se llama Gaston Berghmans, la calidad de su obra es a todas luces mediocre y, a pesar de que él forma parte de la cultura televisiva en su mayor parte chabacana y fatal, lo preferiría por encima de todos los cómicos jóvenes cuyas actuaciones consisten en hacer tanto ruido obsceno como les es posible y que, además, a menudo no sólo se conforman con los escenarios de centros culturales, programas de televisión o festivales de música pop de los sábados, sino que también creen que deben expresarse en periódicos, revistas e incluso libros. El *sketch* al que me refiero tiene ya años de antigüedad, lo más probable es que Berghmans se lo haya robado a un cómico extranjero e incluso este extraño punto culminante forme parte injustamente de su producción insignificante. Yo había olvidado hasta hace poco el fragmento televisivo que había visto durante mis años de infancia, quizá ya ni siquiera exista (lo he buscado en internet, pero no lo he encontrado), y quizá me lo haya inventado, justo en los momentos en que he intentado escribirte una carta para contártelo todo y para dictar mi mensaje sobre ti como una

sentencia de culpabilidad en un juicio.

En ese *sketch* Gaston Berghmans interpreta a un hombre que está a punto de abandonar su vivienda y antes deja un mensaje en el contestador de su teléfono. Hasta mediados de la década de los noventa del siglo pasado, los aparatos telefónicos disponían de un contestador con una cinta de casete. El propietario del teléfono no sólo podía dejar en esa cinta un mensaje para las personas que llamaran durante su ausencia, sino que en esta cinta también podían grabarse mensajes de personas que tenían algo urgente que decir y no conseguían dar con el propietario por teléfono. Tú y yo, nosotros formamos parte de una generación que sólo conoce el contestador telefónico de forma virtual, al igual que otras tantas cosas que nunca podremos aferrar con las manos, sino que sólo podremos suponerlas, como una hilera de aire entre las nubes. Así la carta tampoco ha sido nunca una parte esencial de nuestras vidas, porque, cuando por fin éramos adultos, ya no se escribían cartas, en cualquier caso ya no entre los individuos particulares, naturalmente sí entre empresas, servicios, instituciones y personas, pero entonces sólo para difundir comunicados que siempre pueden resumirse en un puñado de cifras, y cuyo único objetivo es la transacción de dinero. El contacto intensivo en forma de lenguaje escrito que es propio de la correspondencia epistolar ya no existe..., en su lugar aparecen palabras y gritos en pantallas, pantallas que, por igual, y casi siempre a la vez, pueden contener fotografías de cuerpos desnudos o desgarrados en jirones por disparos, o resúmenes digitales de novelas voluminosas, o fragmentos de películas de clásicos mundiales, o que también con mucha frecuencia no suelen emitir nada y son sólo superficies oscuras, negras, espejeantes.

Nuestros teléfonos móviles disponen ahora de un contestador, pero eso se ha convertido en algo superfluo. Después de todo, nunca nos separamos de ellos y, en ese sentido, ya no nos encontramos nunca ausentes, por lo que ya no hace falta que nos representen grabaciones de nuestra voz, pues nuestra presencia siempre puede ser irradiada enseguida, da lo mismo dónde, para deshacer nuestra ausencia en cualquier parte. Por pura formalidad, pensamos un mensaje para el contestador: en un momento oportuno pronunciamos nuestro nombre y después podemos indicar lo que puede hacer el decepcionado llamador al oír la señal. Nunca hemos hablado del asunto, pero

el contestador de tu móvil no emite tu voz y, en el lugar donde debería oírse tu nombre, sólo puede oírse un zumbido como un tren que pasara retumbando. Me habría gustado volver a oír pasar zumbando ese tren una vez más, me habría gustado volver a sentir ese desplazamiento del aire en el rostro una vez más, aunque resulta imposible, porque sigue existiendo la posibilidad de que respondas al teléfono cuando llame y de que no se me invite, por tanto, a que grabe mi propia voz, sino que, por el contrario, tenga que hablar y ser oído enseguida.

Cuando Gaston Berghmans hizo ese *sketch*, un auténtico contestador automático con una cinta de casete era todavía muy habitual. El chiste consiste en que al hombre que está a punto de salir de casa no hay manera de que se le ocurra un mensaje para las personas que lo llamen durante su ausencia y, finalmente, ya desesperado, decide quedarse en casa. No puede llevarse consigo el aparato telefónico, porque está clavado a la pared; tiene un lugar fijo y la gente todavía no va sin cables por la vida. Lo que él considera infranqueable es la diferencia de tiempo entre el momento en que se graba el mensaje y el momento en que se escucha. Él tendría que decir algo así como: «No estoy en casa, pero deje su mensaje y le devolveré la llamada tan pronto como me sea posible». El problema es, naturalmente, que todavía está en casa cuando debería decir que ya no está en casa. En otras palabras, tendría que mentir y hacer una afirmación sobre el tiempo y sobre el lugar que en el momento en que se oiga y en que alguien sea puesto al corriente será verdad o al menos se tendrá por verdad, aunque no en el momento en que se pronuncia la frase.

De una manera semejante pero en realidad contraria tampoco puedo escribirte ninguna carta anticuada, primero, porque lo que ahora pienso o siento se habrá vuelto dudoso tan pronto como lo haya escrito y, en segundo lugar, porque la idea de que tú seas la que vaya a leer esta carta, en tu nuevo apartamento, que medio año después de que te hayas instalado en él sólo sigue siendo nuevo para mí, es suficiente para que me entre la inseguridad por enésima vez. Si todavía pudiera hablar contigo o dirigirme a ti, ya no sería necesaria ninguna carta. Por eso he roto en pedazos todas las cartas, al igual que el hombre en el *sketch* de Gaston Berghmans borraba todos los mensajes de la cinta de casete..., y por eso ha surgido esto como una

comunicación para ti que, sin embargo, puede leer el mundo entero.

*

Esto no es, por lo tanto, ninguna carta y tampoco ningún mensaje en un contestador, sino un libro, una manera de dirigirse a las personas de un modo embustero sin que les suponga un problema y sin que se den cuenta de que no tienen ningún contacto directo con el momento o con el lugar en que se ha escrito el libro, no digamos ya con el autor que lo escribió.

Una de las decenas de excursiones que hice contigo y que terminó de manera catastrófica tuvo como destino la Feria del Libro de Amberes, donde los libros yacen esperando en largas filas, los unos junto a los otros, a que alguien quiera llevárselos.

Recuerdo que antes de ir a la Feria del Libro —habíamos conseguido invitaciones para la velada inaugural porque tú, como ya queda dicho, colaborabas de manera voluntaria en una antología de ensayos recientes sobre modelos de vivienda contemporáneos— preparaste el único plato que sabías y querías preparar con placer y orgullo (dudo en emplear aquí el tiempo presente, en vista de que tal vez ya hayas aprendido a cocinar, entre tanto, otros platos): espaguetis con queso, guisantes y maíz..., un plato sobre el papel terriblemente seco y elemental que, sin embargo, me dejaba pasmado una y otra vez cuando lo probaba por lo rico que estaba y el detalle con que lograbas prepararlo. Después nos dirigimos en tranvía de tu lado de Amberes al otro lado de la ciudad, hacia donde las personas afluían con todos los medios de transporte posibles. Tan pronto como hubimos entrado en el edificio, me asaltó un ligero malestar que muy lenta pero segurísimamente, en un período de hora y media, se agravó hasta que ya no lo soportaba más y tuve que salir afuera, contigo pisándome los talones, y buscar protección tras un pequeño seto que bordeaba un aparcamiento de bicicletas muy pequeño para vaciar con brusquedad el contenido de mi estómago, mientras que tú, con la cabeza ligeramente vuelta, dejabas reposar tu mano en mi hombro a modo de apoyo, sorprendiéndote por el ruido que yo hacía, amplificado como estaba por la caja de resonancia de mi cuerpo. Quizá esa tarde comí con demasiado entusiasmo tus espaguetis de género único; quizá el calor, el trajín y el desordenado y traqueteante viaje en tranvía me indispusieron; quizá fuera

demasiado para mí el espectáculo de todos esos libros junto con todos esos flamencos famosos que los habían escrito y que ahora se paseaban por allí firmándolos; quizá me viera abrumado por su absoluta superabundancia, la endeblez con que se han llevado a cabo y la insignificancia de la lectura a la que se prestan. No hay nada que haya conseguido cambiar ninguno de esos libros, ni siquiera en la vida del escritor y por supuesto tampoco en la del lector —se han elaborado de manera absolutamente inofensiva e inocua, desapegados de la disponibilidad y la utilidad existencial, entregados a las leyes del mercado y del entretenimiento, con asuntos superficiales como ingrediente, y que, como resultado, a los pocos días de la lectura ya se han olvidado, volatilizado o digerido—, como si todo lo que se ofrecía en esa Feria del Libro, en efecto, uno a uno, pudieran ser libros de cocina. No lejos se halla, por lo demás, el día en que se tendrá la honradez de convertir la Feria del Libro, abierta e integralmente, en una feria de libros de cocina en la que se suprimirán todas las pretensiones, ambiciones y buenas intenciones, y sólo se permitirá el acceso a personas que se hayan resignado por fin al hecho de que se diferencian de los animales en el refinamiento con que preparan su comida, eligen su ropa, pintan sus casas y planifican sus viajes. No podía ser de otra forma que en semejante lugar me pusiera enfermo.

Como tenía el estómago trastornado de tal modo y tampoco podía sentirme aliviado de ninguna de las maneras, ya sólo la perspectiva de ser transportado resultaba insoportable. No podía moverme sin que fueran mis piernas las que generaran ese movimiento, así que coger un tranvía o un taxi, o incluso el transporte ilegal en el trasportín de una bicicleta, debía quedar fuera de toda consideración. Comenzamos con lo que a mi modo de ver debe de haber sido el paseo por la ciudad más largo que se haya realizado nunca, empezando por el edificio de la Feria del Libro, el Boekenbeursgebouw, de la Desguinlei pasando por el Singel hacia la Amerikalei, después de la Britselei a la Frankrijklei hasta llegar a la Italiëlei, uno a uno tramos de camino con al menos un kilómetro de longitud, así hasta llegar a tu apartamento, que como es sabido ya ha dejado de ser tu apartamento. Incluso tardamos más de lo estrictamente necesario, es de lo que me he dado cuenta después y de lo que también se habrá percatado el lector que esté un poco familiarizado con la ciudad de Amberes, con todas esas avenidas o *leien* acumuladas de algunas

frases atrás..., pero no es grave, no me di cuenta entonces porque iba recuperándome muy despacio y tal vez fueran precisamente esos kilómetros de más los que me hicieron bien.

Nunca antes había contemplado la ciudad de esa manera, en semejante estado, con una conciencia tan agudizada como disminuida, siendo incapaz de hablar y sólo pudiendo avanzar con suavidad y cautela, mientras la Feria del Libro se alejaba cada vez más de nosotros, mientras yo de vez en cuando buscaba apoyo y lo obtenía en ti. Quizá fuera entonces, durante ese paseo, cuando pensé en llevar a cabo este texto: nunca haré algo así, cuando escriba un libro lo usaré y abusaré de él para mis propios propósitos, pensaré sólo en mí de la manera más egoísta posible, lo que no quiere decir que contendrá la verdad verdadera, sino que contendrá mi verdad por medio de acontecimientos y no la verdad de otra persona, que conservará algo de lo que he vivido y que también transmitirá algo a la persona con la que lo he vivido y por la que lo he vivido, y los diez, cien o mil lectores que se acerquen a mirar y que de vez en cuando se den inevitablemente por aludidos, aunque sólo sea por ese extraño pronombre «tú» que ha ido siendo esparcido por este texto como gruesos granos de arena, de esos lectores, ya existan o no, abusaré para mantener alta la ilusión de ficción y entretenimiento, mientras que todo lo que ocurra sólo será tanto fatal como ridícula seriedad. Tan fatal es la seriedad que ya nunca puede expresarse entre nosotros de la manera habitual, tan cruel es el resultado que para ello hay que trillar este sendero tortuoso e incluso debería crearlo destruyendo y fundiendo otros dos géneros, esta novela con forma de carta (verdaderamente adaptada a una sola persona y dirigida a una sola persona como una carta) y esta carta con forma de novela (igual de mentirosa y coqueta, pero persiguiendo a la mayor cantidad de lectores posible, como una novela).

*

He celebrado aquí el año nuevo, junto con mis amigos que ahora están ausentes, al igual que mi querido amigo Ratoncito, en la casa en la que ahora estoy y en la que se ha alcanzado el punto álgido de la noche. Tras la medianoche nos subimos a la primera planta, justo a la habitación en la que también ahora es más de medianoche, para ver los fuegos artificiales a través

del gran ventanal. Tan pronto como empezaron a sonar los primeros estallidos, Ratoncito se volvió loco y se puso a correr sin cesar de un lado a otro entre los diferentes pisos de la casa; le resultaba imposible detenerse. Cuando parecía que los fuegos artificiales se habían terminado, mis amigos y yo nos quedamos un rato junto a la ventana, con la copa de champán en la mano, y en el horizonte, entre los árboles y más allá de ellos, semejaba volver a romper un nuevo día, un resplandor rosicler se desprendía de la superficie terrestre y de las edificaciones. Es un fenómeno que ahora no se da, quizá fuera entonces excepcionalmente así porque todo el mundo andaba activo y despierto trajinando esa noche, como si la energía ensamblada de todas las fiestas de Nochevieja desprendiera luz.

Ratoncito pareció volver a calmarse después y buscó nuestra compañía, pero lo raro es que intentara buscarla a través de la casa de los vecinos. Se sentó en el zócalo del tejado plano de la primera planta y desde allí miraba anhelante al hueco de la ventana en el que estábamos. Era imposible que pudiera acceder a la casa de esa manera; podría haber saltado, pero se dio cuenta de que era demasiado arriesgado. Sin embargo, no se le ocurrió abandonar el tejado, entrar a través de la puerta trasera y luego subir por la escalera para unirse a nosotros..., una ruta que ya habría recorrido tal vez unas mil veces. Sin reflexionar, estaba sentado en ese zócalo y su maullido quejumbroso sonaba como la primera serie de sonidos del año nuevo con que se marca el tono y se interrumpe el grandioso silencio de después del desvanecimiento de los fuegos artificiales. Parecía esforzarse por decirnos algo, se le cerraban los ojos y estiraba el cuello con insistencia hacia delante con cada grito que lanzaba. Mis amigos intentaban indicarle la manera más fácil para llegar hasta nosotros, mostrándole con gestos de los brazos y estirando los dedos índices el camino que debía recorrer, pero él seguía allí sentado mirando sin comprender o, por el contrario, dando deliberadamente prioridad a la visibilidad, a la presencia inmediata, a la evidencia de la distancia más corta entre dos puntos.

No mucho más tarde, una horita, creo —quizá fuera, hace más de medio año, justo en el momento en que escribo—, fue la última vez en que te pusiste en contacto conmigo por propia iniciativa, y no tengo ninguna razón para suponer que se produciría rápidamente un cambio y que este mensaje tendría

continuación. De forma breve y concisa me deseaste un feliz año por SMS y, sin dudar, te reenvié esos deseos de una manera casi idéntica. Desde entonces ya nunca más has sido la causa de que el sonido de mi móvil me sorprendiera, desde entonces el sonido de tu voz ya nunca se ha grabado ni consignado hasta que, a continuación, pudiera escucharlo un ilimitado número de veces, ninguna letra pulsaste ya para que desapareciera digitalmente en mi dirección, desde entonces ya no has intentado contactar conmigo o comunicarme lo que fuera que quisieras contarme, aunque ese deseo sólo fuera fruto de un arrebato.

Eso no quita que hayamos hablado mucho después y que nos hayamos visto incluso, pero esas conversaciones o esas citas se han producido siempre porque yo las solicitaba, y esas solicitudes nunca fueron rechazadas por ti, sino que siempre has accedido con un admirable sentido del deber y a menudo me has acompañado, para matar el tiempo que pasábamos en mutua compañía, a librerías, cafeterías y tiendas de ropa. Aunque vivimos en una época en que el nombre de quien llama aparece en la pantalla del receptor (a no ser que el que llame haya modificado los ajustes de su terminal), siempre has atendido la llamada, si no la primera vez, sí después del segundo intento, y si alguna vez, en un caso excepcional, no atendías, me devolvías la llamada como muy tarde al día siguiente, con la pregunta inicial: «¿Me habías llamado?»... como si en absoluto quisieras que se produjera malentendido alguno: por lo que a ti respecta, ya no era necesario ningún contacto, de ninguna de las maneras podía sospechar yo que tuvieras ganas de llamarme por teléfono, tú sólo me devolvías la llamada por cortesía y humanidad después de que yo hubiera llamado, y, a juzgar por tu pregunta inicial cuando me devolvías la llamada, tampoco tenías la menor idea de por qué te había llamado y suponías que debía de haber un motivo claro —o incluso práctico— para llamar que, como para el actual intercambio epistolar, también podía resumirse con preferencia en un par de guarismos. Incluso aunque a veces haya dado esa impresión, nunca ha habido un motivo claro para llamarte. Un par de veces te he hablado de todo ello, de la completa ausencia de iniciativas por tu parte o, más dramático aún, de la completa ausencia de problemas o incluso el alivio extremo con que parecías reaccionar en mi ausencia, como si tu felicidad se hubiera iniciado tan pronto como pudiste dejar de tener que

buscar nuestra felicidad común y, diplomáticamente, has respondido entonces que te parecía demasiado pronto... , querías darme el tiempo y el espacio para asimilar nuestra despedida, era necesario que nos evitáramos durante un tiempo y, en vista de que nunca habíamos convivido, ni siquiera habíamos vivido en la misma ciudad, no resultaría, por tanto, tan difícil. Sin embargo, estoy seguro de que para ti no habría sido nunca demasiado pronto para cultivar conmigo una relación de amistad que de ninguna de las maneras habría sido atormentada o eclipsada por nuestra fracasada relación amorosa.

Recuerdo el momento en que me di cuenta y en que habría suscrito la lógica de esta postura y considerado digna de imitación, y pensé: el amor puede transformarse sin problemas en amistad. Yo estaba en el ascensor del edificio de apartamentos de Bruselas en el que nos habíamos alojado años atrás y me encontraba de camino al apartamento de mis amigos en la novena planta, el motor y unos cuantos cables de acero iban impulsándome cada vez más alto, miré al espejo del ascensor y sabía que arriba iba a participar de una fiesta en la que mis amigos darían a conocer en público no sólo su compromiso, sino también la feliz gestación de su primer hijo. Sonreí cuando evoqué todo lo que habías dicho de ellos —nada con lo que yo no estuviera de acuerdo, al menos en parte, pero tampoco nada que pudiera considerar problemático o insuperable— y sonreí aún más cuando pensé en cómo te pondrías a despotricar si te pusiera al corriente de las dos noticias..., o al menos: cómo te habrías puesto a despotricar si todavía, aunque fuera de un modo muy relativo, estuvieras unida a ellos sin yo saberlo. ¿Qué mierda podría importarte su estado civil o su embarazo? Sin embargo, me di cuenta entonces, muy lúcido y todavía suponiendo que de una manera razonable seguía controlando todos los aspectos de mi vida, de que debería intentar dejar atrás el fracaso de nuestra relación cada vez que me ponía en contacto contigo. Me di cuenta de que estaba siendo un coñazo y de que debía guardarme para mí mismo mi decepción, pena e ira, o tal vez sí expresarla, pero no directamente contigo.

Eso ha resultado imposible, por decirlo de manera suave, aunque al mismo tiempo, en estas páginas, de algún modo también se ha conseguido.

Durante años hemos estado recíprocamente en danza, siempre muy cargados, el uno de invitado en casa del otro, en tanto que de manera natural andábamos juntos en danza hacia un lugar que no era el hogar de ninguno de los dos, sino que era el hogar de otros en los momentos en que no encajábamos en la vivienda de ellos y su presencia sólo pendía en las habitaciones como un mensaje en el contestador telefónico, como un eco de algo que se ha dicho hace mucho tiempo. Ya que nos parecía —al menos de momento— poco recomendable vivir juntos, ya que nos parecía —al menos de momento— mejor que cada uno dispusiera de un lugar, ya que nos parecía a cada uno por separado —a menudo, pero por suerte no siempre, ni por asomo— que podía empezar a darnos pereza volver a instalarnos en casa del otro por un par de días y ya que no siempre —por mucho que lo hayamos intentado— hemos conseguido encontrar amigos o conocidos o conocidos de amigos que, por poco tiempo que fuera, estuvieran ausentes y diera la casualidad de que buscaban voluntarios para que vigilaran sus casas en previsión de ladrones, para dar de comer al gato, para regar las plantas o para recoger el correo..., llegamos a alojarnos también decenas de veces y siempre con mucho éxito en habitaciones de hotel, como si tuviéramos que ocultar a nuestros respectivos cónyuges la traición en la que estábamos incurriendo, como si fuéramos extraños que habían concertado una cita por internet sólo para mantener contacto físico o como si a uno de nosotros se nos pagara por hacer lo que hacíamos en esa habitación alquilada durante un par de horas: actos, frases, acciones y reacciones que, como se ha dicho, han transcurrido sin excepción no tanto sin problemas como fantásticamente. Hemos reservado habitaciones de hotel en las ciudades más inverosímiles: en caras y apartadas ciudades, tales como Londres, Nueva York, Lisboa, Venecia o Adelaida; alguna que otra vez también en las ciudades en las que, a pesar de todo, podíamos disponer de un apartamento, pero en las que tú me desafiabas señalando en la calle a una habitación de hotel y diciendo que no me atrevería a entrar allí sin vacilar para arrancarte la ropa del cuerpo; y también, a menudo, en otras ciudades —Lovaina, Bruselas, San Nicolás, Róterdam, Hasselt o Wetteren— donde no hacía falta que nos quedáramos a dormir porque el servicio de trenes nos habría permitido volver de regreso a casa sin problemas.

Esto siempre ha conllevado una y otra vez infinidad de molestias de índole práctica, porque en todos los casos —tú invitada en mi casa, yo invitado en la tuya, los dos juntos en un hotel, nosotros como canguros en casa de otras personas, nosotros como huéspedes en casa de tus padres o de los míos— al menos a uno de nosotros se le olvidaba algo y porque siempre caíamos en ese olvido poco después de haber llegado o poco después de que hubiéramos salido. Así tú, a menudo en mitad de la noche, consignabas que habías olvidado muda limpia, un cargador de móvil, compresas, un libro que debías leer urgentemente o una mascota de peluche, fuera de donde fuese de donde venías; así yo descubría que no tenía pastillas para dormir, analgésicos, pomada para los ojos, billete para el tranvía, calcetines limpios, la tarjeta de ahorro del supermercado, el tiesto de narcisos que había cultivado especialmente para ti con motivo de nuestro aniversario y —una sola vez muy extraña— el pegamento que durante un período limitado necesitaba para mantener fija en su lugar una pequeña dentadura postiza; y así los dos constatábamos juntos la ausencia de pasta dentífrica, anticonceptivos, pilas de reserva, pagarés, carteras, llaveros con llaves, cinturones de pantalones, almohadas extra o tarjetas de identidad.

A ese período lleno de objetos que orbitaban como planetas en el sistema solar que éramos nosotros se le puso fin una semana después de que te hubieras mudado, cuando volviste a pasar una vez más por mi apartamento con una bolsa de plástico en la que había cosas mías y que cambiaste por una bolsa mayor en la que había cosas tuyas. No fue fácil llenar esa bolsa. Con frecuencia sentía la tendencia agresiva de meter allí objetos que no eran realmente tuyos, sino que me habías regalado, por ejemplo, o que me había comprado yo, pero que habrían quedado inservibles, ahora que tú ya no estabas. Fue bastante extraño que pensara en lo que iba a pensar mi señora de la limpieza cuando de pronto se diera cuenta de la ausencia de todos estos trastos, trastos que en su mayoría sólo podían ser de una mujer, sin lugar a dudas. El objeto más difícil de situar era un gato de peluche, un muñeco en blanco y negro con los ojos verdes que, durante uno de nuestros primeros fines de semana en Ostende, conseguiste atrapar con una palanca mecánica en un parque de atracciones y que, desde su llegada a nuestro mundo a través de un agujero con forma de círculo en la parte baja de la máquina, te provocó

una rebotante felicidad, tan feliz estabas que, a partir de entonces, en todos nuestros viajes llevábamos con nosotros al animal, cuyo nombre genérico elevamos a la categoría de nombre propio, y en los momentos en que no estábamos juntos podía quedarse a dormir en casa de uno de los dos, como una copa de turno que fuera entregada en el torneo que jugábamos juntos, cada vez que nuestro amor se alzaba hacia un próximo encuentro. Así, por ejemplo, Gatita entabló conocimiento el año pasado con Ratoncito, pero tú mostraste toda la comprensión del mundo cuando resultó que no se llevaban tan bien, pues al fin y al cabo tenían caracteres muy distintos, habían disfrutado de distinta educación, tenían unos antecedentes muy distintos y amigos muy distintos...: no tenía ningún sentido insistir en que pasaran más tiempo juntos.

Con vistas a tu mudanza, Gatita llevaba ya en el momento de nuestra ruptura tres semanas en mi casa, y como el animal estaría todavía en una cochambrosa caseta de feria en Ostende si no hubiera sido por tu destreza y talento, lo metí en la parte de abajo de la bolsa con tus cosas, sepultado bajo tangas, pantis, libros, camisetas, lápices de labios, salvaslips, una lata de maíz, un paraguas pequeño, un cepillo de dientes, una revista, una pluma en una cajita y un pendiente.

No se habló mucho más esa última vez; tú lloraste mucho, y, entre otras cosas, porque si bien esta última cita no se había organizado por tu propia iniciativa, sino por tu impulso implícito durante una fatídica conversación telefónica, te pregunté entonces: «¿Por qué lloras?». No tendría que haberlo hecho, fue una pregunta insensata que daba muestras de poca empatía y que te hizo llorar aún con más fuerza, pero que fue planteada sin ninguna mala intención y más bien con ingenua sinceridad, aunque yo después, cuando tu llanto sufrió una repentina aceleración y un nivel de volumen más elevado, comprendí mi equivocación y empecé a considerar ese momento si no el más doloroso de mi vida, sí el de nuestra vida. No mucho más tarde ha sido muy distinto; sin embargo, de manera muy evidente, yo entonces aún no veía muchas razones para llorar. Después de todo, nos encontrábamos todavía en la misma habitación, como muchas otras veces antes.

Entre esa pregunta mía y estas frases de ahora se ha recorrido un largo camino, pero me temo que nosotros nos hemos ido alejando cada vez más el uno del otro, que la distancia y la incompreensión no han disminuido y que, si oyéramos algo el uno del otro o viéramos cómo pensamos entre tanto sobre nuestras respectivas existencias, este intercambio nos colocaría ante la mayor sorpresa de nuestra vida. También este día hace ya tiempo que ha pasado, tres horas más y se anunciarán las huellas de un nuevo amanecer, y yo estoy aquí, sentado a esta mesa, convertido en otro hombre, como durante el curso de cada día me convierto en otra persona, porque aumenta la fatiga, crece la oscuridad, se agudizan las ideas y la dosis de medicinas que tomo por las mañanas y que navegan por mi sangre como estimulantes va disminuyendo cada vez más.

No sé lo que he hecho, hoy, las horas pasadas, no sé con exactitud qué es esto a lo que le estoy dando los últimos retoques y que después intentaré lanzar al mundo de una manera anticuada. Seguramente, como escribí hace sólo una hora, se trata de una carta que no se enviará como una carta, sino que, si todo va bien (lo que también quiere decir no empezar a dudar ni desistir de mis planes), será editada en forma de novela, una novela que, a pesar de que te hayas resistido durante meses, acabarás comprando o sacando prestada de la biblioteca por curiosidad, y que leerás o harás que te lea en voz alta con cautela tu nuevo amante: si éste es el caso al final, vuestro vínculo será muy fuerte. Ninguna frivolidad me resulta extraña, así que he pensado por un breve instante que este documento podría volver a unirnos si te pidiera que lo leyeras antes de que se publique, para que pudieras sacarle fallos o falsedades eventuales y pudieras hacer sugerencias con el fin de hacerlo más atinado o también —por qué no— más conmovedor. En instantes de desconfianza he sopesado escribir la formulación clásica al principio del relato: «Cualquier semejanza de personajes o acontecimientos en esta historia con personas o personajes reales es casual», de manera que, en cualquier caso, hiciera imposible un procedimiento jurídico por tu parte. Algunas cosas te pondrán furiosa: es posible que por eso no sigas leyendo hasta el final —tal vez te sentirás conmovida por un detalle aquí o allá, te sorprenderás y admirarás de las cosas que me he inventado y que nunca habrían podido suceder, tal vez captés los pequeños chistes que he utilizado en el escrito

solamente para ti y que sólo podemos comprender nosotros dos—, pero lo más probable es que sientas de nuevo cómo se va abriendo el gigantesco abismo entre los dos, casi hasta alcanzar el *spagat...*, y te preguntarás cómo es posible que nosotros, en lo relativo al trato con la herencia de nuestro amor, nos diferenciamos el uno del otro mil veces más que cuando nos amábamos. Estarás escandalizada por la versión que he plasmado de ti y —soy bien consciente— no es lo que me había esperado que saldría; también de tu versión ficcional había esperado otras cosas, aunque ahora es demasiado tarde, ya no quiero volver a empezar mañana, porque sé que mañana tampoco conseguiré hacer algo que me satisfaga. Lo que más me gustaría sería que después terminara todo.

Por otro lado, también otros, probablemente, conocidos y completos desconocidos, se ocuparán de este relato solidificado en forma de libro de una manera poco natural, lo leerán, evaluarán y quizá lo discutan entre ellos..., o bien cuchicheando y cotilleando en recepciones, comidas, estrenos y *vernissages...*, o bien por medio de un par de estrellas valorativas en las impúdicas contribuciones literarias, enfangadas hasta llegar al nivel culinario, de los periódicos de esta región lingüística, en los que lo dejarán de lado tachándolo de pretencioso y rimbombante..., o bien en revistas de internet, en las que se especulará sobre la naturaleza de nuestra relación, sobre las circunstancias psicológicas y sociológicas que han llevado hasta su fracaso, sobre la imposibilidad del amor en el siglo XXI, aunque ya sólo fuera en el ámbito práctico, y quizá también sobre tu identidad..., o bien en blogs, en los que se ofrecerán comentarios cortantes a la obscena cubierta de este libro..., o bien en revistas literarias, en las que se utilizará para considerar el postmodernismo como el denominador todavía vigente para la condición humana o —por el contrario— para estigmatizar el postmodernismo como un fenómeno trasnochado, inferior e incluso comercial (porque ése es, después de todo, el abismo por el que van saltando de un lado a otro las revistas literarias)...., o bien en trabajos académicos largamente detallados y firmados por diferentes autores, en los que se especulará y teorizará sobre el autor implícito y el lector implícito de este texto, sobre la presencia de la figura del autor, sobre la ironía literaria que hace remitir todo a sí misma y hace que todo se estanque, o incluso sobre la situación política, urbanística y cultural

de la ciudad mediana europea. El efecto secundario más bello entre una carta y una novela, sin embargo, podría consistir en que alguien, al final, con toda objetividad, pueda decir lo que ha ocurrido entre nosotros y lo que hemos significado el uno para el otro, qué cualidades nuestras eran importantes y qué cosas debemos tener en cuenta para el futuro..., en cualquier caso, yo lo desconozco cada vez más.

¿Qué pasará conmigo? Probablemente volveré a verme sometido a una pérdida, una enésima nueva clase de pérdida, una pérdida que me dejará claro lo que he querido hacer aquí y lo que he querido sacar. Al dirigirme a ti con un «tú» no confiaba en poder expresarme a mí mismo y en poder ponerte a ti al corriente. Tú eres quien debe aparecer entre estas líneas, es tu voz la que debe resonar como un eco... tal como resonaba tu voz antes, siempre, en cada momento, nunca hablaba o pensaba yo solo, siempre se me completaba, se me confirmaba o se me replicaba todo, tu voz siempre procuraba que yo no tuviera que pensar solo, que pudiera tapar mi propia voz insoportable con la tuya, que mi lenguaje nunca fuera el único, como en los terribles momentos poco antes de ir a la cama, un momento al que en el día de hoy ya estoy dándole excesivas largas. Quizá deba llenar el resto de mis días con la relectura de lo anterior... o, sobre todo, de las páginas que aún están por venir.

«Eso no me parece nada *guay*», te oigo decir, la punta de la lengua moviéndose entre los dientes, un incisivo algo desteñido y, espléndido y obstinado, un poco torcido con respecto al otro, y te has pintado de rojo los labios al igual que las uñas de tus dedos extendidos; especialmente para la ocasión, llevas un jersey negro cuya mitad inferior es blanca... y la línea de separación te pasa por la cintura y los brazos. «¡Ay! Perdona, lo había olvidado por un instante: *guay* es una de esas palabras que me habías prohibido, porque las utilizaba con demasiada frecuencia y con demasiada inconsciencia, y porque debía ponerme a buscar sinónimos. Bien, entonces: ¡no me parece *divertido*! Las cosas no han pasado en absoluto como tú las escribes aquí. Lo que está claro que has olvidado o lo que has omitido de manera consciente es que nosotros no hacemos buena pareja, los dos queremos llevar a cabo *cosas totalmente distintas* en la vida y tu respuesta es siempre que el amor, como todo en la vida, es una decisión, que el amor es un

conocer sin esperanza y que no importa qué dos personas puedan contraer un matrimonio feliz siempre que estén dispuestas a intentarlo. ¡Es increíble..., alguien con tu pasado en el ámbito de las relaciones no está capacitado para darme lecciones en el amor! A veces creo que es sobre todo porque tú te crees ese tipo de cosas (y, con esa intransigencia tuya, quieres que yo también adquiriera la certeza de ese tipo de cosas), que es precisamente por eso por lo que no puedo estar contigo, aun queriéndolo con toda mi alma, y sí que lo quiero, lo he estado intentando durante todos estos años con toda la dedicación posible, aunque tuviera que mentir también, pero, por desgracia, no ha salido bien, has de admitir que *apenas tenemos nada en común*, ya meses antes del final de nuestra relación estabas estresado y exhausto, y te despertabas con ataques de pánico tan pronto como me movía un poco mientras dormía, en el caso de que pudiera dormir, porque casi siempre me quedaba en la cama despierta, ya que nos acostábamos con la puesta del sol; a esas horas tan tempranas querías irte a la cama una y otra vez todos los días, porque necesitabas dormir y porque querías levantarte temprano por la mañana para trabajar y para llevar a cabo todos los planecillos que habías pergeñado, mientras que yo casi siempre empezaba a trabajar a una hora en la que tú llevabas ya tiempo pensando en el sueño. Admite que me detestas (léete, si no, lo que has escrito y date cuenta de la terrible imagen mía que se desprende de tus palabras), ¿cómo puedes amarme si existo así dentro de tu cabeza?

»Ahora que lo pienso, te pasabas todo el tiempo pensando en dormir y, si no estabas pensando en dormir, estabas pensando en comer. Todo empezaba nada más despertarte, cuando te despertabas antes que yo y te quedabas en la cama esperando y leyendo, y, después de que lleváramos menos de media hora haciéndonos carantoñas, rompías la intimidad abriendo la boca en silencio y señalándotela con el dedo índice, lo que, si bien era gracioso, empezó a resultar odioso en lo que a mí respecta al cabo del tiempo, sobre todo porque me estaba cansando de ser siempre yo la que tuviera que servirte los dos huevos fritos en la cama.

»Si la comida no era una dificultad, entonces era el sueño el problema, que debía tratarse con aspavientos, pequeños trucos y pastillas, y frecuentemente ya con horas de adelanto. Una y otra vez veía acercarse el

sueño y la noche con profundo dolor, como un espantoso monstruo pesado, y comprendía que volverías a necesitar otra vez horas para ir tranquilizándote poco a poco, de manera que pudieras quedarte dormido a medianoche para poder levantarte a las ocho..., y resultaba catastrófico si te apartabas de ese esquema, *habrías asesinado a alguien* que te hubiera puesto alguna traba en semejantes circunstancias, y a menudo yo tampoco podía hacer nada más que ponerte alguna traba en semejantes circunstancias, ya que para hacer determinadas cosas, en cualquier caso, debes seguir despierto después de medianoche.

»Si íbamos, por ejemplo, juntos al teatro (lo que solíamos hacer a menudo, y con mucho gusto, por cierto, eso es algo que no se puede negar), tú preferías entonces que volviéramos a casa lo más rápido posible, una vez concluida la representación, mientras que para mí la fiesta acababa de empezar; por innumerables razones yo debía y debo (y ahora puedo también) seguir haciendo acto de presencia después de una representación teatral, precisamente porque es entonces cuando puedes charlar con la gente y puedes analizar la representación, y puedes beber algo tan ricamente y puedes entablar interesantes conversaciones que van desarrollándose como una fascinante improvisación dentro de la que todo es posible, con personas que tienen proyectos fascinantes (pero ningún proyecto que quieran culminar ya al día siguiente) y con quienes tal vez pudieras intercambiar datos de contactos o ideas y sugerencias y cuestiones, para que puedan surgir vínculos colaborativos, de manera espontánea, mientras el azar puede seguir haciendo su trabajo, y puedes mostrarte abierta a los aspectos formales y estéticos de la representación teatral...; en cambio, tú lo único que querías hacer cuando terminaba la representación era contarme a mí (y sólo a mí) tu interpretación, que, por supuesto, ya habías estado pensándote durante la representación, para que nos marcháramos lo antes posible, preferiblemente antes de que se hubieran extinguido los aplausos, porque dentro de unos pocos minutos salía un tranvía, lo habías buscado antes en internet, mientras que a mí me apetecía tanto quedarme, hasta la hora de cierre si fuera necesario, para hacer algo provechoso con mi día junto a otras personas interesantes ante quienes me abro y ante quienes no me cierro de antemano. Tú nunca has demostrado interés alguno por otras personas (sólo por mí, yo era la única persona del

mundo a la que tú no considerabas una extraña, y eso nada menos que de una manera obsesiva..., siempre recurrente ese interés sólo por mí, y eso incluso dentro de límites muy restringidos), mientras que yo no puedo vivir sin otras personas, sin ellas explotaría mi interior, las necesito para convertirme en *exterior*; y tú también, por lo demás, lo que pasa es que tú no quieres admitirlo o no te atreves, por eso eres tan crónica e insufriblemente infeliz y por eso echas a correr tan pronto como se presenta la posibilidad de una conversación.

»Como es lógico, en semejantes circunstancias tú hubieras podido irte y yo hubiera podido quedarme, aunque en ese caso te habría pegado sin duda un susto de muerte por la noche a mi regreso..., y entonces también habría pensado: ahora estoy yo aquí haciendo lo que me gusta hacer y mi novio no quiere estar conmigo; y, naturalmente, tú habrías podido quedarte y hacerme compañía, pero yo habría sabido que no lo hacías de buena gana y, cada vez que te hubiera mirado, habría sentido tu desprecio. Desde luego sé que tú sólo albergabas desprecio hacia semejantes concepciones, y, si yo no quiero trabajar sin más en un horario normal desde las nueve hasta las cinco y estoy dispuesta a sufrir por ello, si es necesario, para no tener que hacerlo, entonces tú sales con que quiero llevar una existencia bohemia y que te consideras a ti mismo un burgués, y luego lo discutías en esos términos riéndote con tus amigos. ¡Pues venga, hazlo de una santa vez! ¿Qué clase de persona es capaz de reírse de la actitud vital de su amada? ¿Quién puede alegrarse de ser *burgués*? Cada vez que procuraba hacerte ver que las cosas también podían ser de otra forma y que también alguna vez podías intentar poner algo de tu parte, tú sofocabas esa propuesta con tu negra idea determinista de la humanidad. Siempre has dicho que las personas no pueden cambiar, que las personas siempre seguirán siendo igual y que a lo único que puede conducir el intento de cambiar a las personas es a la infelicidad. Siempre has optado por aumentar las dosis de los llamados medicamentos durante períodos de estrés o infelicidad, en lugar de atreverte a cambiarte a ti mismo de forma estructural. Tú siempre quieres, de la manera más vaga y oportunista posible, aprovechar lo que se te ofrece. De todo quieres hacer lo mejor, incluso a los personajes más ridículos de dibujos animados los llamas tus amigos, simple y llanamente porque hace ya muchos años que los conoces por pura casualidad

y por diversas circunstancias. Siempre haces como si todo estuviera a tu gusto y luego estás riendo (siempre una y otra vez ese *toujours sourire*), pero engañas a todo el mundo y a mí con ellos, lo que tú entiendes por pragmática yo lo llamo mendacidad, y ese modelo pragmático tuyo para mí está claro que está *chocando con sus límites*, al igual que tu modelo ético, por otra parte, y tu supuesto convencimiento de que una persona no puede aportar ningún dolor al mundo por una falta de conocimiento de sí misma. ¿Crees que la lectura de este texto no me ha hecho ningún daño? He estado tres días enferma tras la lectura de *Al corriente*. ¿Era ésa quizá tu intención y lo has hecho de manera consciente? ¡*Para ti, después de todo, hacer algo inconscientemente es imposible!* Siempre eres simpático de una manera rastrera y nunca quieres desagradar a las personas, ni siquiera en lo más mínimo...; bien, bien, *entonces yo soy tu gran amor y al final también la gran excepción que confirma tu regla vital*, y es así como me demuestras tu amor: ¡hiriéndome, denigrándome a los ojos de todos los lectores, riéndote de mis padres y revelando mi pasado, abusando de tu innegable talento para golpearme con la mayor fuerza posible! Te invito a ti y a todos tus lectores a volver las tornas: ¡imaginaos que hubiera escrito yo un libro como éste! ¡Imaginad por un instante que fuera yo la que quisiera poner al corriente al mundo de mis problemas! ¡Menuda la que habrías armado! ¡Y qué generosa habría sido la simpatía de los lectores por mí, cuánta más comprensión podrían haberme mostrado! Incluso la vida humana más larga, que confío de todo corazón en que te será concedida, sería en ese caso demasiado corta para ofrecer tiempo y lugar a todas tus dolidas lamentaciones.

»Tú siempre has dicho que hay que aceptar a todo el mundo como es, pero ¡sólo a mí no has podido aceptarme como soy! Una y otra vez, nostálgico y conservador, te has referido a los primeros años de nuestra relación, en los que me entregué, en efecto, dócilmente a tus ritmos y tus planecitos, aunque eso sólo fue porque entonces yo estaba muy mal; nuestra relación digamos que transcurrió bien, durante un tiempo, porque yo era muy infeliz (yo, en ese período, como sabes también, estuve en tratamiento terapéutico durante un par de semanas), pero tan pronto como he podido desarrollarme y obtener de nuevo espacio para respirar y para hacer las cosas que quería hacer, viniste tú a estorbar, lamento decirlo; entonces no resultaste ser aquel que yo había

esperado que fueras y al que de veras necesitaba..., alguien, es a lo que me refiero, capaz de apoyarme en mi felicidad y no sólo en mi desgracia, y que no tuviera que estar recordándome continuamente, aunque sólo fuera por su presencia, que gana cuatro mil euros al mes con las cosas que le gusta hacer, que no considera que ha tenido un buen día hasta que ha escrito cuatro mil palabras, que nunca puede mostrar comprensión alguna por el aplazamiento limitado de una tarea y que me señala con sutileza ¡que las cosas que quiero hacer no me reportarán ni un céntimo ni tampoco arrojarán automáticamente resultados tangibles! *Inhumana* era por eso la presión que de manera sutil e inconsciente se ejercía en mí para que hiciera algo con mi vida lo más rápido posible.

»Lo lamento mucho, pero es evidente que, si eres honesto contigo en el ámbito emocional y racional, debes ser consciente entonces de que ésta es *la mejor situación* y de que tú no puedes hacer otra cosa más que pensar también así al respecto. Después de todo, ¿por qué sigues volviendo siempre sobre lo mismo y sigues cargándome con tu infelicidad, cuando podrías pensar también: «¡Hemos pasado un buen tiempo juntos, ahora ya se terminó y podemos conocer a personas nuevas!»? Es importante que aprendas a tratar de manera adulta con una ex. Porque sé franco: ¿cómo nos hemos ayudado a seguir hacia delante, cómo nos hemos ayudado a evolucionar? De acuerdo, tú me has ayudado cuando tenía que escribir un par de textos, si bien durante los meses pasados ha resultado que no necesito tu ayuda para escribirlos. Y a la inversa, yo no he podido significar nada para ti en ese plano o en ningún otro profesional. Auténtico apoyo existencial y fundamental nunca nos hemos prestado. Yo sólo te he sostenido de una manera ilusoria emocional y eróticamente, aunque con seguridad habría sido capaz de más, pero eso tú no lo has permitido. La cuestión, sin embargo, es si nos hemos conocido de veras y no nos hemos reducido siempre mutuamente a proyecciones y abstracciones. Incluso ahora, en este momento crucial, me pones cosas en la boca que yo no te he pedido. Lo que yo digo aquí sólo existe en tu imaginación, en la imaginación, además, de un amante triste y herido, y, no obstante, *¡tú haces como si esa fantasía coincidiera con mi ser más profundo!* Nunca he hablado durante tanto tiempo de un tirón como en este texto, no porque no lo hubiera querido, sino sencillamente porque tú nunca

me has dado la oportunidad de hacerlo, porque me interrumpías tan pronto como era hora de ejecutar uno de tus planecitos o porque me ponías freno con tu malhumorado semblante e incluso con tu sola presencia. La elocuencia y la inteligencia excepcional que despliego aquí de vez en cuando son sólo en parte las mías, pero el hecho de que tú me atribuyas elocuencia y lucidez demuestra lo absurdamente altas que eran tus expectativas con respecto a mí y cómo la imagen que te has creado de mí ha ido haciéndose año tras año cada vez más idealizada y extrema..., en un intento desesperado has llegado a llamarme durante una de las últimas semanas de nuestra relación la Susan Sontag de Flandes, y habría seguido así hasta terminar con que hubiera tenido que ganar alguna que otra condecoración internacional para poder complacerte.

»Mucho, por no decir todo lo que me haces decir aquí, forma parte de la colección de indignaciones que has ido acumulando, que nunca te has atrevido ni podido sacar afuera, con respecto a los demás, con respecto al mundo, pero ¡sobre todo con respecto a ti mismo! Me haces decir que no trago a tus amigos..., los dos sabemos bastante bien que *eres tú quien no los traga* y que sólo *los aguantas y los toleras* porque no eres capaz de buscar amigos que armonicen contigo. Así utilizas esta construcción no tanto para establecer contacto conmigo como para poner al corriente a tus amigos por fin de lo que piensas sobre ellos, mientras que ellos, es obvio, creerán que he sido yo quien ha dicho todas esas cosas, que he querido separaros y que por eso soy una persona imposible e intolerante. Es de una *lógica pérfida y perversa* lo que has maquinado, es inverosímil que quieras dirigir de manera consciente esto a alguien que dices que te gusta y con quien piensas todavía convivir amorosamente en tu romántico castillo de naipes. Puede que haya estado confusa y haya afirmado cosas contradictorias, pero no lo he hecho nunca de la manera sociopática que es tan propia de ti en este manuscrito.

»Si veo lo poco que me has comprendido, es aún peor de lo que me habría atrevido a suponer, y, si lo hubiera sabido, le habría puesto fin mucho antes. Nunca has llegado a vislumbrar ni un atisbo de quién soy, nunca se han tocado un pelo nuestras respectivas ondas, ni de lejos. ¡Y ahora no vuelvas a decir otra vez que es infantil exigir eso de una relación! A causa de un ideal abstracto y timorato que dice que toda relación debe ser eterna, *aunque sea*

*infern*al en todos los aspectos, tú quieres también continuar con nuestra relación porque no quieres cargar con el baldón de lo que consideras un fracaso. Debido a la sensación de haber sufrido una derrota y, sobre todo, por la rabia y el ego herido del que esa ira sale manando a borbotones como si se tratara de una freidora ardiendo, sigues pensando en mí y con la regularidad de un reloj sigues confrontándome con tu desolación y tu soledad, que a fin de cuentas son sólo mascaradas para tu herido amor propio. Porque de eso es de lo que se trata, del amor propio, de una presunción gigantesca cuyo origen hay que remontarlo a tu infancia superprotegida que ha ido emparejada con la obesidad. De ninguna de las maneras se trata aquí de amor... ¿Cómo puedes explicar de otra forma que tú, en el caso ficticio de que yo fuera a ponerte al corriente por un momento de alguna realización mía cualquiera, no reaccionaras con alegría y orgullo, sino que, al contrario, tuvieras que guardar cama mareado durante tres días y tuvieras que empezar a echar mano otra vez de las dosis de todas esas medicinas tuyas?

»La desmesura en la negatividad con la que ahora piensas en mí es como la exagerada admiración que me profesabas antes. Es increíble con qué peso me has cargado: deberías hacerte una idea de qué significa ser consciente, como tenía que serlo yo cada día, de que eres la persona más importante en la vida de alguien. ¡Yo ya no podía más, así de simple! Tenía que oír siempre la de placeres que te procuraba, cuánto refugio te daba en las tormentas de la vida moderna, lo fantástica que era en la cama, cuánto te ayudaba a mantenerte en pie y te redimía de ti mismo. Pedir algo semejante de alguien en una relación es inhumano, y *eso no lo aguanta nadie*. Al mismo tiempo, inconsecuente y timorato como eres, estabas agobiado también por dudas que me resultaban insufribles: los cientos de veces que has sugerido que podríamos vivir juntos y que tal vez podrías mudarte a Amberes, lo que no es nada más ni nada menos que una *tortura mental*, ¿no? Me cansaba y me extenuaba tanto... Tu inseguridad era a veces tan grande que me preguntaba, y que tú también deberías preguntarte, si en el fondo no estabas dándole continuamente vueltas a la idea de abandonarme. Además, debes admitir que es a ti sobre todo a quien le gusta tanto oírse hablar; he tenido que hacerte callar más de una vez, loca de remate como me habías dejado, cuando volvías a descolgarte de nuevo con esas historias inventadas llenas de exageración y

lamentaciones para llamar la atención, criado como estás en una orden religiosa contigo mismo como única deidad. Te quejas de que habrías preferido no nacer nunca, tiembles porque supuestamente no podrías hacer frente a los horrores de la vida sin mí, te desesperas porque a medida que te haces mayor eres cada vez más incapaz de saber cómo debes vivir (y todo eso me lo cuentas por teléfono), *pero ¿qué quieres que te diga?* ¿Tal vez era distinto cuando estábamos juntos? ¿Te mantenías firme entonces? ¿No te molestaban en aquel momento el declive de todos los valores y la decadencia de la cultura occidental? ¿Eran en aquella época mucho más numerosas las razones para celebrar cada día nuestro nacimiento?

»Si examino lo precedente, tengo la impresión de que no. ¡Parece un simple libro de reclamaciones de un amante insatisfecho! Me veo reforzada en esta convicción por el hecho de que el pensamiento negativo generador de mal rollo, que siempre ha pendido sobre nosotros como una nube radiactiva, está claramente provocado por ti. ¿De veras que sólo hemos pasado juntos días lluviosos, torpes y aburridos? ¿Eso era nuestro amor? ¿Eso éramos *nosotros*? Ojalá fuera sólo eso, lo he pensado a menudo, y si fuera sólo eso, ¿no es increíble que no seas capaz de relativizar un poco mejor? No es menos infame cuando veo lo que quieres recordar de nuestra relación apuntándolo y, a continuación, ofreciéndoselo a cualquiera que hable neerlandés. Lo admito, el libro tiene sus momentos, sobre todo hacia el final..., pero por suerte no es, ni con mucho, lo suficientemente bueno como para que alguna vez se traduzca.

»Nunca negaré que hemos sido felices, y me pregunto si tú lo corroborarías de veras. En tu informe leo que has querido ponerme al corriente de un par de cosas, aunque deberías reflexionar mejor sobre lo que eso significa, y yo te lo diré ahora: de lo que me has puesto al corriente es de que quieres violentarnos tanto a mí como a la verdad por mediación de este texto, de que quieres justificar que sales ganando sin mí y de que abusas de lo que debe entenderse aquí por literatura para poner por los suelos lo que has perdido, tachándome a mí de ridícula, neurótica e intratable, sin prestar ninguna atención a tu propia ridiculez, tus propias neuras y tu propia intratabilidad. Eres incapaz de sobrellevar la pérdida y por eso sugieres, página tras página, que lo que has perdido ni siquiera era tan especial. Así

suelen los hombres percibir y manejar la literatura: escriben para plasmar un mundo negro, imposible y caótico, de manera que puedan retirarse a continuación de ese mundo con argumentos. Así puedes seguir revolcándote en la pena y en la ofensa, y sobre todo no deberías pensar nunca en empezar de nuevo con el amor o en tomar realmente en serio a una mujer. De lo que me has querido poner al corriente a mí (pero sobre todo a ti, y eso es lo verdaderamente triste) *es de que todo, desde el principio hasta el final, no ha sido nada más que una gran miseria...* ¿Este libro es un intento de salvar nuestro amor? ¡Gilipolleces! Siempre he estado convencida de que podíamos intentarlo de nuevo tan pronto como supiéramos lo que queríamos. ¿Sigue existiendo todavía esa posibilidad? Desgraciadamente, he de decirlo, es así, no hay nada que hacer, ya va siendo hora, esto es demasiado, ya ha sido suficiente..., no.»

Título original: *Op de hoogte*
Originalmente publicado por De Bezige Bij,
Ámsterdam, Amberes

Este libro fue publicado con el apoyo de Flanders Literature (flandersliterature.be)



Edición en formato digital: 2018

Copyright © 2012, Christophe van Gerrewey
© de la traducción: Julio Grande Morales, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-049-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es